

Apuntes sobre el comunismo anarquista y otros textos



Erick Benítez Martínez

Erick Benítez Martínez

**Apuntes sobre
el comunismo anarquista
y otros textos**

BENÍTEZ MARTÍNEZ, Erick

Apuntes sobre el comunismo anarquista y otros
textos / Erick Benítez Martínez. - Granada : Asoc-
ciación Cultural Olivo del Búho, 2016

186 p. ; 21 cm. -

Depósito Legal GR/950/2016

1. Política social-Críticas 2. Anarquismo. I.
Título. II. Serie



Erick Benítez Martínez

Apuntes sobre
el comunismo anarquista
y otros textos

ASOCIACIÓN CULTURAL OLIVO DEL BÚHO

GRANADA 2016

1ª Edición, 2016

Esta edición es anti-copyright. Se permite su distribución, difusión y copia parcial o total, en papel o formato digital, siempre y cuando se respete la autoría y contenido del texto. Abstenerse de hacer copias aquellos que quieran sacar lucro y beneficios comerciales de este trabajo.

Erick Benítez Martínez

Asociación Cultural Olivo del Búho
c/ Eurípides s/n Local 5 18014 Granada

Depósito Legal GR/950/2016

ÍNDICE

Introducción	Pág. 9
Apuntes sobre el comunismo anarquista	15
- La economía de la sociedad antes de la revolución.....	34
- La economía de la sociedad al momento de la revolución.....	38
- Los miembros productivos de la sociedad durante la revolución y las necesidades económicas del momento.....	50
- La implantación del comunismo libertario en todos lados: mitos y realidades.....	53
- Necesidad de extender los métodos modernos de producción a todos lados.....	60
- El comunismo libertario al máximo.....	63
El Antifascismo y otros cuentos.....	71
Sobre el anarquismo y la revolución violenta.....	85
El individualismo comunista.....	127
- Introducción al individualismo. Refutación de su calificación común.....	127
- El individuo y la sociedad.....	130
- El individuo y los demás individuos.....	147
- El individuo y la organización.....	157
- El individualismo en la economía.....	165
- El individualismo comunista.....	167
La anarquía y el desorden.....	173

Introducción

Declaración de un militante

Detesto los títulos decorativos

He de comenzar esta breve introducción poniendo en el primer renglón una declaración de principios. ¿Rompo con las reglas escolásticas de cómo escribir un libro? Quizá, pero es algo que debo hacer.

Hay a quienes la fama y el reconocimiento les agrada. A mí en lo personal siempre me ha parecido algo innecesario y absurdo.

Con la publicación de mi anterior libro (*La Traición de la Hoz y el Martillo*) hubo compañeros que, de buena fe, se refirieron a mí como “El escritor anarquista”, quizá dado a que no nos conocíamos y no encontraron mejor forma de definirme.

Así es que me gustaría referirme a la designación de *escritor* que se me hizo.

Agradezco a los compañeros que lo hicieron, pues con ello lejos de cometer un acto reprobable no hacían más que tratar de definirme desde la distancia, y sobre todo porque lo hicieron sin ningún tipo de mala fe. Sin embargo he de confesar que el término no fue de mi agrado.

¿Qué se entiende por “escritor anarquista”?

Pareciera una cosa vana, pero para mí el orden en que se puso el adjetivo no es el correcto ¿Por qué “escritor” es el adjetivo, y no anarquista?

Escritores del anarquismo siempre ha habido y siguen habiendo. Tenemos el caso de muchos catedráticos que escriben sobre el anarquismo gracias a la educación que han recibido, y que tienen los medios para trasladarse de un país a otro y tener acceso a documentos valiosísimos.

Hay los que no sólo teniendo la posibilidad de hacer esto, lo hacen de manera sumamente pésima. Para prueba de ello daré un par de ejemplos:

- **Clara E. Lida**, pese a las cosas buenas que ha escrito, ha cometido errores profundos debido a basar sus trabajos ya sea en informes oficiales ⁽¹⁾, o en la literatura marxista y no en los documentos, actas y cartas directas de los anarquistas en la AIT ⁽²⁾.

- **Kedward Roderick** en su obra “Los Anarquistas: Asombro del mundo de su tiempo” da no solo datos, sino definiciones del anarquismo bastante bizarras.

- **James Joll** comete otros tantos errores en su obra “Los Anarquistas” sobre la vida de Malatesta y que pueden desmentirse fácilmente por la lectura de la obra de Luigi Fabbri “Malatesta. Su vida y su pensamiento”.

- Tenemos también el caso de **Irving Louis Horowitz**, quien en la introducción de su libro “Los Anarquistas Vol. 1” (capítulo “La ambigüedad anarquista”) lo hace indicando que para él “El anarquismo no puede ser más que una postura. No puede representar una posición política viable. Señalamos esto desde el principio para que el lector interesado únicamente por los problemas de la toma de decisiones políticas pueda devolver el libro y pedir la devolución de su dinero”.

- Otro caso para lamentar es el del señor **Ángel Herrerín López**, uno de los más mal intencionados escritores que hablan del anarquismo no sólo sin

fundamento alguno sobre muchas acusaciones que hace (sobre todo en cuanto a los actos violentos de los anarquistas en tiempos pasados se refiere), sino con una distorsión bastante clara de los hechos ⁽³⁾.

En el primer caso, el de Clara E. Lida, he tenido la oportunidad de asistir a un par de charlas de ella y sorprenderme en una afirmando que “El objetivo actual de los revolucionarios consiste en mejorar la condición social por medio del respeto a las leyes”; o desconociendo las auténticas raíces de la AIT y afirmando que “Marx fundó la AIT”. Por supuesto, al escuchar esto no pude quedarme callado y tuve que ponerme de pie y dar datos más precisos sobre los inicios de la AIT (¡Un autodidacta discutiéndole a una intelectual!)

Estos y otros de la misma talla son escritores. Ellos viven de eso, de escribir.

Al dejar la pluma en el escritorio van quizá a brindar champagne a lado de los burgueses, cuando no son burgueses ellos mismos.

No son militantes anarquistas, son personas que escriben sobre el anarquismo quizá sin sentirlo, como lo siente un militante. Son anarcólogos para los que su material de trabajo son nuestras ideas y nuestra historia. Pero entre más teórico sea todo mejor para ellos. Nada de militancia ni de riesgos, nada de hacer algo más que escribir y vivir de eso. Que el anarquismo sea visto solamente como un estudio... como si se tratara de una rana a la cual destripan para estudiar, pero que nunca más cobrará vida.

El caso de Horowitz es un caso bastante bueno para ilustrar lo que venimos diciendo: para ellos el anarquismo no puede más que “*ser una postura*” que “*no puede representar una posición política viable*”.

Nosotros por fortuna no somos así.

Nosotros luchamos por el anarquismo, nos arriesgamos por su realización, nos dejamos dinero, tiempo robado a nuestros seres queridos, vamos a parar a la cárcel,

somos acosados por las fuerzas del Estado, recibimos golpes e injurias... ¡A nosotros los anarquistas corresponde entonces escribir sobre nuestras ideas!

Que estos que estudian nuestras ideas se vayan a comerciar con otra cosa, pero no con la historia de nuestros muertos y nuestros presos, no con unas ideas que han costado tanto y de cuya profundidad y belleza no se interesan más que para distorsionar las cosas, vivir de ello y servir con ello a los interesados en que el anarquismo sea solamente una bella teoría, pero no una práctica.

Para ellos es su trabajo, y lo mismo que escriben de anarquismo pudieron haber escrito sobre Hittler o sobre la vida del Che Guevara.

Y yo, sinceramente, no soy en nada parecido a esto.

No soy un *escritor anarquista*, soy un anarquista que escribe sobre sus ideas. Un militante que sin haber tenido la oportunidad de tener una educación como estas personas, escribe porque así se lo dictan sus ideas. Porque considera que debe hacerlo.

¿Lo hago bien o lo hago mal? Que el lector me juzgue, que sea el lector quien lo diga. Pero lo haga bien o mal, lo hago de la forma más sincera, porque soy un militante del anarquismo, porque siento estas ideas y porque lucho por ellas con todos los medios que encuentro disponibles.

No tomo la pluma para obtener dinero, porque pienso que de las ideas nadie que las sienta puede moralmente obtener beneficio. No si de verdad lucha por estas ideas.

Considero la formación *intelectual* (permítaseme esta palabra, la uso en el sentido de intelecto solamente) de los anarquistas algo sumamente necesario. Me esfuerzo en escribir las cosas lo mejor que puedo. ¿He cometido errores? ¡Claro! Yo no vivo de la pluma.

No está mi sitio a lado de la intelectualidad, sino a lado de aquellos que desean eliminar el principio de la autoridad, del capital y del clero; en la militancia. Porque la palabra si no va acompañada de la acción se la lleva el viento;

porque las letras si no van acompañadas de la puesta en práctica de las mismas son letra muerta.

Así pues, los textos que el lector leerá a continuación no son el producto de horas metido en el aula de la universidad; no están hechos a base de que se me pague por ello; no son mi oficio las letras.

Son textos hechos en los ratos libres, cuando los tiempos me lo permiten. Son textos hechos en partes, basados en esas mil y un discusiones entre militantes.

Que no espere entonces el lector la obra de un docto academicista, yo no lo soy. Que espere (¡eso sí!) el trabajo de un militante del anarquismo, que plasma en letras sinceras aquello que piensa de unas ideas por las cuales lucha.

Notas:

¹ Véase por ejemplo como trata el asunto de *La Mano Negra* en su libro “Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX”.

² Ver como Juan Gómez Casas indica muchos de estos fallos en su obra “Historia de la FAI”

³ En el año 2009 Ángel Herrerín dio una charla en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México (Colmex), con la presentación del trabajo «El terrorismo anarquista a finales del Siglo XIX. El caso español» dando una cátedra de la forma en la que desde las alturas de la intelectualidad burguesa se puede difamar y torcer la historia del anarquismo.

Apuntes sobre el comunismo anarquista

El estudio del anarquismo y de sus métodos, así como de la forma en la que han de desenvolverse en el periodo revolucionario, son asuntos de los cuales los anarquistas deben constantemente ocuparse. No es porque dudemos de nuestros métodos y fines, sino precisamente para afirmarlos conforme pasan los tiempos, actualizándolos a las condiciones actuales y obteniendo así la forma más efectiva de lucha posible.

No porque debamos vivir en la teoría. Porque al referirme al “periodo revolucionario” no lo hago solamente para ilustrar el día en que el pueblo tome las armas y enfrente con ellas a las fuerzas de la burguesía. Al referirme al periodo revolucionario lo hago también para antes de esa toma de armas, es decir, a la lucha cotidiana que las organizaciones e individuos anarquistas llevan a cabo.

Sin embargo en el presente texto trataremos el asunto en cuanto al día en que el pueblo se levante en armas; y con ello no pretendo ver el futuro ni hablar de cómo ha de desarrollarse la lucha, sino a muchas cuestiones que pienso

que pueden suceder (y que ya han sucedido) y para las cuales debemos estar preparados mentalmente para poderlos afrontar.

No pretendo adoctrinar a nadie, ni decirle a nadie como deba pensar. Las siguientes líneas que leerás no son un tratado teórico de anarquismo, sino reflexiones a las que he llegado luego de mucho pensar el asunto. Queda a ti, amigo lector, sacar tus propias conclusiones y actuar en consecuencia.

Nuestra herencia anarquista ha sido siempre despiadada con la crítica del poder político, y si bien algunas de nuestras ideas se actualizan, la crítica del poder del Estado no se actualiza sino para confirmarse cada vez más. No sucede con nosotros como con otras corrientes socialistas, que ante la evidencia de los hechos catastróficos del ejercicio del poder del Estado tratan de ocultarlo o disculparlo con mil y un excusas, proponiendo siempre como remedio un par de reformas y nada más.

Para nosotros el poder se muestra cada vez más como el enemigo principal del pueblo, y conforme pasa el tiempo el peso del argumento se hace más grande. Cada día que pasa es como si se agregara un grano más en la lápida que un día caerá sobre el poder del Estado.

Este poder incuestionable para algunos ha venido a ser para los pueblos, lejos de una organización benéfica para sí, una constante maldición de hecho. Esto no ha impedido que pese a la fuerza del poder a lo largo de la historia se hayan dado levantamientos de trabajadores en contra del poder actuante y que vencido el enemigo, se hayan practicado distintos sistemas económicos.

Unos no han hecho más que maquillar la explotación y regresar el poder a unas nuevas manos pretendidamente “mejores” que el poder que acababa de ser derrotado.

Un ejemplo de esto fue Rusia, donde una vez destruido el órgano de poder se encaramaron los bolcheviques a la revolución y se apoderaron de ésta. Una vez con las riendas de la revolución en sus manos se mostraron como lo que

siempre habían sido: unos dictadores disfrazados de proletarios. A la tiranía del Zar se le reemplazó con el despotismo bolchevique.

Sólo la revolución social española de 1936-1939 tuvo el valor suficiente de poner la mano sobre los privilegios burgueses y arrebatárselos, llevando hasta donde las condiciones de la guerra lo permitían una revolución profunda y libertaria.

Ahora bien, si los métodos han sido diferentes tanto en los liberales, así como de los autollamados revolucionarios socialistas y marxistas, todos han estado de acuerdo en revivir el poder del Estado, dando métodos económicos donde la libertad queda eliminada para dar paso a nuevos privilegios.

En estos casos las masas acuden a las barricadas a agregar su porción de sangre a una revolución que no les beneficia a ellos, sino a quienes toman el poder.

Se cuestiona el órgano de poder existente, contra el cual se levantan multitud de voces en contra; se busca su destrucción. Pero no la destrucción de la institución del poder en sí, sino únicamente del poder actuante para sustituir éste con otro. Únicamente los anarquistas han puesto sobre la mesa la posibilidad de aniquilar la institución estatal de golpe para dar paso a una vida sin régimen de poder, donde la actividad económica sea puesta en marcha por los productores, esto es, por los trabajadores de manera directa. No faltarán quienes, como los marxistas, pretenden estar de acuerdo EN TEORIA sobre la eliminación del Estado, pero con la diferencia de que pretenden que este sea eliminado por el mismo Estado y en un periodo lejano. Pretextos estos que esconden la falta de voluntad de que el pueblo sea libre de verdad.

Para los anarquistas, puesto que la eliminación del Estado en todas sus facetas es el objetivo principal de donde partirán la organización de la economía y de la vida libre de verdad, la reorganización de la economía y de la sociedad en general representan una importancia de relieve. Una de

las cuestiones principales a estudiar y analizar para la sociedad actual.

Se ha escudriñado mucho en cuanto a cuál ha de ser el régimen económico que ha de otorgar una libertad más amplia y verdadera al pueblo, así como los caminos que han de llevarnos hacia tal objetivo.

El revolucionario sabe perfectamente que no se puede ir a la revolución sin saber que es aquello por lo que se lucha. Ir a la revolución sin tener claro el objetivo es como caminar en un cuarto a oscuras: sin saber a dónde se va y con el riesgo de tropezar.

Ir al pueblo y no proponer a éste nada concreto es tener por seguro que nuestras ideas por muy acertadas que sean no cuajarán en las masas populares. Por el contrario, ir hacia ellas y tratar de imponerles un sistema económico cualquiera, aunque fuese el más justo y libertario, equivale a negar todo lo que de cierto pueda haber en las ideas, convertirse en dogmáticos y tomar el camino más falseado que nos podría llevar a todos lados, desde el regreso al régimen que se busca destruir, hasta la dictadura de un puñado de pseudo intelectuales que pretenden libertar al pueblo por medio de la fuerza contra dicho pueblo, pero jamás nos llevaría hacia la libertad.

“Porque cuando lo bueno es impuesto, precisamente por ser impuesto, se convierte en malo” nos decía Bakunin hace ya muchos años, y no estaba para nada falto de razón.

Además si los anarquistas tuvieran que imponer por la fuerza sus ideas al pueblo demostrarían a la vez que éstas no son ni justas ni libres. Por el contrario, el anarquismo es precisamente la expresión más clara de la libertad porque sus razonamientos no necesitan ser impuestos al pueblo: cualquier trabajador dentro de sus cabales les aceptaría seguramente si estas ideas son bien expresadas. Aunque esto no quita que pese a aceptarlas el lastre de la educación estatista que arrastran desde su nacimiento les haga ver nuestras ideas como algo lejano, que no llegarán a ver.

¿Quién de nosotros no ha escuchado las palabras “Completamente de acuerdo contigo compañero: habría que acabar de raíz con el Estado para ser verdaderamente libre. Pero, ¿Cuándo sucederá eso?... quizá muera sin haberlo visto”?

Puedo casi asegurar que todo aquel que trabaja en pro de la implantación del anarquismo y su sistema económico, el comunismo libertario, ha escuchado algunas veces palabras como esas. Esto no nos desanima, sin embargo, para continuar con la propaganda de nuestros ideales; y ponemos cada vez más empeño para demostrar que si todos los regímenes políticos son reaccionarios, el anarquismo es la expresión más fiel de la libertad. Hasta aquí la cuestión se basa entonces en la siguiente pregunta ¿El comunismo libertario hay que imponerlo? ¿Imponerlo a quién?

“Porque -se nos dirá- con los burgueses no se puede tratar, ellos nunca abandonarán el poder por muy justas que sean nuestras ideas”.

Esto es verdad cien por cien. Pero refirámonos al pueblo. Es claro que al levantarse el pueblo en armas lo hará para recuperar todo aquello que el Estado, defensor de los burgueses, le han arrebatado. Así mismo es claro que los burgueses serán quitados del poder por medio de la revolución social. No creo en aquello de que por medio de la resistencia pacífica ⁽¹⁾ pueda lograrse la eliminación del Estado y sus fuerzas armadas. Pero al retomar los trabajadores los medios de producción, proclamando aquí y allá la completa libertad para todos de organizarse sin Estado, no están en verdad imponiendo absolutamente nada, sino recuperando lo que es suyo y que un grupúsculo de pillos le arrebataron por medio del terror y la violencia.

Imponer significaría ejecutar algún acto procediendo arbitrariamente sin tomar en cuenta para nada la justicia ni la libertad de las personas. En este sentido la organización del Estado no es otra cosa que una imposición arbitraria y violenta sobre la libertad.

El anarquista que atraca a los burgueses que le explotan para tener fondos para la causa no está “robando”, sino recuperando aquello que los ladrones burgueses le han arrebatado. Los trabajadores que expropián empresas y las hacen funcionar bajo su funcionamiento propio eliminando a los parásitos burgueses de la misma, no la “robaron”, tomaron sólo aquello que por justicia les pertenece. Así mismo los revolucionarios que acaban con los privilegios de los burgueses, que toman los medios de producción en sus manos así como los productos obtenidos de ellos, que en fin, proclaman el comunismo libertario, no han “impuesto” ni “robado” absolutamente nada. Tan solo han recuperado aquello que les pertenecía y que les había sido robado a sus antepasados hace mucho tiempo por los primeros tiranos.

Es bastante sabido cómo se instituyeron los primeros Estados: Todo comenzó hará unos 5000 años en la antigua Sumeria, lo que hoy se conoce como Irak.

Hasta entonces las poblaciones (no en el sentido de “pueblo” sino de conjunto de personas) vivían de un lado a otro (Nómadas). Los jefes no existían, se regían en un modo de vida sin gobierno.

Hubo sin embargo siempre personajes que intentaron de una u otra manera imponerse sobre los individuos. Cuando esto sucedía simple y llanamente se optaba por irse a otro lado, dejando solos a los aspirantes a jefes.

Con el crecimiento de la población vinieron necesidades distintas a las que hasta entonces se habían tenido: una población más amplia precisaba de una forma de producir alimentos que satisficiera el hambre de todos. Con ello la agricultura se hizo necesaria (se asentaron sobre todo entre dos ríos, el Tigris y el Éufrates), y con ella un modo de producción de alimentos que no podían llevarse consigo como cuando aparecía un jefe, por lo que la llegada de estos se hizo y no hubo forma de irse. Los primeros jefes de estas poblaciones fueron los sacerdotes llamados “Patesi”.

Estos al tener ya el dominio sobre la población comenzaron el ataque a poblaciones vecinas (vemos como desde el principio la naturaleza del Estado es la de la invasión de otras regiones: opresor en el interior y conquistador al exterior). Al ser atacadas estas a su vez respondieron con la creación de un Estado propio.

Al desatarse estos conflictos los jefes militares de entonces entraron en el naciente Estado y se situaron en el durante mucho tiempo, convirtiéndose posteriormente en príncipes con monarquía hereditaria.

Vemos entonces que los orígenes del Estado no son sino la ignorancia y el predominio militar sobre otras poblaciones. Sacerdotes enajenantes y asesinos militares son los primeros que dan vida al Estado.

Se despojó de esta forma (es decir violentamente) a todos los habitantes y las generaciones futuras hasta nuestros días. El privilegio de que gozan hoy los ricos tiene sus inicios en las matanzas y el engaño, en el robo y el asesinato.

Es habitual que el Estado para mantener sus privilegios implante en las mentes de las personas por medio de la educación desde el nacimiento a la tumba un desprecio por los “ladrones” (no robarás, dice el séptimo mandamiento). La mayoría de las conciencias se levantan contra la sola imagen del robo porque, después de todo, nadie tiene derecho a quitar a otra persona lo que es suyo, lo que necesita para desarrollarse física, cultural, moralmente e incluso para ocio. El precepto, de hecho, es bueno si fuera aplicado para todos. Los periódicos, las escuelas, la misma moral (aprendida en escuelas y por costumbre) de las personas e incluso hombres y mujeres de ciencia lo proclaman en muchas formas: “¡Nadie por encima de la ley!”. Lo que olvidan premeditadamente decir los educadores es que dichos ladrones no son sólo aquellos que roban al rico, sino el mismo rico que por medio de la protección de las leyes del Estado roba descaradamente a los trabajadores el producto de su trabajo.

Tenemos entonces dos moralidades distintas en cómo se educan a las personas: la una comete las peores bajezas, los peores asesinatos, despojos y crímenes... la otra es la que educa a las poblaciones que robar es malo, que debemos ser buenos, respetuosos y tolerantes... ¡Pero nos lo dicen quienes cotidianamente son los peores criminales!

Lo que se busca al educar de esta forma a las personas es obtener el uso exclusivo del robo, de la matanza y del crimen.

Que un trabajador cometa una expropiación contra su explotador es intolerable; que le pegue un tiro al general que ordenó la matanza de obreros pone los pelos de punta; que le ajuste cuentas a sus explotadores es imperdonable.

Que un militar ordene matar a cien o doscientos obreros está bien si es por defender la patria; que el propietario pague al trabajador menos de la mitad de lo que produce está bien, está en su derecho; que un capitalista suma en la miseria a millones de personas está bien, es hábil en los negocios.

Romper con esa mentalidad impuesta por la educación y la moral burguesa, es también un paso adelante en la expropiación colectiva que los revolucionarios proponemos al pueblo.

Los ladrones, los que imponen, los pillos y vagos, los que nunca trabajan, los que no producen absolutamente nada bueno se encuentran precisamente en el Estado.

La ley escrita es la primera manifestación de la injusticia y el oprobio. Es la imposición sutil o descarada (según convenga al Estado) del robo, la barbarie y la injusticia.

Es entonces claro que el comunismo libertario no puede nunca ser "impuesto", pues su ejercicio responde no a intereses injustos, no a la eliminación de la libertad, no al provecho de una o varias personas, sino antes bien a la recuperación de la libertad y su afirmación en el comunismo libertario, donde la libertad será para todos en general. La imposición se realizó cuando por medio de la violencia, de las matanzas y de la tortura los señores arrebataron al pueblo el derecho a vivir,

a trabajar libremente. La revolución social es la respuesta a este acto aberrante llevado a cabo por el Estado. La revolución social es la aplicación de la justicia, la recuperación de la libertad y de todo aquello de que el pueblo fue despojado.

Y si en esta lucha ha de correr la sangre no será sobre la consciencia de los revolucionarios que caiga esta sangre, sino sobre la consciencia de los eternos verdugos del pueblo que se empeñan en mantener este sistema de injusticia, de violencia y de muerte. En pocas palabras, si corre sangre será por culpa de ese puñado de necios gobernantes que no cederán ante la justicia revolucionaria, que opondrán todo lo que esté en sus manos para impedir que la libertad sea una realidad. Y esto que pudiera ser un asunto puramente teórico se ha confirmado miles de veces ahí cuando el pueblo se levanta por la justicia.

La condición de impositores no corresponde a los libertarios, sino a los gobernantes. La proclamación de libertad no corresponde a los gobernantes, sino a los anarquistas, al pueblo en general.

En cuanto a los burgueses, el comunismo libertario será proclamado aun cuando los burgueses, los eternos explotadores de siempre se nieguen a su realización. Claro es que solo una muy reducida cantidad de burgueses aceptarán la proclamación del comunismo libertario, ya sea por miedo a la revolución, ya sea que sean empujados por los acontecimientos. Pero estos serán una minoría.

La gran mayoría de los burgueses se cobijarán a las faldas del Estado en busca de protección, empleando los métodos más sanguinarios y terroristas que les parezcan necesarios con tal de despojar nuevamente al pueblo de los medios de producción, de la libertad.

A ellos, la guerra más implacable, la lucha más encarnizada, hasta el aniquilamiento de toda esa institución infame que ha manchado de sangre toda la historia popular. A la violencia del Estado debe oponerse una respuesta más contundente: la violencia revolucionaria del pueblo ⁽²⁾.

Pero a esa lucha debemos acudir los anarquistas con una preparación ideológica de las condiciones en que nos encontremos y de la forma en la que la lucha podría desarrollarse, empeñándonos siempre en plasmar nuestras ideas a los acontecimientos.

Se impone entonces que se tenga un objetivo claro y preciso hacia el cual se ha de ir y que éste sea presentado claramente al pueblo como propuesta. Para los socialistas, los republicanos, así como para los marxistas, el régimen económico que adoptan les lleva indefectiblemente a dar una vuelta en círculo sobre las teorías progresistas y revolucionarias que pregonan antes de los sucesos revolucionarios, y que les sitúa en ese mismo sitio que atacan en un comienzo. Al revivir al Estado bajo una nueva forma no hacen sino darle un nuevo nombre a la explotación que ejercerán sobre el pueblo, que termina por ser siempre la parte final de la cadena.

No importa si el nombre que den al régimen económico le llaman república, socialismo, comunismo, etc.: la explotación solo se diferencia por el nombre, no así por los resultados.

Los argumentos que estos elementos estatistas suelen dar para justificar su aspiración al poder es que no se puede llegar a la libertad de manera inmediata sin antes haber preparado al pueblo para ser libre. Esto para los marxistas y socialistas. Para los republicanos y demás corrientes similares, *la libertad* se encuentra precisamente en ser gobernado y elegir a quienes han de goberarnos.

Para estos últimos el pueblo es un ser que no ha salido de las cavernas y que debe ser dominado siempre, de lo contrario se despedazaría a sí mismo.

Se nos dice incesantemente que “El ser humano no sabe gobernarse, precisa que le gobiernen”. Si quienes nos dicen esto no fueran humanos la cosa sonaría diferente. Pero siendo ellos mismos seres humanos y si atendemos a su teoría, son igualmente impotentes no solo de gobernarse

a ellos mismos, si todavía más de gobernar a otros, con lo que el argumento se cae a pedazos.

Para los primeros (socialistas y marxistas), el pueblo es una bestia salvaje a la que hay que domar, civilizar, para poder liberarle después. Pero es claro que pretender preparar al pueblo para la libertad es como querer enseñar a los peces a nadar: se tiene el instinto, y si se les dejase libres uno y otro sabrían manejarse sin necesidad de ningún dirigente. Como en el caso de los republicanos y corrientes similares, ellos son también seres humanos, por lo que si el pueblo es una bestia salvaje incapaz de vivir en libertad más que después de ser adiestrado ¿Es que ellos ya han sido adiestrados y son aptos para la libertad? ¿Quién les adiestró no es humano, o en base a qué se pretende enseñar a las personas? ¿En base a qué, entonces, se sienten llamados a civilizar a los demás cuando ellos están en las mismas condiciones? Tras la cortina de preparar al pueblo se encuentra entonces la intención de tener los privilegios que hoy envidian a los ricos.

El odio visceral que dicen sentir hacia los ricos les viene no de los deseos de acabar con las desigualdades, sino de las ansias de ser como ellos.

Para los republicanos la libertad del pueblo es ser gobernado: poder elegir a sus gobernantes, respetar las leyes que estos les dan, y conformarse con la eterna ilusión de un futuro mejor. Sin duda esto que ellos entienden por libertad no es más que la esclavitud enmascarada.

Ambos, tanto los pseudorevolucionarios marxistas y socialistas así como los republicanos pretenden vivir del pueblo sin producir nada bueno.

Para los anarquistas el camino no ha sido nunca una verdad absoluta: comprenden que el régimen del mutualismo, del colectivismo y del comunismo anarquista son sólo métodos económicos que se plantean como soluciones para organizarse una vez destruido el Estado. El mutualismo formulado por Proudhon fue sustituido en

preferencia por el colectivismo que Bakunin y sus camaradas defendían dentro de la AIT. Vendría después Kropotkin y Malatesta a la defensa de un comunismo verdadero, diferente del pseudocomunismo defendido por Marx y Engels. Un comunismo que a la vez que ponía en acción la socialización inmediata de los medios de producción, daba a las comunas la más amplia libertad y al individuo el más amplio desarrollo.

Vendrían también quienes defendían (entre los que destaca Tárrida del Mármol) un “anarquismo sin adjetivos”: una teoría que afirmaba que a la libertad, al anarquismo, no se le puede poner de manera definitiva un sistema económico. Y según creo yo no puede haber idea más justa.

Hemos dicho unas líneas más arriba que el camino nunca ha sido una verdad absoluta para los anarquistas. Si así se hubiesen tomado las cosas, so pretexto de una organización firme y decidida, nunca hubiéramos pasado del mutualismo al colectivismo; no se diga ya del colectivismo al comunismo libertario.

La conformación de una organización firme, decidida y seria, no quita el hecho de que los dogmas deban ser eliminados.

Si preguntara a cualquier anarquista ¿Qué es el anarquismo? Seguramente reiría al ver que un anarquista pregunta a otro una cosa que ambos deberían tener claro. Si diese respuesta los matices serían tan amplios y variados que no sería poco el tiempo en decirlo y escucharlo. Pero si nos referimos al anarquismo no en un sentido filosófico, económico, histórico, etc., sino en un sentido de pura investigación, la respuesta sería bien rápida de dar: el anarquismo es la búsqueda de la verdad, de lo demostrable, que a la vez sirva para la más completa libertad del pueblo.

¿No somos acaso anarquistas porque tenemos la clara evidencia de que todo régimen estatal es esclavitud? ¿No somos acaso ateos porque se nos ha demostrado la imposibilidad de la existencia de un ser divino? ¿No somos acaso comunistas libertarios porque hasta el día de hoy el

sistema del comunismo libertario ha sido demostrado como el más avanzado, el más justo, el más libre? Al ser anarquistas somos entonces eso: personas firmemente convencidas de aquello por lo que luchan, precisamente porque hemos comprobado que es justo ser anarquistas. Por el camino del estudio y de la práctica hemos comprobado aquello que merece afirmarse, puesto que lo hemos comprobado, y aquello que es necesario eliminar, porque hemos comprobado que no solo es inútil, sino dañino para todos.

Nada hemos tomado como punto de partida absoluto, sino que cada una de nuestras convicciones está respaldada por su comprobación en la vida.

Pero esta comprobación que hemos hecho se actualiza cada día. No se desmiente: el Estado es una plaga de la que el pueblo debe desembarazarse, porque en ningún Estado hay libertad para el pueblo; la idea de Dios doblega las voluntades de las personas y las hace dóciles a la explotación del capital, por lo que se hace necesario demostrar la inexistencia de Dios y de todo mito que tienda a la sumisión del pueblo; la autoridad no es necesaria para la organización, pues no hace más que crear mansedumbres, pero nunca personas libres; el régimen del capital es el culpable del hambre a nivel mundial, de la destrucción de nuestro medio ambiente y de la ignorancia del pueblo, por lo que su destrucción es sumamente necesaria.

Estas verdades no se desmienten, pero a cada paso que damos se modifican, se modifican afirmándose cada vez más.

En nuestros sistemas económicos ocurre también una actualización continua: la situación de ahora no es la misma que la del siglo XIX y XX. La tecnología y los medios de producción han avanzado mucho, lo que permite una facilidad más amplia para aplicar nuestras ideas. Los métodos de represión del Estado también se han modificado, por lo que no podemos pensar en afrontar al Estado de la misma forma que antes, debemos emplear también todo lo que podamos las técnicas y métodos modernos.

La idea del comunismo anarquista del siglo XIX y parte del XX difiere necesariamente de la actual dados los importantes pasos en el mejoramiento de los métodos de producción actuales.

Esta actualización de nuestras ideas se nos presenta imprescindible, pues a la vez que nos hace evitar el dogmatismo nos hace luchar no con los métodos de antaño, ni con la mentalidad de antaño, sino viendo los cambios que el enemigo ha realizado en su organización y saber atacarle. Esta heterodoxia que empleamos no se detiene aquí sino que, como buenos libertarios, debemos tener presente la posibilidad de que un nuevo sistema económico que también elimine al Estado sea formulado por algún compañero; en tal caso deberíamos estudiar dicho sistema y, si es justo, emplearlo. De momento somos comunistas en economía, es el método que hasta el día de hoy se nos presenta como el más justo y viable. Es un método, no un dogma.

Si cometiésemos el error de negar la posibilidad de que otro sistema sin Estado pueda dar más libertad al individuo y más progreso a la comuna estaríamos abandonando el terreno del anarquismo y formando parte de todos los grupos cerrados y dogmáticos, a la usanza de cualquier partido republicano o socialista.

En este camino, entonces, los avances del mutualismo hasta el comunismo libertario no son sino la búsqueda siempre del mejor método económico que otorgue más facilidades de organización y que a la vez asegure un máximo de libertad para el individuo y la comuna de que forma parte. Por esto mismo no se puede definir al comunismo anarquista como el método definido para siempre.

Grave error cometeríamos si pretendiéramos trazar desde ahora el grado de tecnología, sabiduría y progreso que ha de haber cuando la revolución sea una realidad triunfante. Si un compañero sugiriera en lo futuro un régimen económico que prestara más facilidades de organización y brindara a la vez libertad al individuo,

quedando eliminado el Estado y sin revivir a este, nos veríamos en la situación de analizar detenidamente la propuesta, y si esta es justa, libertaria, antiestatista y ofreciera una mejor facilidad de ponerse en práctica, sería nuestro deber abandonar el comunismo anarquista y adoptar la nueva propuesta económica.

El comunismo -lo repito una vez más-, conforme la idea libertaria es solo un método económico, pero no es un dogma o una verdad inmutable. Le aceptamos conforme ha sido demostrado como la idea más avanzada, que otorga más libertad al individuo, elimina al Estado y permite hacer funcionar la sociedad prescindiendo de la autoridad; pero jamás haremos del comunismo libertario un dogma.

Regresemos a la situación del pueblo en cuanto al comunismo anarquista.

Es verdad que dentro de las mismas capas populares no faltarán los ánimos caídos, el miedo a la libertad de algunos trabajadores que verán con desconfianza o desanimo el comunismo anarquista. Habrá en tales casos que comprender una cosa: el pueblo ha sido maniatado y explotado despiadadamente. En estas condiciones crece en el pueblo en algunas ocasiones el miedo a la libertad, el miedo a que por practicar un régimen económico y social distinto vayan a pasarlo mal. Este miedo es natural: todos temen aquello que desconocen. Habrá que convencer a estos trabajadores no por medio de la imposición, sino de la exposición clara de los métodos y los resultados, dejando siempre la acción en manos de ellos mismos. Así experimentarán al instante la seguridad de que siendo ellos quienes practican dicho proyecto el mismo depende de su voluntad y de sus facultades. A la vez, siendo ellos quienes hacen funcionar las fábricas, los campos y los talleres, no hallarán obstáculo alguno para desempeñar de manera efectiva su trabajo, confirmando ellos mismos con la práctica que la autogestión es mil veces mejor que el método explotador del capitalismo.

Habrá aun trabajadores que quizá coincidan con nuestro método económico, pero prefieran llegar a este de manera gradual, es decir, implantando primero un régimen económico menos radical. ¿Habrá que imponerles a ellos el comunismo libertario?

Creo que este punto es esencial: si bien con los burgueses no hay más forma de dialogar que por medio de la revolución social que expropiará todos los medios de producción y los pondrá en las manos de los trabajadores, es de singular importancia la conducta que habremos de tener para con los mismos trabajadores que temen a la eliminación del régimen de gobierno y la constitución de una sociedad sin gobierno.

¿Qué esto no pasará porque los mismos trabajadores serán quienes impulsen la revolución y el anarquismo? De acuerdo, deben ser ellos. Pero habrá zonas donde los anarquistas (trabajadores o desempleados) serán una parte minoritaria y tendrán que ver la forma de trabajar para que nuestras ideas se pongan en práctica. Y habrá así mismo otros trabajadores que no coincidan con los anarquistas, por ignorar nuestros propósitos o por por circunstancia.

Con estos compañeros creo que lo que se debería de hacer es tener mucho tacto y de ninguna forma tratar de imponer nuestros conceptos económicos, sino más bien incitarles a que cualquiera que sea el régimen económico que se emplee, de ninguna manera debe constituirse un nuevo régimen de poder, un Estado. Si los compañeros quisieran experimentar formas nuevas de economía no solo no deberíamos oponernos a ello, sino participar con ellos activamente. La constitución de un Estado bajo el pretexto de experimentar en la economía popular es un riesgo que siempre estaría latente entre los trabajadores que quisieran experimentar, y si bien no deberíamos oponernos a la experimentación, sería un deber moral y ético de todos los anarquistas mostrar al pueblo claramente que la constitución de un nuevo poder no haría sino revivir la explotación, y en

caso de constituirse un órgano de poder, sería también deber de los anarquistas combatirlo con todas sus fuerzas. No a las personas, sino al régimen de poder que pretendiera nacer bajo cualquier pretexto ⁽³⁾.

Pero si la experimentación es en un sentido económico, esto es, practicar un régimen económico como podría ser el colectivismo, el mutualismo, o incluso un nuevo régimen donde no se explote a nadie y donde el Estado no exista, no solo no deberíamos oponernos, sino apoyarlo y practicarlo. Finalmente, y según mi opinión, se llegará a la práctica del comunismo anarquista. Comprendiendo que socializándolo todo en el comunismo anarquista se tienen mil y un facilidades.

Esto es solo un posible escenario. Si, una reflexión, porque también se dará el caso (y esperemos que por mayoría) de que al ser expuesto el comunismo libertario se halle este aceptado por una gran mayoría de trabajadores que deseen vivir en libertad. Dejando la experimentación para los elementos dudosos, que al ver la práctica del comunismo libertario terminarán por unirse al mismo habiendo comprendido las mejoras que este ofrece. Puede suceder también que de forma espontánea se pase a la autogestión de las fábricas, y en cuyo caso la práctica del comunismo anarquista no sea pensada... pero que sin embargo sea aplicada.

Ahora bien, si dentro del anarquismo convergen una cantidad de ideas que a veces varían de unas a otras tanto en los métodos a utilizar como el medio en el cual se ha de desarrollar, la negación del Estado viene a ser en todas estas ideas el pilar fundamental y en el que todas las ramas del anarquismo están de acuerdo.

Esta diversidad de ideas, y fundamentalmente la negación del Estado, han provocado que los detractores del anarquismo le hayan achacado el caos como sinónimo. No es necesario extenderse lo más mínimo para responder a los detractores, porque se comprende que estos comúnmente

son, o aspirantes directos al poder, a la explotación del pueblo, pseudorevolucionarios que aspiran de la misma manera al poder y de la misma manera a la explotación del pueblo, o gente que no conoce las ideas y habla de ellas conforme otras personas le han dicho, por lo que el argumento es bastante flojo.

En el plano inmediato la propuesta clara y precisa del comunismo libertario presentada a los trabajadores y al pueblo en general demuestra que el anarquismo, pese a lo que digan sus detractores, es una idea de organización... pero donde la autoridad queda eliminada.

Ahora bien, regresando al tema de la organización de la sociedad después de la revolución y el método que pensamos ha de sustituir al nefasto régimen estatal, no dudamos en mostrar nuestra preferencia por el comunismo anarquista. Porque ¿Qué anarquista en la actualidad no lucha por la implantación del comunismo libertario? Si mañana estallase la revolución no se dude de que la casi totalidad de los anarquistas se lanzarían a las calles, arma en mano, buscando proclamar el comunismo libertario.

En esa lucha por el comunismo libertario la revolución no debe ser nunca vista “idealmente” sino “realmente”.

Hay compañeros que piensan (o que prestan poca atención a esta cuestión tan fundamental) que una vez derrotado el Estado la sociedad será transformada de un día para el otro: los enemigos de antaño se darán un fraternal abrazo dejando de lado las rencillas, los almacenes tendrán la posibilidad de suministrar todo aquello que el pueblo necesitase, la jornada de trabajo será en lo inmediato de 3 horas y todo funcionará cual máquina de reloj y el comunismo libertario sería proclamado en todas partes. ¡Qué más quisiéramos nosotros que todo fuese así de sencillo!

Hay quienes piensan también que el comunismo libertario es la fórmula que todo lo ha de corregir.

Pero la revolución no es así de sencilla. Ver la revolución “idealmente” equivale a chocar de frente con la

realidad cuando esta nos alcance. Por eso es que ser idealistas, o pretender que el anarquismo es “una idea” representa dar un paso a considerarnos a nosotros mismos como “utopistas” “Soñadores”. El anarquismo no es de ninguna forma una “idea”, es un proyecto basado en hechos y circunstancias reales. Su realización no responde a ningún sentimiento idealista, sino a una aspiración racional y justa. No somos soñadores, somos realistas. Soñadores quienes piensan que este sistema putrefacto puede dar algo más que esclavitud y miseria.

Nuestra lucha no responde a una rebeldía vacía de sentido. Es una rebeldía despertada a raíz de un sinfín de injusticias.

La metafísica, los sueños, los fatalismos históricos y las idealidades las dejamos para quien quiera usarlas. Nosotros, materialistas y revolucionarios, emprendemos la lucha por cosas reales, con métodos reales, luchamos por objetivos claros, necesarios, justos y sobretodo reales.

Nuestra concepción sobre la revolución de una forma realista y lo que atañe a la implantación del comunismo anarquista nos indica que hay puntos esenciales que debemos tratar:

- 1.- La economía de la sociedad antes de la revolución.
- 2.- La economía de la sociedad al momento de la revolución.
- 3.- Los miembros productivos de la sociedad durante la revolución y las necesidades económicas del momento.
- 4.- La implantación del comunismo libertario en todos lados: mitos y realidades.
- 5.- Necesidad de extender los métodos modernos de producción.
- 6.- El comunismo libertario al máximo.

No es mi intención extenderme demasiado, hacer un volumen extenso sobre la organización del comunismo libertario, pues esa tarea ha sido ya hecha magistralmente por otros compañeros. Pongo yo sobre la mesa un par de cuestiones que me parece que no se han tocado, o no han tenido la atención que se merecen.

Comencemos por el primer punto y partamos de aquí hacia los demás.

La economía de la sociedad antes de la revolución

Esta producción tiene como carácter algo muy significativo: se produce de forma completamente irracional.

Si la producción estuviera basada en las necesidades del pueblo y en su bienestar la jerarquía injusta de obrero/patrón sería eliminada, sustituyendo ésta con un trabajo donde todos cooperaran, ejerciendo así una producción más amplia y justa. A la vez se pensaría en todas las necesidades que tiene el pueblo, se produciría basado en estas necesidades y con la mira puesta en satisfacerlas.

Por sencilla lógica el proceso debería ir enlazado firmemente como producción / consumo y posteriormente consumo = satisfacción de esta demanda por medio de la producción.

Cualquier medio de producción que produce sin atender las necesidades del consumo cae rápidamente en la sobreproducción o en la falta de atención a la demanda. Pongamos un ejemplo para ilustrar esta irracionalidad del sistema económico actual:

Figurémonos un hogar sencillo, una casa cualquiera. A la hora de hacer la comida se piensa sobre todo en el número de miembros que forman la familia. Figurémonos que dicha familia la componen 5 personas. Quien cocine no cocinará en cantidad para 100 personas cuando solamente son 5 miembros en la familia. Tampoco cocinará para 2 personas porque sabe que las 3 restantes quedarán sin alimento. Cocinará para 5 personas o un poco más si lo desea, pero no pasará en mucho la cantidad que piensa puede satisfacer la demanda de comida de las 5 personas.

Al terminarse esa comida verá si ha quedado algo. De ser así al día siguiente cocinará teniendo en cuenta la comida que sobró y en base a ello cocinará lo que le parezca más racional.

Nuestros doctos economistas (no todos por fortuna) justifican el sistema económico actual con mil frases y tratados económicos, cuando un niño de kínder es capaz de ver lo irracional de su forma de producción.

Supongamos ahora que quien administra la comida de la familia antes mencionada es el capitalismo y que cobra por dicha labor: no producirá para 100 personas habiendo solo 5; las 95 raciones restantes le harán detener la producción, o sea, dejar de generar ganancias. Producirá solamente aquello que pueda pagarse. O sea, si de las 5 personas sólo 2 pueden pagar el precio impuesto por el capitalista, se producirá para ellas y las 3 restantes estarán destinadas a perecer o vivir de las migajas que les sobren a las otras 2. El equilibrio de producción queda aquí eliminado, dando paso a la producción por ganancias.

Si la producción sobrepasara aquello que puede ser pagado, entonces procede a la invasión comercial de otros Estados, donde colocará la producción que en su propio país no puede ser pagado, con lo que empobrece a los nativos de dichas regiones.

Ahora bien ¿Cómo hacer que este consumo no se detenga y con ello continuar generando ganancias?

Keynes ⁽⁴⁾ aparentemente solucionó el tema, sus recomendaciones (entre otras) de bajar los impuestos, de emitir más dinero, etc., (esto en tiempos de recesión; lo contrario en momentos expansivos) dieron como resultado un cierto rejuvenecimiento del capitalismo.

Sus ganancias no se detienen gracias a que hay mayor circulación de dinero y con ello mayor posibilidad para los trabajadores para consumir un poco más.

Si a esto añadimos los efectos del fordismo ⁽⁵⁾ tenemos entonces que el capitalismo, a pesar de lo que opinen nuestros marxistas, no muere debido a sus propias contradicciones ⁽⁶⁾. Ahora bien, si a esto sumamos los productos de bajísima calidad y desechables con que se inunda los mercados (tecnología, ropa, muebles, etc.)

obtenemos que la población, enajenada por un sistema mediático al servicio del capitalismo, consume hasta lo que no puede pagar en algunos casos.

Esto no ha evitado, sin embargo, el hecho de que en países primermundistas tanto como en los tercermundistas haya destrucción de mercancías, despido masivo de trabajadores sustituidos por máquinas, etc.

El irracionalismo y la estupidez total, he aquí la forma de producción del capitalismo. Una forma de producción racional para funcionar debe ver la **necesidad** (no la **posibilidad**, que es cosa muy distinta) del consumo y producir para dicha satisfacción. Esa forma de trabajar le hace funcionar sin sobresaltos de ningún tipo. Ahora bien, si no se produce de esta forma vienen las crisis económicas (7). ¿Y quién paga esos efectos? Por supuesto, el pueblo.

Si se cae en la sobreproducción resulta el hambre de la abundancia; si no se produce se cae en el alza desmedida de los precios: pocos productos y bastante caros.

Entonces la economía produce pensando ante todo en los beneficios del capital: se produce, pero cuando se está en riesgo de una sobreproducción se detiene el trabajo. Los obreros son despedidos masivamente y suelen generarse “crisis” económicas. Estas crisis significan para pueblo la contradicción más absurda y ridícula: “Padeces hambre porque hay demasiada comida...” “Careces de vestimenta porque los almacenes están abarrotados, pero si no pagas la mercancía no saldremos de esta”. Es evidente que para poder pagar dichos productos el obrero necesita trabajar; pero no puede trabajar porque hay demasiados productos y su mano de obra no es necesaria. En otros términos, esa contradicción del capitalismo genera la miseria a raíz de la abundancia. El mercado defendido por nuestros iluminados economistas no tiene lógica alguna.

Ante este panorama solo quedan dos opciones: A) Resignarse a la miseria y rezar porque pase rápido la crisis. B) recurrir al pillaje, a las expropiaciones de los almacenes.

¡Y esperemos que cuando eso suceda las masas opten por la segunda opción!

Ante esta perspectiva los capitalistas buscan sobretodo proteger sus privilegios; y para evitar esta sobreproducción el capitalismo produce manteniendo un equilibrio: se produce para satisfacer la demanda de productos que puedan pagarse, no la que es necesaria. En otras palabras, los almacenes no estarán abarrotados sino solo lo suficientemente abastecidos para satisfacer la demanda de producto que pueda ser pagada más una pequeña cantidad de productos almacenados.

Hemos hablado líneas arriba de que el capitalismo produce “Manteniendo un equilibrio” en realidad pasa que el intento lo hacen. Pero al no comprender ni las necesidades del producto ⁽⁸⁾ el “equilibrio” que intentan mantener entre la producción y la demanda del mismo es un equilibrio basado en el error. Este error lleva a que si bien lo intentan, el caos en la producción y el consumo sea una de las principales características del capitalismo.

Se entiende entonces que si bien el equilibrio real no existe en el capital, es mucho más lógico que los almacenes no estén rebosantes o no lo estén como se esperaría de unos medios de producción capaces de producir en serie.

Es bien sabido que una de las formas que usa el capitalismo para subir el costo de los productos es precisamente producir poco, ocultar el producto en el momento preciso o en el peor de los casos destruir la producción cuando se corre el riesgo de que esta sea consumida a bajo costo.

Consecuencia de esta forma ruin de producción es que los modernos aparatos de producción, los métodos y los avances mismos, no son utilizados al 100% de su capacidad. Con esto se sobreentiende que un ejército de hombres y mujeres no puedan tener acceso a un empleo, con lo que aparece tanto la miseria como los actos antisociales en muchos casos.

Si estos hombres y mujeres tuvieran acceso a dichos empleos, la miseria desaparecería porque con la puesta a toda marcha de los medios de producción no solo sería satisfecha la demanda de productos, sino que incluso podría darse la acumulación de los mismos (en aquellos que puedan ser almacenados) y la consecuente reducción de la jornada laboral.

Evidentemente para que dicha cosa sucediera sería inevitable que, con el aprovechamiento de los métodos de producción al 100%, la patronal y todo el cúmulo de burgueses desaparecerían para, por primera vez en su vida, ponerse a trabajar.

Es claro que dicha cosa no va a suceder nunca de buena manera, y será necesario que los trabajadores tomen por la fuerza los medios de producción para aprovecharlos a toda su potencia, y hacer desaparecer con ello la miseria y la ignominiosa forma de explotación actual.

Sin embargo aquí lo importante es ver que la forma de producir del capital es la de mantener un nivel (irracional) de producción que a la vez que encarezca los productos, sostenga en la miseria a un ejército de trabajadores dispuestos a un trabajo “a cualquier precio” en caso de huelga, despidos masivos, sobreproducción, especulación del producto, encarecimiento del mismo, etc.

La economía de la sociedad al momento de la revolución.

Es evidente que la revolución social no es un acto que se realiza de un día para el otro. Es una constante preparación ideológica de sus impulsores y una preparación en la “gimnasia revolucionaria” ⁽⁹⁾ del pueblo.

Se sabe entonces que la revolución es un proceso donde los cimientos del régimen se tambalean y son derrotados por aquellos que luchan contra ese régimen si la revolución es victoriosa. Pero se sabe también que toda revolución está presidida por constantes levantamientos que

son reprimidos aquí y allá, por intentos que las armas del Estado pueden contener momentáneamente, pero que sin duda terminan por ceder ante el empuje y la voluntad revolucionaria. ¿Cómo actúa la burguesía en momentos así?

Si bien continúa ejerciendo la explotación sobre la totalidad del pueblo en cuanto los síntomas de la revolución son fuertes comienza a tomar medidas.

La burguesía cuando la revolución toma fuerza teme por la seguridad de sus privilegios. Y el Estado, perro fiel al servicio de los ricos, hará cuanto sea necesario para suprimir el peligro revolucionario. Si con la represión más o menos fuerte el movimiento es suprimido, o por lo menos reducido a la impotencia, la burguesía se siente de nuevo segura, y solo se limita el Estado al mantenimiento del *status quo*, siempre –claro está– vigilando de cerca los movimientos revolucionarios y aplicando sobre los que haya hecho presos un rigor lo bastante duro para mostrar al pueblo lo que le puede pasar si sigue el camino de la rebelión.

Pero si la revolución es lo suficientemente madura, si sus componentes tienen convicciones firmes, y si el valor y el amor a la libertad es más fuerte que el miedo y que la represión de los burgueses y estatistas al servicio de estos, entonces la revolución no se detiene, sino que apenas la represión se los permita volverán a organizarse y a reanudar la lucha; y si es posible aun durante la represión continuará la organización y la preparación de un nuevo movimiento revolucionario.

Si esto sucede, la burguesía, al ver que el movimiento revolucionario crece, acudirá de nuevo a su protector, el Estado, para que éste aplaste de manera firme y decidida a los revolucionarios.

Todos estos síntomas van poniendo en guardia a las clases privilegiadas, que ven que el terreno que dominaban tranquilamente comienza a ser peligroso para sus privilegios. Cuando la revolución es inminente pese a la represión, los ricos comienzan a sacar cuanto pueden de

ese país y se aprestan a irse a otro, donde puedan continuar con la explotación, o por lo menos disfrutar del dinero que han robado a los trabajadores, antes esclavos sumisos y hoy revolucionarios.

En España, en la víspera de la revolución del 36, los burgueses y fascistas que salieron del país antes de los sucesos revolucionarios sacaron cuanto pudieron del país para trasladarlo a otro ⁽¹⁰⁾; en la zona donde el fascismo triunfó desde un comienzo los burgueses tenían la seguridad de poder disfrutar de sus privilegios y de continuar explotando a los trabajadores. Por el contrario, en la zona antifascista los burgueses que huyeron del país se llevaron consigo una considerable parte de los bienes robados al pueblo disfrutándolos en el extranjero.

Se puede ver entonces que si bien los burgueses tienen sus fortunas dentro del país donde residen, al ver el peligro revolucionario sacan cuanto pueden.

La economía antes de la revolución, por fuerza, difiere mucho de la economía al momento en que los revolucionarios aplastan al poder y eliminan los privilegios.

Téngase entonces por seguro que al momento de que los trabajadores tomen la riqueza social ésta no será la misma que en tiempos de la explotación se veía.

Ahora bien, esto parecería tener muy poca importancia en cuanto al dinero, pues aplicando el comunismo libertario la abolición del dinero, el dinero de los burgueses, aun cuando estos no se lo hubiesen llevado, sería prácticamente inútil. Pero los burgueses no sólo se llevan consigo papel moneda, sino también oro, plata y demás metales. ¿Se pretende que los revolucionarios usen estos metales para consumo propio?

El oro no es usado únicamente para artículos de lujo. Es usado también por ejemplo para muchos componentes en electrónica y otros muchos usos. Lo mismo la plata y otros metales. Independientemente del oro que pudiera ser usado por los revolucionarios en distintos productos, es

también una moneda internacional y en un párrafo a continuación veremos por qué preocuparnos por esta moneda internacional.

En época de esclavitud capitalista los burgueses lucen extremadamente ricos; pero comúnmente, sobre todo en la época actual, esa riqueza se haya depositada en bancos. Cuando la revolución les amenaza simple y llanamente transfieren sus cuentas a otros bancos protegidos por el capital... y a veces ya ni eso, puesto que el dinero depositado en un banco y la mayoría de estos tienen sucursales en varios países, lo que hace que el dinero continúe vigente aunque la ciudad arda en llamas. No se crea entonces que la riqueza de los burgueses es cien por cien palpable, expropiable. Mucha de ella se encuentra en bancos, otra tanta será sacada del país en revolución, quedando solo una riqueza en metales muy reducida a la totalidad de la que poseen los burgueses, así como los medios de producción que, evidentemente, no pueden ser sacados del país. Por lo menos no fácilmente.

Ahora bien, quisiéramos que la revolución se hiciera en todo el mundo, eliminando con ello a todos los Estados del mundo, todos los privilegios del mundo, y no tener necesidad para nada de volver a verles la cara. Pero no pequemos de optimistas pensando en una revolución mundial ⁽¹¹⁾ y concentrémonos en la revolución que estalle en un país de tal o cual continente, para centrarnos en algo más concreto.

No se confundan aquí las palabras: al decir que nos concentremos como tema principal en la revolución en un país “tal o cual” no hablamos para nada de aquello de “La revolución en un solo país”. Tomamos como ejemplo un país cualquiera, pero esto no quiere decir que pensemos en que la revolución anarquista que se desate en dicho país deba quedarse metida en sus propias fronteras. Las características de esta revolución (antiestatista) hacen indispensable no sólo el llamamiento a que en los demás países haya alzamientos

en contra de sus respectivos gobiernos, sino también de la creación en otros países de puntos de apoyo solidarios con la revolución anarquista. Derribar esas fronteras que le delimitan con sus hermanos de otros países será, por consecuencia lógica, una de las primicias de dicha revolución. Y este acto, ya por sí mismo, tiende a desbordar la revolución más allá de un solo país.

La producción de algunas materias primas necesarias para la fabricación de productos esenciales no siempre es fabricada en el país, y existe a veces la necesidad de importarla de otros lugares. Inclusive de maquinaria.

Seguramente la revolución social al poner los medios de producción en manos de los trabajadores dará a estos la posibilidad de comenzar la fabricación de bastantes de estos productos o materias primas; pero no será esto de un día para el otro, y esto hay que tenerlo muy en cuenta.

Pensemos en una revolución en sus primeras semanas y podremos ver que esto que se escribe no está falto de lógica: no se desatará (o por lo menos es bastante difícil) la revolución de una forma coordinada y triunfante en todos los países. Aunque fuese solamente dos (para no hablar de uno sólo) es difícil pensar en que derrotarán al mismo tiempo a sus respectivos gobiernos. Por esto es que pienso que tratar el asunto de un país puede darnos ciertos escenarios en los cuales deberíamos pensar.

Rodeado de países capitalistas, el país, la ciudad o incluso la región que logre despojarse del parasito estatal se verá en la necesidad (esperemos que no) de tratar con otras personas no anarquistas para la adquisición de materias primas o de cualquier otra cosa que por el momento no se fabrique en la zona libertaria ⁽¹²⁾. El dinero de los burgueses derrotados dudosamente seguirá siendo valioso... pero el oro, la plata y demás metales podrían servir para la adquisición de lo que la zona conquistada para la revolución necesitase. Es sabido también que las potencias estatistas del mundo no querrán negociar con los

anarquistas, por ello es que el mercado negro o los contrabandistas podrán ser quienes suministren lo que los libertarios necesitan, esto en tanto no pueda ser producida la mercancía en la localidad libertaria. Estos elementos dudosamente se mostrarán solidarios para con la nueva sociedad regenerada de la explotación, por lo que los metales como el oro o la plata podrían ser la moneda con que se negociara con ellos.

No faltará algún compañero que se espante al ver que estoy hablando de que posiblemente se tenga que negociar con contrabandistas o en el mercado negro para la adquisición de ciertas cosas que deberían ser producidas en el propio país; pero a esto debemos recordar que la revolución social no triunfa totalmente en un día, y mientras tanto y mientras los medios de producción se ponen a toda marcha y se reestructura la producción esta vez de forma horizontal y no vertical, ciertas cosas pueden ser de difícil adquisición. Es pensando en esta posibilidad que tomo este tema en esta parte del escrito. En la revolución del 36 en España se tuvo la necesidad de hacerlo, sobre todo para la adquisición de armamento, pero todos los países le cerraron las puertas. Recuérdese por ejemplo la gestión de Pierre Besnard con contrabandistas de armamento. El objetivo no se logró porque los soviéticos sabotearon el intento e incluso presentaron a los contrabandistas como elementos de Franco para obtener ellos la exclusividad de la venta de armas, y la consiguiente sujeción de la revolución a sus consignas.

Se argumentará que no es la misma condición ahora que en el 36, y que no lo será tampoco cuando estalle la revolución de la que hablamos en estas líneas.

Es sin embargo claro que si la revolución estalla en un país los demás países cierran sus fronteras y la lucha se desarrolle en los límites (que habrán de ser derribados tarde o temprano por los revolucionarios) de un país. Ese país en lucha, por la resistencia que opondrán las fuerzas de la burguesía, estará en un periodo revolucionario donde se

darán, sino de forma inevitable (y esperamos que no sea así) sí de forma muy difícil de evadir ciertas cosas que estamos apuntando aquí. Es entonces necesario pensar en estos posibles escenarios. No porque lo deseemos, sino solo como una forma de teorizar cosas que posiblemente sucedan.

Pensemos además en posibles ejemplos como la insurrección asturiana. Es por muchos conocidos los ejemplares actos de los anarquistas en esta zona. Pero es también conocido que los anarquistas no eran una mayoría como en otros lugares. En la misma Felguera existían dos zonas definidas: al norte se implantó el comunismo anarquista, y al sur se estableció la “dictadura del proletariado”.

En tanto que duró la resistencia ambas zonas pudieron convivir tranquilamente, pero no pensamos que esto vaya a suceder siempre y en todos los casos. Recuérdese para ello la forma cobarde como los bolcheviques asesinaron a los Makhnovistas, aun cuando estos se encontraban en Ucrania.

Asturias representa en el caso que venimos desarrollando un buen ejemplo: una zona revolucionaria que se encuentra sitiada por regiones donde dominaba el capitalismo.

Son bien conocidas las formas en que en otras zonas de España la huelga general fracasó, por lo que no ahondaremos en ese asunto.

Vemos tan solo el hecho de que si en Asturias se hubiera triunfado algunas de las cosas apuntadas aquí se hubieran hecho realidad: la lucha contra el Estado español republicano burgués no hubiera sido cosa de un día; los medios de producción eran diferentes en varias zonas de Asturias, por lo que el acercamiento a dichos lugares de los modernos medios de producción hubiera sido cosa de tiempo, como veremos a continuación en este texto; hubieran existido en un primer periodo diversos sistemas económicos con los cuales el anarquismo felgueriano hubiera tenido que negociar ciertas cosas: en casos como este, donde si bien los anarquistas están dispuestos a eliminar la moneda pero que los otros sistemas económicos no lo hacen y se negaran

a intercambiar productos (no es del todo descabellado pensar en ello cuando se trata de marxistas o socialistas) el oro, la plata y demás metales (e incluso otros productos) hubiera sido la moneda de cambio con tales regímenes.

Sobra decir que pensamos que si la revolución asturiana hubiera triunfado, en un corto tiempo la situación hubiera tenido dos caminos inmediatos: o los demás pueblos comprenden las ventajas del comunismo anarquista y se prestan a organizarse de esta manera, o estos sistemas, al tener como columna vertebral de funcionamiento la autoridad, hubieran atacado a las comunas anarquistas y con ello se hubiese desatado un conflicto interno.

Diego Abad de Santillán concibió en algún momento la posibilidad de sistemas económicos mixtos; sin embargo en lo personal creo que tal cosa no es posible dadas las aspiraciones y estructuras autoritarias de los demás regímenes.

Volviendo a Asturias, en esos momentos donde se sostenía la lucha contra las fuerzas de la república española y se reorganizaba la sociedad de diversas formas en lo interno, en las comunas anarquistas que no poseían moneda se hubieran realizado la obtención de productos de otras zonas de Asturias ya sea por intercambio de productos o por metales como el oro y la plata como venimos diciendo.

Ya. Cambia esa cara amigo lector. Sé que estoy hablando de cosas que no sucedieron y no pretendo salirme del tema. Me limito, como dije al comienzo del texto, a teorizar sobre posibles escenarios.

Hablando entonces en los terrenos de la teoría debemos dejar las intenciones de entrar en estos terrenos de la forma más clara posible. Que quede bien claro: no estamos aconsejando absolutamente nada que no sea pensar en posibles escenarios. No estamos diciendo que un sitio anarquista deba tener nexos comerciales con potencias burguesas; hablo solo de que POSIBLEMENTE se esté en la necesidad de tratar con el mercado negro o con contrabandistas para comprar ciertas cosas, pero que

esas compras serían momentáneas toda vez que estando los medios de producción en manos de los trabajadores dará la oportunidad de que en un tiempo se produzcan esas cosas en la zona libertaria.

Apuntamos esto desde ya, para que no se dé el caso de quienes piensen que nuestras intenciones son desde ya aconsejar negociar con otros países. Si tal fuera el caso poco o nada se habría entendido no solo de la intención de este texto, sino de casi todo lo dicho en él.

Volvamos a la economía de la revolución.

No digo que no habrá absolutamente nada de metales con los cuales se pueda comerciar, pero si es verdad que la burguesía habrá sacado todo cuanto pueda, lo que disminuye las posibilidades de que los revolucionarios obtengan artículos del extranjero.

Nuevamente vuelvo a España ⁽¹³⁾: durante la revolución todos los países se habían negado a ayudar a los revolucionarios en su defensa contra el alzamiento franquista. Comprar armas en el extranjero suponía muchas trabas, puesto que casi nadie estaba dispuesto a vendérselas. La compra de armamento se podría hacer con oro, que se encontraba en el Banco de España en Madrid. Los marxistas rusos no se dieron a la tarea de llevarse el dinero de los burgueses que en ese momento no era de lo más fiable, sino en llevarse el oro, que sabían es una moneda siempre reconocida. Al final más de 500 toneladas de oro español cayeron en manos de Stalin ⁽¹⁴⁾.

Ahora bien, las reservas de oro y otros metales que se queden en la zona liberada de los parásitos capitalistas podrían suplir las transacciones momentáneas; no lo negamos. Sin embargo es sumamente necesario que los trabajadores revolucionarios se apresten a fabricar ellos mismos dichas materias primas si no quieren tener una dependencia hacia otros países que sería sumamente dañina para la zona libertaria.

De no cumplir rápidamente con el cometido de fabricar las materias primas o la mercancía (con mucha mayor urgencia si ésta es de armamento o de alimentos) y si la

lucha contra las fuerzas del Estado se prolonga, se podría caer en necesidades que no puedan ser satisfechas. Tengamos también esto en cuenta, pues es muy dudoso que la lucha contra las fuerzas del Estado dure un par de días. De hecho el panorama que estamos vislumbrando en estas líneas se refiere a una revolución de ese tipo: donde las fuerzas al servicio del poder den una lucha de mucho más allá de un par de días.

Estas opondrán toda la resistencia que les sea posible, ya sea resistiendo aun en algunas zonas del sitio conquistado por la revolución, ya sea desde el extranjero planeando la contrarrevolución. Infiltrando agentes suyos en la zona libertaria (recuérdese la *Quinta Columna* en España), saboteando la producción con dichos agentes, etc.

Estamos entonces seguros de que en cuanto a la economía material se refiere, esta se encontraría reducida tanto como los capitalistas y estatistas hayan logrado arruinarla.

¿Qué pasa con la demás riqueza: materias primas existentes, productos ya fabricados, alimentos listos para su consumo, vestimenta, etc.? En cuanto a las materias primas, estas deberán ser inmediatamente procesadas para su producción final, lo que dará como consecuencia la necesidad de suplir la carestía de estas, que ya han sido procesadas. ¿Cómo lograrlo? Solo hay dos formas: comprando en el extranjero o produciéndolas inmediatamente. La primera tiene el defecto de que se necesita algo con que negociar, esto es, con metales que se puedan usar para la compra de dichas materias. La segunda propuesta sería la más efectiva, pero esto no quiere decir que sea la más sencilla, ya que como hemos apuntado si bien es posible que todo se produzca sin la necesidad de importarla, también es posible que sea necesaria su importación... pero esperemos que no sea así. Y en todo caso en cuanto las circunstancias lo permitieran dichas importaciones cesarían para ser producidas las materias primas en territorio propio.

Estamos seguros de que los almacenes podrían satisfacer las necesidades del momento una vez destruido el Estado... pero... caer en optimismos y pretender que los almacenes estarán rebosantes una vez que se abran a la disposición de todos y que lo que haya sea suficiente para satisfacer las necesidades por un amplio tiempo es un grave error:

¿Cómo actúa el régimen capitalista? ¿Produce para satisfacer las necesidades de las personas o produce conforme pueda ser adquirido el producto por el consumidor?

Es claro que los capitalistas tratan por todos los medios de evitar una sobreproducción que abarrotaría los almacenes y les llevaría bien pronto a paralizar la producción, esto es, a detener sus ganancias como hemos visto unas páginas atrás.

Casos claros de cómo se especula con la producción es por ejemplo cuando hay un “desabasto de alimentos” (cereales, frutas o verduras, etc.), nombre por el cual se disfraza el que los capitalistas disminuyen la producción para hacerla subir en costos. Pues en economía se sabe perfectamente que cuanto menos producto hay más caro se vuelve este. Cuando un producto se produce en cantidades grandes el costo disminuye, ya sea porque son varios los productores y la competencia entre ellos les hace bajar los precios para competir, ya sea porque su adquisición es más fácil y por lo mismo el venderla sugiere disminuir su costo. En México hace un par de años se vio un ejemplo muy claro cuando había “poca producción de maíz”, esto es, poco tiempo después de que Felipe Calderón entrara al poder presidencial. La consecuencia de esta especulación no se dejó esperar, y los productos derivados del maíz subieron su precio considerablemente. Entonces, puesto que los capitalistas quieren evitar detener sus ganancias, optan por mantener un equilibrio (que hemos ya apuntado significa un desequilibrio para los pueblos) en la producción como ya hemos dejado sentado, que a la vez que les asegure una constante producción con las consecuentes ganancias les evite la sobreproducción, esto es, el detener la producción y a la vez sus ganancias.

Los almacenes entonces no están abarrotados, por lo menos no tanto como se piensa. Almacenan es verdad, una buena cantidad de productos, pero sólo los suficientes para abastecer el consumo y poco más, lo suficiente que les permita mantener en constante abastecimiento a los puntos de distribución.

La “toma del montón” de que Kropotkin nos habla en *La Conquista del Pan* es algo inexistente en una forma generalizada.

La llamada toma del montón no puede hacerse más que el primer día de la revolución, y no en grandes proporciones como se piensa. Incluso una vez organizada la producción bajo nuevas formas libres y autogestionadas habría que organizar la economía de forma que “la toma del montón” no nos lleve al caos. Pero ojo, *organizar la economía* no significa restringir los productos, sino racionalizar lo indispensable, socializar lo abundante, y preparar la producción para que lo abundante siga siendo abundante y lo indispensable sea de fácil acceso.

Si hemos comprendido como actúa el régimen del capital hemos comprendido también que los almacenes no estarán abarrotados, y que lo que en ellos se encuentre será insuficiente para satisfacer las necesidades populares por mucho tiempo.

Ahora bien, se dirá que si bien la economía al momento de la revolución estará afectada por el saqueo, así como la existencia o inexistencia del momento de materias primas con las cuales se pueda producir, y que además el régimen del capital no tendrá los almacenes abarrotados, se nos dirá que los trabajadores son lo suficientemente aptos como para reorganizar la producción y que ésta satisfaga las necesidades de todos con un nuevo régimen autogestionario. Y no dudamos de que tal cosa suceda, porque en los trabajadores se encuentran los elementos necesarios para hacer funcionar los medios de producción, incluso en la época actual, donde el capitalismo explota

cuanto puede a los trabajadores. Si han levantado los trabajadores mismos toda la economía actual, son completamente capaces de reorganizarla una vez eliminada la lacra burguesa, aun cuando todo se halle en ruinas.

Los miembros productivos de la sociedad durante la revolución y las necesidades económicas del momento.

Pero el día de la revolución no estarán la totalidad de los trabajadores en condiciones de continuar la producción. Porque el régimen del Estado y el capital no se caerá tan fácilmente. Tenemos la seguridad de que las fuerzas armadas al servicio del capitalismo y del Estado harán cuanto sea posible para aplastar a la revolución y reconstruir su imperio.

Así mismo podemos estar seguros de que por un tiempo esta lucha se alargará; quizá unos días, quizá unos meses. Pero es seguro de que la lucha no será cosa de un día. Y en caso de que en un día se vencieran las fuerzas al servicio del poder, podemos estar seguros en que no tardarán en regresar con nuevos insensatos a los que lancen a la lucha en contra de la revolución. Dependiendo de las fuerzas de la burguesía y de las del pueblo dependerá el tiempo de lucha: quien sea más fuerte ganará más rápido la contienda. Si las fuerzas tienen más o menos el mismo empuje, la lucha se extenderá más.

Ahora bien, entendemos que seguramente las fuerzas del Estado recién derrotadas buscarán el apoyo de otras naciones igualmente autoritarias para que les refuercen en su lucha contra la revolución. En casos así los trabajadores de todo el mundo deberán emplear todas sus fuerzas contra sus respectivos gobiernos; si no les es posible derrotar a sus debidos explotadores, mínimamente deberán provocar huelgas indefinidas, paralizando la producción y evitando así que el Estado pueda ayudar al Estado derrotado por los revolucionarios, pero que aún trata de mantener resistencia.

Estas circunstancias hacen que la lucha revolucionaria antiestatista no sea de las mismas características que una revolución democrática-burguesa. La primera deberá estar preparada para enfrentarse de una y mil formas no sólo a las fuerzas de la burguesía, sino también a las mil dificultades que las naciones burguesas vecinas pondrán contra la revolución social.

Una de estas características será el que la lucha, de prolongarse, correrá el riesgo de estancarse e ir cediendo terreno a las fuerzas de la reacción.

Por estas razones los revolucionarios insurrectos deberán tomar como asunto de suma importancia el abandono de la lucha de posiciones y lanzarse al aplastamiento del enemigo. Pues si de parte de los capitalistas habrá otras fuerzas extranjeras interesadas en el aplastamiento de la revolución, para los revolucionarios será de suma importancia ganar de una vez por todas la lucha lo más rápido posible.

Ahora bien, en esta lucha deberemos tener en cuenta una cosa: las personas deben comer, y los revolucionarios del frente de lucha por estar luchando contra las fuerzas del capitalismo, no podrán producir nada.

No se trata de la creación de un ejército profesional exento del trabajo por ocuparse de las puras cosas militares. Pero pasa que mientras la lucha dure es bastante claro que los combatientes no podrán abandonar sus puestos de lucha para ir a producir. Terminada la lucha hombres y mujeres combatientes regresarán a su puesto de trabajo.

La retaguardia, entonces, viene a ser una parte importantísima de la lucha revolucionaria: si en la retaguardia los trabajadores dejan de producir, ya sea por la fiesta revolucionaria, ya sea por conflictos ajenos a la revolución, podemos tener bien seguro que los luchadores del frente no podrán ganar la contienda, pues el caos y el hambre darán al traste con la lucha revolucionaria. La fiesta de alegría por haber derrotado al enemigo debe entonces reducirse lo

más que se pueda, comprendiendo los trabajadores la imperiosa necesidad de producir, de reactivar la economía lo más pronto posible, siendo de esta manera el motor que empujará a las fuerzas que luchan en el frente.

Ahora bien, se comprende claramente que mientras dure la lucha contra las fuerzas del Estado los trabajadores que luchan en el frente no podrán producir, pero también debemos descontar del total de la población productiva a los enfermos, a los niños y a quienes sufriendo de alguna discapacidad permanente no estén en condiciones de producir.

Claro, en una nueva economía muchos discapacitados tendrían la posibilidad de trabajar si su discapacidad se los permite y si así lo desean.

Pero si descontamos del 100% de la población productiva a los trabajadores del frente imposibilitados de producir por tener que luchar, a los niños, a los ancianos y a una cantidad de discapacitados (Que sin embargo todos deberán consumir), ¿Cuántos estarán en condiciones de producir? ¿Serán estos suficientes para reactivar la economía con una jornada como la que había antes con el régimen capitalista?

Es claro entonces que quienes se encuentren en la retaguardia no sólo no deberán detener la producción, sino que deberán de reforzar la producción para poder suplir las necesidades del pueblo.

Si bien el capitalismo arruinará cuanto pueda el lugar del que ha sido echado, los trabajadores son lo suficientemente capaces de reactivar la economía: reforzando la producción, produciendo más arduamente, y socializando todo aquello que antes pertenecía a los burgueses (sea poco o mucho), y aplicando inmediatamente todos los métodos de producción más avanzados y las herramientas también más avanzadas, se podrá obtener una producción efectiva y satisfactoria para las necesidades del pueblo.

En las zonas liberadas del régimen estatal se procederá inmediatamente a la implantación del comunismo libertario. ¿Esto será en todos lados?

La implantación del comunismo libertario en todos lados: mitos y realidades.

Hay una cosa que da al comunismo libertario la posibilidad de ejecutarse y de eliminar el hambre, la pobreza y la marginación que mantenía antes el Estado. Esto es que no sólo se socializan de manera efectiva los medios de producción y se abre para el pueblo la satisfacción de sus necesidades, sino que para esta satisfacción existe una abundancia de productos de los cuales se puede servir el pueblo *según sus necesidades*.

Ahora bien, esta abundancia de productos no puede sino ser producida por una economía industrializada, es decir, por una economía que produzca *en serie*; en pocas palabras, de manera acelerada. Pero al hablar de una “economía industrializada” no lo hago pensando en las industrias del siglo XIX. Es claro que en la actualidad no sólo la industria es importante, la tecnología y otras formas de producción han hecho que esta misma se acelere de forma considerable. Se entiende entonces que al hablar de producción se engloba en ello todas las modernas formas productivas, tanto industriales, manuales, tecnológicas, etc.

Solo con esta abundancia el comunismo ha de ser efectivo en el momento de ser proclamado en cuanto a las necesidades del pueblo se refiere. Los modernos métodos de producción así como el avance tecnológico de los mismos hacen posible y realizable el comunismo libertario, esto es, la abundancia de productos de una manera significativamente más amplia a como se concebía en el siglo XIX y XX, hablamos aquí en términos económicos, nos referimos únicamente a la producción.

Es claro que la anarquía, es decir, el sistema *político*, puede ser implantado no sólo en el comunismo, sino incluso en la miseria.

“Si la anarquía, para los anarquistas –Dice Diego Abad de Santillán–, puede mantenerse en la abundancia como en la miseria, el comunismo, por ejemplo, no puede practicarse más que en la abundancia; en la escasez corre siempre el peligro de naufragar. En el comunismo hay algo de generosidad, y ésta falta cuando escasea todo y cuando la generosidad es suplantada por el egoísmo, la desconfianza, la competencia, la lucha por el pan de cada día.

Queremos, por tanto, la abundancia, una economía que garantice la vida a todos con un mínimo de esfuerzos. No porque la anarquía no pueda realizarse sin ella, sino porque los pueblos estarán más a gusto con una existencia confortable que con sus históricas privaciones, y con la vida material asegurada, comprenderán mejor nuestro ideal de vida y apreciarán mejor las ventajas de la solidaridad, de la supresión de los monopolios privados, la práctica del trabajo común, del buen acuerdo. Y sobre ese terreno espiritual y material amplio, la anarquía, en lugar de crecer como flor exótica en temperamentos idealistas y abnegados, se convertirá en una expresión general de la vida colectiva.”⁽¹⁵⁾

La abundancia de productos hace posible el disfrute de los mismos para todos sin apenas restricciones. Inclusive ya con los medios de producción funcionando en su totalidad, habiendo aplastado a las fuerzas reaccionarias del Estado y con ello el regreso de los combatientes a sus puestos de trabajo, la economía no sólo marchará de manera significativamente más efectiva, sino que en apenas un corto tiempo la jornada laboral se reducirá de manera considerable, puesto que las máquinas suplirán al hombre y a la mujer en el trabajo. Estas máquinas, consecuentemente con las ideas anarquistas, serán utilizadas siempre y cuando conserven un respeto hacia nuestro medio ambiente, a diferencia del régimen capitalista que produce arrasando a su paso toda la naturaleza y la vida animal.

Sin embargo, y me parece que es algo bastante obvio cuando se adentra uno en el tema, es claro que las máquinas no deben ser destruidas, como piensan algunos compañeros *primitivistas*.

Se piensa a veces en esta tendencia que el ser humano debe retornar a sus formas primitivas de vida, alejándose de la tecnología y los avances modernos que atentan contra el planeta.

Y si esto último es verdad, también lo es que dado el aumento considerable de la población la producción primitiva de “recolector” haría imposible la existencia a las enormes masas humanas que pueblan la tierra.

Se necesita una producción acorde con lo enorme que es la especie humana en la actualidad. Y esa producción, me parece y a menos de que fuera posible producir alimento en cantidad suficiente para la población humana sin el uso de máquinas, solo se consigue mediante una forma de producción acelerada: máquinas, tecnología, todo debe ser puesto al servicio del pueblo.

El comunismo anarquista para ser efectivo y poner en práctica su aforismo “de cada uno según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades” necesita forzosamente de abundancia de productos. De otra forma puede uno eliminar al Estado, pero lo que se socialice no será nunca suficiente para que el pueblo salga de su miseria si no se hace uso para ello de una forma de producción acelerada, esto es, si no se usan las máquinas modernas.

Examinemos bien el aforismo del comunismo anarquista y veamos si es aplicable a una forma de producción donde no existan máquinas ni formas aceleradas de producción.

De cada uno según sus capacidades, dice una parte del lema. En una sociedad primitivista el trabajador al verse privado de métodos modernos de producción daría, efectivamente, el 100% de sus capacidades para poder producir algo. ¿Es esto justo? ¿Por qué hemos de dar todo

cuanto seamos capaces de producir, si la máquina puede liberarnos de ese esfuerzo? ¿No sería mejor que la máquina diera todo de sí, y el ser humano dedicara ese tiempo a formarse física e intelectualmente?

No quiere esto decir que el trabajador no deba acudir a los centros de producción, a la espera de que la máquina trabaje por él, mientras él se dedica a pasear o a platicar con los amigos. Es claro que el trabajador deberá dar todo lo que sea *necesario* para que la producción no sufra tropiezos ni se caiga en la miseria. Pero si ese esfuerzo puede ser mínimo porque la máquina suple su función en el trabajo ¿Qué tendría ello de malo? Todo lo contrario, sería benéfico.

Sobra decir que si no hay máquinas (y no las habrá en todos lados por un tiempo dado que por ejemplo el campo no posee industrias; veremos ese asunto más adelante) el trabajador si deberá dar ese 100% para que la producción no se detenga.

A cada cual según sus necesidades, dice la otra parte. Y si es esto lo que deseamos ¿Por qué ir en sentido contrario y afirmar que debemos tener privaciones a costa de que no haya máquinas, cuando puede el pueblo tener todo cuanto desee y al mismo tiempo respetar al planeta?

Mi *necesidad*, por ejemplo, consiste en desplazarme 50 kilómetros en el más corto tiempo ¿Por qué he de hacer ese recorrido en carreta, caminando o en bicicleta, cuando el tren ligero me haría el camino corto y placentero?

¿Por qué debe el trabajador esclavizarse 8 horas o más en el trabajo, si esa labor la puede realizar una máquina? ¿No sería preferible que el trabajador estuviera solo un par de horas en el trabajo y que lo demás lo realice la máquina que no se cansa, que no tiene familia ni aspiraciones a superarse intelectual o físicamente? ¡Que la máquina sea la esclava del trabajo; que el trabajador se libere de ser un esclavo del trabajo!

Conforme avanza la vida del ser humano las necesidades se hacen cada vez más exigentes y difícilmente

el pueblo querrá (¡Con toda razón!) renunciar a la comodidad y rapidez de un automóvil para regresar a la carreta.

¿Por qué renunciar a la modernidad y a la comodidad si esta es posible de una forma respetuosa para la naturaleza?

La máquina hará el trabajo del obrero diez veces más rápido y mejor, el tractor hará el trabajo del animal diez veces mejor y rápido, la tecnología dará comodidad al pueblo siendo respetuosa con la naturaleza ¿Por qué motivo entonces hemos de renunciar a todo ello?

Hemos de hacer que las máquinas produzcan más rápidamente, que la producción sea de mejor calidad y sobre todo, que estas máquinas no dañen la naturaleza.

Una vez que las máquinas sean puestas a trabajar a toda capacidad, no solamente se hará verdad que cada trabajador consuma *según sus necesidades*, sino que incluso la producción podría sobre pasar esas necesidades y ofrecer al pueblo entero la abundancia, lo superfluo, sin tener que pasar nunca por penuria alguna.

Una vez que todos los trabajadores produzcan con el regreso de los combatientes, podría incluso funcionar *la toma del montón* en una forma generalizada y sobre todo ordenada, pues la abundancia de productos lo permitiría. Pero tengámoslo en cuenta, esto será después de un tiempo.

El problema reside en que en los primeros días de la revolución los combatientes se darán cuenta de que no en todos lados se encuentran los métodos modernos de producción y de tecnología. En cualquier país hay lugares donde se encuentra todo más avanzado que en otros sitios del mismo país, comúnmente las ciudades son las que poseen estas cualidades.

Ahora bien, si se conquistase una zona más o menos basta para la revolución anarquista, se comprende que en los sitios donde los métodos de producción sean aun arcaicos la abundancia de productos no existiría en un comienzo. ¿Cómo implantar el comunismo libertario en tales sitios?

Podemos afirmar que si no hay riqueza amplia ni métodos avanzados de producción, se socialice la tierra, los medios de producción agrarios, los instrumentos de trabajo, etc., cosa que no está para nada mal, pero esto sería un comunismo libertario a medias. A medias conforme el avance de la tecnología y los métodos de producción que se encuentran en la actualidad. En épocas pasadas socializar la tierra, los instrumentos de producción y de consumo, así como los arcaicos medios de transporte, de comunicación, etc., era suficiente, puesto que poco más había que socializar. O por mejor decir, se socializaba todo lo que había de provechoso para el pueblo.

En los tiempos actuales todo eso debe socializarse también. Con la única diferencia de que ahora una vida privada de los modernos métodos de producción sería un retroceso y no un avance.

El pueblo desea satisfacer sus necesidades que nunca ha podido satisfacer a consecuencia de su pobreza. Es cierto que hay “necesidades” creadas precisamente por los avances tecnológicos, y sin los cuales el ser humano podría vivir sin problemas. ¿Pero es esto recomendable? Si hay la posibilidad (y la habrá en cuanto todo sea de propiedad común) de satisfacer también esas necesidades creadas por los avances tecnológicos sin que ello signifique la explotación de nadie, ni la destrucción de la naturaleza ¿Por qué habríamos de renunciar a ello?

En pleno paraíso de la abundancia el pueblo tendrá la posibilidad de satisfacer todas sus necesidades, inclusive las creadas por los avances tecnológicos.

La comodidad, el descanso, la recreación, la diversión, etc., son cosas que a nadie disgustan. Y conforme sean tomados los medios de producción y se hagan funcionar a todo vapor, estos permitirán al trabajador una vida más holgada, con una jornada laboral corta, en un empleo salubre, con todas las medidas de seguridad, y sobre todo, libre del chupasangre económico del patrón.

Hay entonces la necesidad de que el comunismo anarquista actual sea bastante diferente del que se pensaba en el siglo XIX. Ahora la abundancia de productos sería sumamente sencilla una vez eliminados los haraganes capitalistas.

Hay una zona conquistada donde se aspira al comunismo libertario, pero no hay abundancia de productos; hay entonces que crearlas, pero esto no se hará de un día para otro ¿Cómo implantar el comunismo anarquista ahí donde aún no es posible la abundancia de productos por las condiciones de producción arcaicas que hay? ¿Qué sistema emplear mientras tanto? ¿Es forzoso implantar el comunismo libertario en dichos lugares? En caso de que se socializara todo lo existente ¿Sería un comunismo libertario a la altura de los métodos de producción actuales?

Se puede socializar todo, abolir el dinero, trabajar en conjunto y disfrutar del producto cada uno. Sin embargo, insistimos, este comunismo rudimentario no estaría a las alturas de lo que debería de estar conforme el avance de los métodos de producción. Sería comunismo sin dudas, pero de bajo alcance. Inclusive habría que ver otra cosa ¿Y si el pueblo prefiriera trabajar en régimen colectivista (sin Estado, claro)?

He dicho antes que según mi opinión el pueblo tarde o temprano terminará por optar por el comunismo anarquista como medio económico. Pero si el pueblo no quisiera el comunismo al siguiente día de la revolución (sea por temor a algo desconocido y tan radical o por otra cosa) y optara por otro régimen donde el Estado no existiera, nosotros deberíamos apoyar dichas aspiraciones y trabajar en ellas. El comunismo llegará entonces por una inclinación natural del pueblo, por una necesidad sentida por ellos mismos de socializarlo todo y trabajar en común.

Si el comunismo al que se llegara de forma gradual no fuera en todos lados posible conforme los medios de producción actuales habría que ser inteligentes y trabajar en que las condiciones que le hacen posibles se realicen.

Habría entonces que completar ese comunismo libertario. ¿Cómo? Acercando los métodos de producción avanzados y la tecnología a tales lugares, para que una vez en marcha estos se pueda crear la abundancia de productos.

Necesidad de extender los métodos modernos de producción a todos lados.

¿Es esto sencillo?

Una vez puestos los medios de producción en manos de los trabajadores no sería del todo difícil. Pero llevar maquinarias, técnicos, así como toda la tecnología a estos lugares no se hará en un día, y es posible que no se logre en un tiempo; menos si se alargase la lucha contra las fuerzas del Estado.

Se precisa entonces que este comunismo en las zonas donde no hay métodos de producción modernos no se quede a la mitad, que no se quede únicamente en la socialización de los medios de producción, sino que estos sean lo más avanzados posibles; que no solo sean de todos los escasos productos que existan, sino que estos existan en abundancia; que la tierra no sea socializada para trabajarla con métodos antiguos y poco efectivos, sino que sea explotada al máximo siendo respetuoso con ella; que la libertad no sea limitada por una jornada laboral de x horas, cuando podría trabajarse mucho menos con modernos métodos de producción.

Ahora bien, no en todos lados podrá ser implantado el comunismo, sea por temor de la población a emplear un método tan avanzado y que entonces se tenga que pensar en otro método. ¿Tendría el comunismo que ser impuesto o deberíamos ser flexibles?

Si se es muy duro de cabeza y se acepta el comunismo libertario como lo único que se puede emplear se comenzarán a pedir explicaciones como “Entonces puesto que no es posible implantar el comunismo libertario porque distintas cosas no lo hacen posible en la extensión que

merece o por temor de la población a una organización tan avanzada ¿Se habrá de entregar esas tierras a los antiguos burgueses, se habrá de renunciar a lo conquistado? Este argumento otorga validez a que el comunismo libertario no es posible y solo el régimen capitalista es aplicable”.

Pero si somos antidogmaticos, libertarios e inteligentes, veremos que esto lejos de quitarle validez al anarquismo le fortalece: si fuésemos de alguna escuela socialista estatista tendríamos solo un método para emplear. Al no funcionar ese método único que se persigue, se da marcha atrás y se entrega todo a los antiguos explotadores. Y si el método triunfa se convierten esos socialistas en los nuevos explotadores.

Pero nosotros no somos ellos.

Creo entonces que en aquellos lugares donde la tecnología y los medios de producción modernos no hayan llegado se puede aplicar el colectivismo anarquista, o el mutualismo anarquista, u otro método económico que el pueblo decidiera darse, siempre y cuando el Estado, o algo que se asemeje a él, no existan.

Si decidieran vivir en comunismo anarquista socializando lo poco que haya, a la espera de mejores medios de producción, sería entonces decisión del pueblo. Y las ciudades deberían entonces hacer todo lo posible por acercar lo más rápido posible esos medios de producción que generen abundancia.

Ahora bien, a mi parecer no se puede actuar de otra manera: al destruir al Estado se tiene la necesidad de sustituir sus funciones nefastas por otras mejores. Grave error se cometería si se destruyera al Estado, y si las condiciones no son favorables al comunismo libertario (Sea porque el pueblo no se sienta preparado para ello, sea porque cualquier otra razón) se dejara sin organizar nada, o dejando paso libre a la distribución arbitraria de los medios de producción que seguramente terminarían en unas pocas manos y no en las de todo el pueblo. Al eliminar al Estado el pueblo se encontraría con la necesidad de hacer funcionar los medios de producción

que reactiven la economía, satisfaciendo así las necesidades del pueblo y aplastando de manera definitiva al Estado y el prejuicio de que sin gobierno todo sería un caos.

Pero si bien es verdad que el comunismo libertario quizá no llegaría a todos los lugares momentaneamente, es equivoco pensar lo contrario, pretendiendo que nunca pueda llegar a esos sitios.

“La obra de la Revolución será trabajosa y larga. La comunidad de los medios de producir será establecida en mayor o menor extensión en todas partes; la libertad más o menos amplia, decretada por así decirlo, en multitud de villas y ciudades; el socialismo triunfará por doquier y comenzará a desenvolverse todo el contenido de su doctrina. El socialismo puramente anarquista, vencedor en las calles, será de hecho la obra del tiempo, tanto más lenta cuanto menores sean las disposiciones de los hombres para el ejercicio de la libertad y de la igualdad.” (16)

Una vez puestos los medios de producción en manos de los trabajadores estos harían todo lo posible por acercar los más avanzados medios de producción y de tecnología a los lugares más alejados, reforzando así la práctica solidaria del comunismo libertario.

Una vez que sean derrotadas definitivamente las fuerzas del Estado en la zona conquistada para la revolución, los trabajadores regresarán a sus puestos de trabajo (en adelante la defensa de la zona revolucionaria será tarea de todos y nunca de un cuerpo especializado en las armas), disminuyendo con ello el trabajo arduo de tiempos de lucha, reforzando la economía del pueblo y ampliando a la vez las maneras de hacer llegar maquinas modernas, herramientas y todo lo necesario a los lugares alejados para crear esa abundancia de productos que hacen posible el comunismo libertario en toda su extensión y conforme lo exigen los tiempos actuales.

Pero mientras tanto y por las consecuencias de la lucha, esto es, la destrucción estúpida que las fuerzas al

servicio del Estado provoquen, del saqueo que los burgueses hagan de la riqueza antes de la revolución, y sobre todo, por la lucha misma, los trabajadores deberán comprender que hay que reconstruirlo todo, que es preciso que la libertad no signifique el abandono de la herramienta de trabajo y que por el contrario ésta sea empleada a fondo para reparar los daños que haya, reactivar la economía y crear las condiciones indispensables que harán que en un futuro próximo la jornada laboral vaya disminuyendo conforme se cree una abundancia de productos y servicios.

¿Cuánto tiempo será? Imposible saberlo ahora mismo. Cómo pueden ser unos meses pueden ser unos días. Es imposible ver desde ahora este tipo de cosas; me limito a observar situaciones que me parece son lógicas, e invitar a poner más atención en estos asuntos.

Pudiera ocurrir que una avalancha humana de trabajadores aplaste de manera rápida a las fuerzas represoras y se ahorraran todo lo dicho anteriormente. En cuyo caso la solución sería muy sencilla y el comunismo libertario sería implantado de manera mucho más rápida y fácil de lo que hemos hablado.

Estas cosas ya habrán de verse el día que ese suceso ocurra (y ocurrirá, no lo dudes ni por un segundo).

El comunismo libertario al máximo.

Una vez que el pueblo se vea libertado de explotadores y que regresen los combatientes la vida se normalizará y se reducirá la jornada de trabajo, se dará paso a la abundancia de productos y la vida será más holgada. No digamos ya de los beneficios que traerá el que las poblaciones alejadas de las zonas industriales sean a su vez acercadas a los métodos avanzados de producción y a la tecnología. Una vez que eso suceda desaparecerán las distinciones entre campesinos y ciudadanos. El progreso será una constante para todo el pueblo, progreso mil veces más efectivo porque no habrá

ya gobernantes viviendo del trabajo de otros. Se producirá para todos, y producirán a su vez todos los miembros de la sociedad en condiciones de hacerlo, con exclusión de los niños, que mientras crecen se dedicarán al estudio en escuelas racionalistas; con exclusión también de los discapacitados que no puedan realizar alguna labor, no así para quienes puedan y deseen ayudar en la producción; con exclusión también de los enfermos, que no encontrarán de parte del pueblo el mismo trato que reciben hoy en día de los gobernantes y de sus instituciones caducas y deshumanizadas. Serán tratados con respeto y con todos los medios disponibles para su pronta recuperación.

La producción irá en sentido contrario del actual: se producirá para satisfacer las necesidades de la población. La población tendrá a su vez todas las posibilidades de acceder a dicha producción. Siendo socializados los medios de producción y puestos a producir a toda su capacidad, la máquina reemplazará al obrero en las jornadas agotadoras de antes, los trabajadores solamente estarán encargados de vigilar la producción de la máquina, y en aquellos trabajos donde la máquina no pueda hacer la labor del trabajador, este trabajo será salubre, con todas las condiciones de seguridad, con todas las herramientas en buenas condiciones y las más modernas. El trabajo dejará de ser lo que es ahora: una forma de esclavitud donde el trabajador se somete a unas condiciones extenuantes de explotación, sometido a la ley del dinero, en condiciones laborales de riesgo y muchas de las veces en trabajos sucios y riesgosos.

Pasará a ser un ejercicio natural y hasta necesario y gustoso para la población, no se sentirá el sentimiento de ahora: trabajar y dejarse la salud, la vida, arrancar tiempo valioso a nuestros seres queridos y arriesgarse en trabajos duros para engordar el bolsillo del perfumado explotador.

El trabajo será como una enorme red donde todos estaremos enlazados unos con otros: trabajaremos en común para un bienestar común.

Con la reducción de la jornada laboral el trabajador tendrá lo que ahora es impensable: tiempo para dedicarlo a ejercer algún tipo de arte, de deporte, tocar algún instrumento, instruirse o simplemente descansar.

Eliminada la propiedad privada no habrá ya nadie que sufra de hambre, que padezca pobreza o que no tenga vestido o calzado. Cada productor tendrá asegurado lo que necesite para desarrollarse en todos los sentidos, dado que su posición de productor lo hace merecedor a ello. Los enfermos, ancianos y niños tendrán así mismo estos derechos asegurados. La abundancia de productos permite que sin producir nada (dada su condición) tengan sin embargo todo lo necesario. Y ello sin explotar a nadie, y sin dañar a nadie.

Con el ejercicio del arte surgirán aquí y allá nuevos artistas, que harán el gozo de la humanidad con sus creaciones; surgirán nuevas generaciones fuertes y sanas; surgirá nuevamente el amor por la cultura que tan pobremente existe ahora; la educación autoritaria y torcida de las escuelas actuales será sustituida por el estudio heterodoxo, racional y científico. No saldrán de las aulas más personas que aprenden las cosas mientras dura el examen, o que las aprenden para no reprobar. De las aulas saldrán auténticos estudiantes, educados en el racionalismo pero también en los oficios benéficos a todos. No habrá más licenciados, abogados y demás profesiones que ahora sólo sirven para afianzar más las leyes caducas del Estado.

No más oficios de asesinos: la policía y el ejército serán eliminados como institución. No más oficios encargados de propagar mentiras: la Iglesia será eliminada en tanto que Institución. Sus instalaciones serán escuelas, depósitos de alimentos, bodegas o auditorios. No más curas ni más monjas. La creencia en Dios se dejará a la libre elección de cada quien. Pero los niños no serán educados en la creencia en un Dios que no pueden analizar. La ciencia será la forma de educación generalizada.

Las generaciones venideras serán verdaderas civilizaciones al crecer en un ambiente solidario, fraternal, culto, fuerte físicamente y sobre todo, libre.

¡Una nueva edad de oro!

En la medida en que luchemos por ese mundo, en esa medida nos acercaremos a él. ¡Que nadie se quede sin hacer un esfuerzo por la realización de esas ideas! ¡Pero que tampoco nadie crea que a ellas se llega de una forma idealista o inevitablemente!

Comprendemos aquí a la perfección las precisas palabras de Manuel Villar:

“Toda posición que se deja de ocupar, en la revolución como en la guerra, es inmediatamente aprovechada por el adversario” (17).

Entendamos entonces que el puesto que por vaguedad de ideas, por desinterés o por apatía dejemos de ocupar, ha de ser una posición menos en la lucha en contra de la explotación, una posición que el adversario no duda en ocupar para aplastar la libertad todo cuanto pueda; de este modo se es cómplice directamente de la injusticia que soporta actualmente todo el pueblo.

Nada llega por la posición de los astros, no existe el destino, no hay nada inevitable. El destino se crea al vivirlo, lo que deseamos se consigue solamente por medio de la **voluntad** para conseguirlo.

¿Deseas la llegada de una sociedad de justicia y libertad? No será en la cantina, en el estadio de fútbol o en la Iglesia donde se conseguirá eso.

Nuestras ideas no se deben quedar en nuestro cerebro. El estudio de las cosas que hemos propuesto en las líneas precedentes forma también parte de esa militancia de la que hablamos.

Pretender que las ideas formuladas hace 100 años deban ser puestas en práctica de la misma forma en la actualidad es un grave error. Las ideas anarquistas deben actualizarse constantemente.

Ponemos sobre la mesa de la discusión las ideas anarquistas, sus métodos económicos y sociales, conscientes de que no han perdido vigencia, de que continúan ahora más que nunca siendo actuales, justas y sumamente necesarias. Conscientes de que en una sociedad así la felicidad dejará de ser una utopía: será una realidad.

Una vez que las ideas socialistas han demostrado su ineficacia por medio de la conquista del Estado; una vez que la república se muestra claramente a los ojos del pueblo como una dictadura más; una vez que en fin, se han mostrado el fascismo, la democracia y el socialismo estatal como formas equivalentes de explotación, solo el anarquismo (la heterodoxia social, la libertad y la acción directa de las masas) es la alternativa que se presenta a los pueblos: la posibilidad de manejarse ellos mismos, sin dirigentes ni líderes; siendo ellos mismos los protagonistas tanto de sus errores como de sus aciertos; sembrando y cosechando ellos mismos los frutos de su trabajo; la libertad más completa del pueblo, despojado ya de la carga del Estado y del capitalismo.

Adelante pues todos los que desean romper con el cobarde silencio y erguirse delante del explotador. Los tibios, los pesimistas, los cobardes y los sumisos que se aparten, que den paso a los que muestran el rostro a los riesgos y mil peripecias de la lucha.

Nada es sencillo, pero es siempre aquello que más trabajo cuesta lo que realmente vale la pena. Las cosas que se consiguen de forma sencilla son por lo regular las cosas más vulgares, las que apenas sirven de algo.

No creemos en los milagros, somos materialistas; no creemos en los fatalismos, somos voluntaristas; no esperamos nada de nadie que no seamos nosotros mismos: el pueblo.

Notas:

¹ Ver mi artículo “Sobre el anarquismo y la revolución violenta”

² Ídem.

³ Tal es el caso por ejemplo de La Otra Campaña del EZLN que mientras habla de libertad pide la creación de una nueva constitución y de un gobierno que “Mande obedeciendo”. Aquí es donde los anarquistas deben denunciar esas intenciones que no van para nada de acuerdo no solamente con las ideas anarquistas, sino ni siquiera con las intenciones de progreso; promover la autoorganización de las comunas y la libertad de cada una para organizarse conforme lo deseen, sin imponer esas aspiraciones constitucionales a ninguna de ellas, ni hablando por ellas sobre esas aspiraciones. Eso de “mandar obedeciendo” “desde abajo y a la izquierda” y demás, no llevarían nunca a la libertad. Como mucho llegarían a un régimen parecido a los que actualmente azotan a Venezuela, Cuba, Bolivia, etc., a quienes por cierto el EZLN ha realizado loas y alabanzas.

⁴ John Maynard Keynes, economista británico.

⁵ Sistema de producción en cadena que empleó Henry Ford. A raíz de esta producción en cadena los productos se hacen más baratos, los salarios suben y el trabajador tiene más posibilidades de consumir.

⁶ Aquí es donde el fatalismo marxista con respecto al capitalismo se desploma. El capitalismo ha encontrado varias formas de evitar y alargar sus propias contradicciones. El keynesianismo y el fordismo son solo dos formas en las que lo ha hecho. El capitalismo lo mismo que el Estado no cae por fatalismos, sino recordando a Malatesta, cae por la voluntad de los explotados en derrotarlo.

⁷ Se sabe que las crisis económicas tienen varios orígenes y que éstas tienen a su vez características distintas. No pretendo hacer

de este texto un tratado de economía. Al referirme a las crisis económicas por sobreproducción lo hago para tomar un solo ejemplo. Queda al lector interesado en estos asuntos ahondar en los diversos tipos de crisis económicas y sus consecuencias.

⁸ Estas necesidades pueden ser comprendidas únicamente cuando se es parte de dicha parte necesitada de esta producción. ¿Sabe por ejemplo una empresa multinacional de alimentos el hambre que se vive en una casa cualquiera de alguna población de Sudáfrica por ejemplo? Dudamos muchos de que tal cosa suceda.

⁹ “Gimnasia revolucionaria” era el nombre que utilizaban los miembros del grupo “Los Solidarios” (especialmente García Oliver), que es un insurreccionalismo con una característica especial: los personajes más significados del movimiento deben ir siempre al frente de los alzamientos, dando así al pueblo la muestra de valentía.

¹⁰ Es bien sabido que hubo propietarios que abandonaron sus propiedades, las cuales fueron colectivizadas por el pueblo. Estas propiedades no podían llevárselas consigo, pero valores monetarios, joyas y otros artículos sí fueron sacados del país o llevados a una zona más segura, ahí donde sabían que el fascismo podía triunfar con más facilidad.

¹¹ Sin embargo este hecho no es del todo imposible. Pudiera ser que una crisis mundial llevara a las poblaciones al extremo del empobrecimiento y estallara en todo el mundo un alzamiento en contra de sus respectivos países. Una guerra mundial tampoco es imposible, y en dicha circunstancia tomar las armas por la revolución pudiera dar resultados. Circunstancias como esta u otras son posibles, difíciles, pero posibles. Los recientes acontecimientos de febrero del 2011 en Egipto, Túnez, Libia, etc., demuestran que las revoluciones son contagiosas. No hablemos del carácter ni del futuro de estas luchas. Nos importa el hecho del contagio de alzamiento popular en estos países solamente.

¹² No quiere decir esto que se piense en negociar con los burgueses, sino tan solo que habrá momentos extremos en que

los libertarios deberán tratar de tú a tú con contrabandistas o en el mercado negro quizá para la compra de materias primas. Esto si no hay otro sitio libertario donde se puedan conseguir dichas materias. Tratar con estos posibles elementos para la adquisición de materias primas o de maquinaria no es del todo un acto en el que no debemos pensar. Cuando la urgencia de ciertas cosas apremie y no quede de otra, se pensará en comprar algunas cosas donde se encuentren. No quiere esto decir que se permita la intromisión de potencias burguesas en la zona libertaria, pues eso no sería otra cosa que lo hecho en la URSS: abrir las puertas al capitalismo internacional. Comprar es diferente a dar cabida en el país, y dicha compra, en caso de ser necesaria, sería sólo momentáneamente mientras se produce dicha materia prima o maquinaria en el propio país.

¹³ Si tomo como referencia a España es porque es un claro ejemplo de cómo las potencias democrático/burguesas pueden cerrar las puertas a los revolucionarios. Es un caso donde se vivieron muchas de las cosas que se vienen apuntando aquí.

¹⁴ Véase mi narración de las maniobras marxistas en España por obstruir la revolución social y de los anarquistas en mi libro: *La Traición de la Hoz y el Martillo*.

¹⁵ Diego Abad de Santillán. Artículo aparecido en *Tiempos Nuevos*, número 7 del 5 de noviembre de 1934 bajo el título: *Sobre la anarquía y las condiciones económicas*.

¹⁶ Ricardo Mella. De la solidaridad. Gijón, agosto de 1916, revista «Renovación», núm. 1.

¹⁷ Manuel Villar. *El anarquismo en la insurrección de Asturias*.

El Antifascismo y otros cuentos

Últimamente, y dado el auge de corrientes “liberales” en varias partes del mundo con los llamados “gobiernos de izquierda”, es muy común escuchar continuas reivindicaciones de movimientos “antifascistas”.

En este conglomerado de consignas no falta ninguno, antifascistas se dice el ala izquierda de la política en general y casi todas las llamadas “tribus urbanas”. Dejando a un lado el mercantilismo que este slogan ha generado lo que aquí nos debería interesar es el carácter político que este postulado pretende tener.

En la actualidad liberales o democráticos se dicen todos los políticos, aunque sean de derecha; se pretenden todos los benefactores y amigos del pueblo. No hay uno solo que no diga defender la libertad y la justicia. Tal como ocurre con las diversas religiones: todas se dicen las fieles representantes de Dios en la Tierra. Todas se dicen estar en “el buen camino”.

¿Hace falta fruncir el ceño y amenazar a la injusticia para ganar electores? Los políticos lo hacen; ¿Hace falta

discutir con la Iglesia por leyes pro aborto o para legalizar las bodas entre homosexuales? Los políticos lo hacen; ¿Hace falta hablar en tono alto de los privilegios y prometer combatirlos? Los políticos lo hacen.

¿Hace falta impulsar un movimiento revolucionario que les suba al poder? Se dirán entonces los herederos de los ideales revolucionarios, amenazarán, gritarán, dirán esto y aquello.

No importa lo que sea necesario hacer. Cambiarán de piel como mejor les convenga para obtener el triunfo; estudiarán la forma de triunfar y que a la vez les asegure un disfrute tranquilo del poder y lo ejecutarán independientemente de que simpaticen o no con las ideas. La revolución, por ejemplo, toma un significado totalmente diferente en boca de quienes aspiran al poder, pues para ellos la revolución no es sino un escalón para subir al poder.

En el fondo, por mucho que ataquen a la Iglesia saben que es ella un puntal imprescindible para el poder; que la injusticia que en público atacan es precisamente la que ansían tener para poder vivir sin trabajar; que los privilegios que prometen combatir son precisamente los que ellos desean; que la revolución de la que hablan no es otra cosa que mandar a los pobres incautos a matarse para que ellos disfruten de los privilegios.

Vestirán piel de oveja cuando son en realidad lobos; piel de progresistas cuando son unos retrógrados; piel de revolución cuando aspiran a ser unos dictadores; piel de justos cuando sumen al pueblo en la miseria.

Tenemos edificios del gobierno que ponen deshonorosamente a sus afueras palabras como “Libertad, Justicia, igualdad”. Monumentos a personajes que mataron las esperanzas de libertad del pueblo en las revoluciones de todos los países. Libros dedicados a seres enaltecidos por la locura nacionalista, a los que se presenta como los “libertadores” y amigos de la justicia.

La historia oficial muestra siempre como héroes a quienes ganaron la batalla, a quienes por sus hechos pisotearon la libertad, pero llevaron al poder a un nuevo tirano.

Un asesino, si contribuyó al triunfo de los déspotas que gobiernan, se convierte automáticamente en un “héroe”; una persona que dio su vida luchando, pero que combatía a los que se querían imponer en el poder, es un “malhechor”.

La historia oficial de todos los países sustenta sus crímenes en palabras como Libertad, Justicia, Igualdad.

Estas palabras que tanto significan a los oprimidos en labios del Estado cambian drásticamente de significado. Para ellos las palabras “Libertad, Justicia e Igualdad” son concebidas según la óptica del gobierno, esto es, que puede existir la Libertad, la Justicia y la Igualdad siempre y cuando esté dentro “del marco de la ley”. En otras palabras, amoldan estos conceptos a su antojo: libertad mientras se es un esclavo del capitalismo, justicia mientras la mayoría sufrimos miseria y hay un puñado de adinerados, e Igualdad, o sea, que todos somos explotados sin excepción... excepto ellos, claro, porque sus lujos son pagados con el dinero robado al pueblo en forma de impuestos.

Como mucho y ya es demasiado pedir, la libertad concebida en los órganos del Estado no va más allá de otorgar ciertos derechos a la clase trabajadora, pero nada más.

Es inconcebible que haya libertad mientras unas leyes caducas escritas hace cientos de años rigen nuestras vidas. Y si bien la crítica más fuerte deberían llevársela los gobiernos al servicio del capitalismo internacional, los países donde hay gobiernos “Socialistas” no son diferentes. Ambos defienden con igual ardor la sujeción de la población a leyes, códigos y normas escritos por personas cuya mira apuntaba directamente a la protección de una minoría privilegiada, llámese a esto gobierno democrático o gobierno socialista.

En el fondo, todos temen decir públicamente que no desean la libertad del pueblo. Por esto mismo usan estas palabras para tergiversarlas y reivindicar con ellas sus regímenes de explotación.

¿Quién en su sano juicio, por muy tonto que sea y por mucho que no se interese en política, podría decir que la esclavitud es buena, que la tiranía es justa?

El ser humano es un animal sociable que tiende inevitablemente hacia el progreso; y ahí donde decimos progreso decimos justicia. Tiende hacia el bienestar colectivo, y el bienestar no puede existir donde existe la esclavitud. Tiende hacia la igualdad, y la igualdad no puede existir donde la Libertad no existe.

Esto lo saben perfectamente los gobiernos, por ello es que usan siempre estas palabras. Saben que son conceptos que están escritos en el fondo de toda aspiración humana, y los usan como escabel para hacer precisamente todo lo contrario.

Cuando se trata de hacer reivindicaciones que hagan parecer a los grupos lo más cercanos a la libertad entonces nadie duda en llamarse antifascista.

Antes de la segunda guerra mundial no eran pocos los que mostraban su simpatía por el fascismo o por lo menos que coincidían con algunos de sus puntos de vista y por eso mismo le mostraban simpatía. A partir del término de la segunda guerra mundial ya nadie deseaba ser vinculado con el holocausto, y el repudio se generalizó a nivel mundial hacia el fascismo. Entonces muchos de los derechistas se aprestaron a mostrar un rechazo público hacia tales regímenes, sin que ello significara, para nada, el abandono de sus regímenes igualmente explotadores pero con un cariz más “democrático”. La llamada “democracia” se puso entonces de moda en todo el mundo, y hoy en día es uno de los postulados políticos que más se mencionan, sin que esto signifique tampoco el abandono del régimen de explotación, cuya víctima fue y es siempre el pueblo trabajador. En fascismo, tanto como en democracia, es el pueblo quien siempre termina siendo la víctima.

En estos momentos decirse declaradamente fascista equivaldría a ser vinculado con (según palabras tuyas) “regímenes autoritarios” (¡Cómo si la democracia no fuera autoritaria!) y con ello perder seguidores, prestigio en el ambiente político y por ello es que hasta los grupos más

proestatistas no dudarán en denominarse antifascistas, lo que en consecuencia les hará parecer que enfrentan de manera directa al enemigo. Es evidente que esto en el caso de los partidos políticos no es más que estrategia política.

Sin embargo esta táctica trae sus resultados, pues se deriva de estas reivindicaciones que si es al fascismo a lo que hay que derrotar, hay que unirse todos los antifascistas para acabar con el enemigo. Así se dan las uniones entre los grupos más dispares y, a veces, hasta claramente contrarios.

Esto basado en la idea de conjugar todos los esfuerzos para acabar con un enemigo denominado fascismo. Creyendo que con eso se está ya “de hecho” del lado de la libertad y la justicia. Es preciso entonces acabar con estos mitos.

¿En realidad existe tal antifascismo? ¿Qué es precisamente el fascismo?

Se sabe que el fascismo es un movimiento totalitario que tuvo su periodo de mayor alcance entre 1918 y 1939, y que se inaugura de manera “oficial” en Italia en 1922. Se conoce a sus personajes más significativos: Hitler, Mussolini y Franco entre los más conocidos. Al terminar la segunda guerra mundial Hitler y Mussolini fueron derrotados por las fuerzas de los “Aliados” y siendo estos dos de los principales representantes del fascismo, se tenía la idea de que su caída iba a traer consigo la derrota igualmente de Franco en España. ¿Qué pasó?

Las fuerzas “Aliadas”, defensoras de la democracia, no atacaron a Franco, le permitieron ejercer su déspota dictadura que duró poco más de 35 años. Muerto el dictador se dio paso a una vergonzosa transición que tuvo como fin la “monarquía democrática” que actualmente existe en ese país.

Y para colmo de males, o para emplear sus palabras, para “dialéctica de la historia”, el tres veces famoso “Ché Guevara” hizo un par de viajesitos a España en plena dictadura franquista. De hecho los viajes fueron 3, y el primero se realizó en 1959. ¡Así se combate al fascismo señores, haciendo viajes con el permiso de los generales

fascistas! Esto dentro de la historia, pero veámoslo en un plano más actual.

Ante todo, el fascismo es una idea cimentada en la prioridad de destruir los movimientos revolucionarios y reforzar los privilegios; ¿Los privilegios de quién? De la burguesía en un principio (principalmente, pero no únicamente: también se refuerzan los privilegios del clero y del aparato de Estado), pero una vez instaurado el fascismo sus tentáculos estrangulan también a los gobiernos al servicio de la burguesía y se instaura como poder propio y único. Fue lo que hizo Hitler, atacando a las “democracias podridas” culpables del Tratado de Versalles en su opinión. En cuanto al nacionalismo, es común ver como se trata de relacionarlos de una manera equívoca y pretendiendo que sean uno mismo el nacionalismo y el fascismo.

Si bien es verdad que el nacionalismo apunta directamente hacia el fascismo, éste último no hace necesariamente lo mismo respecto al nacionalismo. Recuérdese que en la cumbre de la época fascista los gobiernos de Alemania, Italia y España se hallaban hermanados para aplastar la libertad de los pueblos y repartírselos a su antojo. Una idea común les unía por encima de sus naciones: el fascismo. Recuérdese que durante la revolución española Italia y Alemania, quienes estaban bajo las botas de Mussolini y Hitler respectivamente, tenían en el bando franquista una considerable cantidad de elementos militares de ambos países apoyando directamente los asesinatos cometidos por el franquismo contra el pueblo español.

Y si bien esto era comprensible entre países dominados y pisoteados por una casta asesina, lo incomprensible para algunos (lógico para nosotros) se dio cuando a este grupo de tiranos se unió “el padrecito” José Stalin; sus relaciones con Hitler para repartirse Polonia y no atacarse entre ellos, demuestra claramente que el nacionalismo, la autoridad y la ambición, no reconocen fronteras ni ideologías ⁽¹⁾.

Reducir el fascismo al nacionalismo no es más que minimizar el peligro que éste representa.

El fascismo, como ya he indicado, es el ataque directo a la libertad del pueblo y el afianzamiento de los privilegios. Ahora bien, la parte contraria al fascismo, aquella que se denomina “antifascismo” debería de ser, si es coherente con sus ideas, la parte opuesta a todo esto: la lucha inquebrantable por la libertad, la destrucción de todos los privilegios cimentados sobre la explotación del pueblo. La ruptura definitiva con las instituciones burguesas y sus formas de acción, el combate sin tregua a los órganos de poder que se cimentan en la autoridad, la lucha por la Libertad sin medias tintas.

Si observamos esto en la política actual se comprende fácilmente que aunque la derecha intentara defender el antifascismo y por ende la libertad, bien pronto se vendría abajo el cuento. Pero entonces la pregunta se invierte hacia su parte contraria: ¿Pueden ser compatibles estos preceptos de libertad y justicia con organismos como el Partido Socialista, el Partido Comunista, o cualquiera de las tendencias de izquierda y de la democracia liberal o los gobiernos “socialistas” actuales? Resulta claro que no. Tanto el marxismo como el socialismo estatista, y en general toda idea cimentada en la conquista del poder político sin importar si vienen de la izquierda o de la derecha representan precisamente todo lo contrario a la lucha por la libertad. Proponen todos la conquista del poder estatal para desde arriba imponer (sic) sus propias concepciones ideológicas.

Tengamos en cuenta por ejemplo que el partido socialista, el comunista y otras ideas fundadas en el principio del Estado, aunque se digan revolucionarias, reciben subvenciones del propio gobierno; que muchos de sus militantes tienen escaños en el gobierno, y que ansían, ante todo, dominar por completo ese aparato de Estado burocratizado al que fingen atacar.

Los discursos altisonantes de estas tendencias pueden sonar muy revolucionarios e incluso muy radicales. Pero una

vez tengan el poder en sus manos la naturaleza del mismo les hace dar una vuelta en círculo sobre sus discursos y promesas -que generalmente no pasan de ser eso- para encontrarse en la misma condición que cualquier otro gobierno: la de imponer por medio de la violencia económica, política o física los privilegios de una minoría sobre la miseria de las grandes mayorías. Desconocer esta condición de la naturaleza del poder es desconocer todo lo que sobre el enemigo se refiere.

Ejemplos en la historia no nos faltan para aseverar lo anteriormente dicho. Quien revise la historia verá que todo gobierno, sea de izquierda o de derecha, ha reprimido física, moral y económicamente al pueblo por el que dicen laborar. El bolchevismo ruso y el maoísmo chino, y otros parecidos son ejemplos de esta represión en épocas anteriores; el gobierno de Evo Morales en Bolivia, de Zapatero en España (ahora está el PP en el gobierno, pero las condiciones con Zapatero no fueron por cierto tampoco buenas para el pueblo español), de Fidel Castro en Cuba, de Marcelo Ebrad en México DF, de Chávez en Venezuela, etc., son ejemplos de cómo la izquierda oprime económica, física, moral y socialmente al pueblo, pues es bastante claro que en todos los ejemplos mencionados anteriormente el pueblo de esos respectivos lugares continúa en la miseria y enriqueciendo a la burguesía de cada país con el respaldo y apoyo del gobierno. No hará falta para el lector que se mencionen siquiera los gobierno de la derecha, pues es claro para todos que actúan de manera similar a los gobiernos de izquierda.

Estos gobiernos de antifascistas no tienen nada: son países donde el capitalismo ha sido barnizado para disimularlo, pero donde la explotación continúa, aunque se le llame con otro nombre.

Entonces una vez llegados aquí me veo en la necesidad de preguntar ¿Dónde queda ese “antifascismo” del que se llenan la boca cuando pretenden ellos también hacer de mandamases los unos, y cuando los otros ejercen

la explotación por medio de sus gobiernos pseudo socialistas? Si el antifascismo es la defensa de la libertad, el combate al “autoritarismo” representado por el fascismo, esta defensa de la libertad y este combate a la autoridad no pueden tener como fin una “libertad” que se ejerza dentro de los parámetros de una sociedad gobernada, donde la autoridad fascista sea sustituida por una autoridad democrática. Si tal cosa sucediera el problema será siempre el mismo, pero con otro nombre.

Luchar por el antifascismo pero no desear llegar hasta sus últimas consecuencias, esto es, la eliminación de la autoridad política y la implantación de la libertad integral (económica, política y social) para el pueblo, es luchar por una democracia burguesa, lo que sin duda pone a quienes luchan por ese “antifascismo” a lado de todos los demócratas burgueses, pero no a lado del pueblo.

La lucha por la libertad no puede quedarse a medias, ni limitarse únicamente a la destrucción de unos opresores (fascistas) para tolerar a otros (demócratas o socialistas). La eliminación del autoritarismo no puede tampoco quedarse a la mitad, pretender que se debe eliminar el autoritarismo de unos, pero tolerar la autoridad de otros, porque esa autoridad bien pronto se convierte en fascismo puro y sólido.

Si la lucha contra el fascismo encarna estas dos luchas (por la libertad y contra la autoridad) su camino no debe detenerse en atacar a los regímenes fascistas, sino llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias y conseguir la libertad completa para el pueblo, y consecuente con esto, atacar de la misma forma toda organización social basada en el Estado, sea esta republicana, socialista, fascista o democrática.

Las acciones que hubieran podido tener los movimientos sandinistas, guevaristas y demás, pueden servir muy bien para entender la historia y sus diferentes movimientos... pero no para sumarnos a esas luchas.

No es suficiente con que un organismo se denomine popular para que le apoyemos; no es suficiente con que un

organismo se denomine antifascista para estar de su lado, así como tampoco es suficiente que un organismo se declare contra este gobierno –contra éste, no contra todos- para que nos le unamos.

Para nosotros los anarquistas, enemigos irreductibles de todos los gobiernos, puesto que desde la izquierda hasta la derecha todos pretenden gobernar al pueblo, todos los gobiernos son nuestros enemigos. Puesto que desde los gobiernos declaradamente fascistas, hasta los denominados antifascistas pretenden gobernar al pueblo; puesto que no importando su denominación su fin es el mismo; para nosotros todos los gobiernos y todos los movimientos que pretenden tomar el poder, sea cual sea su pretendido fin, para nosotros, repito, todos ellos tienen su porción de fascistas. Si los fascistas hacen el saludo nazi deseando gobernar al pueblo, los movimientos de izquierda y los movimientos “populistas” que sin embargo pretenden tomar el poder, en lo oscuro de sus convicciones también levantan el brazo y saludan a su vez.

“Para nosotros, el fascismo no es sólo un fenómeno italiano específico, ni se reduce a las milicias fascistas. Nosotros vemos el fascismo incluso en buena parte del antifascismo, no solo en el antifascismo de ciertos restos de la burguesía liberal, sino también en el antifascismo proletario. ¿Qué otra cosa que fascismo hay en la idea autoritaria extrema de la dictadura del proletariado?” (2).

Una sola resolución tenemos a esto: el antifascismo no nos convence. Creemos firmemente en la necesidad de hacer frente a los gobiernos fascistas del mundo -así como también al más liberal-; pero esta lucha contra el fascismo ha de ir encaminada a destruir los estamentos mismos del gobierno y la constitución de una nueva forma de vida basada en la solidaridad. Sin estas condiciones, este antifascismo incoloro no es más que una mentira.

No somos antifascistas a secas, si nos oponemos al régimen del fascismo lo hacemos como anarquistas, y esta postura la adoptamos también para las democracias y

republicas burguesas, basadas en la explotación y la dominación.

“El antifascismo no es ningún remedio contra el fascismo. El antifascismo puede ser hecho en nombre de la democracia, en nombre del capitalismo privado. Nosotros somos antifascistas porque queremos superar la crisis presente mediante una nueva estructuración social, no para mantener la supervivencia del mito de la democracia. Y consideramos que no hay más solución al problema del fascismo que una reconstrucción social revolucionaria por iniciativa y acción de los trabajadores. Los problemas de hoy no pueden separarse de los de mañana...” (3).

Efectivamente, como bien afirma Santillán, nuestro deber como anarquistas no es únicamente combatir al fascismo y dejar en pie las condiciones económicas y sociales que le dieron vida: la estructura de una sociedad dividida en clases, como es la estructura de toda sociedad donde se mantiene el principio del Estado. Si se pretende solo eliminar al fascismo, el camino nos conduce de manera directa hacia una democracia burguesa o hacia la dictadura del “proletariado”, formas distintas del fascismo y la dominación, pero no por ello mejores. ¿Luchamos nosotros los anarquistas por eliminar el fascismo y no a la raíz del asunto: el Estado?

No, el antifascismo nuestro es solo una pequeña parte de nuestro programa y de nuestras aspiraciones, es una consecuencia de nuestras ideas y de nuestra acción, pero no es lo fundamental: nuestras ideas van mucho más allá de la simple eliminación del fascismo. Deseamos la destrucción de todo tipo de autoridad, se llame fascista, republicano, marxista, monárquico o socialista. Más que “antifascistas”, somos antiestatistas. Luchamos por la muerte del fascismo donde quiera que se instaure o actúe, pero esta lucha no se detiene con la destrucción del fascismo, pues si cometiéramos tal locura no seríamos sino unos reformistas que luchan por una democracia burguesa.

Nuestra lucha va más allá de eso: a la par que luchamos por la muerte del fascismo luchamos de la misma forma por la aniquilación total de todo privilegio y del aparato gubernamental y burgués que le defiende. En este sentido somos de la misma forma enemigos del fascismo como de todos aquellos que utilizan el lema del “antifascismo” y que a la vez buscan las riendas del gobierno, que luchan por una nueva forma de Estado.

Así que muerte a sus pretensiones de gobernar, a la vez que muerte al fascismo.

Ante los tiempos que corren la indecisión es lo peor que podemos cometer. Los gobiernos déspotas del mundo están en plena dominación de las masas populares que, espontáneamente, estallan en revueltas aquí y allá, lo que indica que pese a todo la resistencia al poder subsiste. Pero en estas condiciones debemos ser claros en lo que pensamos y en lo que queremos; divagar y no saber lo que queremos (¡La autoeducación también es parte de la militancia!) como revolucionarios no puede sino conducirnos al papel de marionetas de otras tendencias ajenas a nosotros. El poder lucha por aplastar al pueblo, ¡Es preciso tomar un puesto en la barricada! O por la unión con los demás organismos gubernamentales en la búsqueda del poder (y entonces se deja de ser anarquista), o la destrucción de todo poder político.

¡Toma una posición, o todo o nada, pero no medias tintas! Basta de ambigüedades que solo beneficiarían a los dirigentes de los partidos políticos, y en última instancia, a la sacrosanta propiedad privada y al Estado, y con ellos a todo el cúmulo de sátrapas explotadores escondidos tras estas instituciones infames que durante siglos han mantenido en la esclavitud a todo el pueblo.

¿Antifascismo? No, el antifascismo no es suficiente, ante la situación actual la lucha no debe caer en lemas caducos, sino estar encaminada a la destrucción de todo sistema que tienda al reforzamiento o a la restitución de los

privilegios, sea cual sea el nombre del gobierno, sea cual sea el sistema gubernamental que pretenda gobernar al pueblo bajo cualquier pretexto.

Es verdad que enfrentar la situación actual no es nada sencillo (nunca lo ha sido), pero no por eso tenemos que servir a otras ideas que nos son ajenas. Para nosotros está bien claro que el gobierno no puede sino ser dañino, sin importar el medio o el fin que con que éste se ejecute. Y por esto mismo es necesario reafirmar siempre nuestro carácter antiestatista, enemigo de todo tipo de poder. ¿Unión? Si, pero con quien la merezca; todo organismo que pretenda bajo cualquier pretexto tomar el poder, no solo no es un compañero nuestro, sino un enemigo. La experiencia muestra que ahí donde los anarquistas han apoyado a organismos supuestamente revolucionarios que sin embargo pretendían tomar el poder, el resultado ha sido la traición y las persecuciones.

La historia es para aprender de ella. Y si hubo errores, deben corregirse. Corrijamos entonces este error y dejemos bien claros nuestros principios libertarios: guerra a todo organismo de poder o a todo aquel que intente tales fines; guerra a toda forma de dominación; apoyo a las masas populares, jamás a gobierno alguno; unión con el pueblo del que formamos parte para destruir todo régimen de poder; abolición de los privilegios, bajo cualquier pretexto que estos pretendan implantarse; la libertad más plena para todas las personas.

Debemos tener bien claro lo que somos: anarquistas, como tales actuar en todos los actos de nuestra vida, combatiendo toda forma de dominación.

Notas:

¹ Hay que resaltar además que mientras en Italia y Alemania, así como en las ciudades) conquistadas por el fascismo en España, se cimentaban los crímenes y asesinatos múltiples en los intereses fascistas, las mismas acciones y con la misma saña se aplicaban en Rusia (dominada primero por Lenin y luego por Stalin) bajo el lema de “Socialismo”.

² Diego Abad de Santillán, artículo en el diario de La Protesta en su número 282 del 16 de abril de 1928 titulado “Sobre el fascismo. Aclaraciones y observaciones”.

³ Diego Abad de Santillán, artículo en Tiempos Nuevos número 1 del 10 de enero de 1935, titulado Los Anarquistas españoles y la insurrección de octubre.

Sobre el anarquismo y la revolución violenta

El esclavo siempre está en un estado de legítima defensa, así que su violencia contra su patrón, contra el opresor, está siempre moralmente justificada y tiene que ser regulada solo con el criterio de su utilidad y de la economía del esfuerzo humano y de los sufrimientos humanos.

Errico Malatesta. Umanità Nova, 25 de agosto de 1921.

Hay las luchas y los conflictos que matan y hay las luchas y los conflictos que empujan a la humanidad por la senda progresiva.

Piotr Kropotkin. *El Estado*.

Hemos de advertir al lector que la postura sostenida a continuación no es porque el método violento o pacífico sea de nuestra preferencia. Si de preferencia hablásemos sin duda optaríamos por el método pacífico. Si en un momento dado la cuestión social se solucionara sin derramamiento de sangre seríamos nosotros los primeros en aplaudir el logro y participar de la transformación social. Pero nuestros gustos son irrelevantes. No depende de nuestros gustos la forma en que vayan a desarrollarse las cosas. El tema de una revolución implica inevitablemente a dos partes: la que ataca y la que se defiende.

La revolución social propagada desde siempre por los anarquistas no es en forma alguna la defensa. No hablemos por el momento de la naturaleza del acto revolucionario, hablemos del acto en sí. La liberación del pueblo no se logra sin realizar acto alguno en favor de la realización de las ideas; se logra actuando. Violenta o pacíficamente, se actúa. Se pasa al ataque para destruir la tiranía de un sistema de gobierno. Al ser los revolucionarios quienes atacan, en un

primer momento las fuerzas del Estado se defienden, para pasar inmediatamente al ataque.

Hablemos ahora sí de la naturaleza del acto. En este acto revolucionario hay dos partes participantes: quienes atacan en forma violenta o pacífica al sistema, y quienes defienden el sistema tiránico que se pretende destruir. Nosotros podemos actuar de forma violenta o pacífica; pero no podemos hacer que el adversario piense como nosotros.

Acostumbrados a matar impunemente, a secuestrar y a hacer de la violencia su forma de vida y su seguro más firme de existencia, el Estado difícilmente (por no decir imposible) actuará de forma pacífica. De ser así esa idealista batalla se libraría entre marchas de ambos lados; performance de ambos lados y se regalarían flores mutuamente ¿En realidad alguien piensa que puede ser así la lucha? Al buscar la destrucción del sistema de dominación encontraremos delante de nosotros unas fuerzas armadas adiestradas específicamente para someter por medio de la violencia a la población.

Nuestros gustos entonces son completamente irrelevantes. Lo mismo quisiéramos que la hermandad y la fraternidad entre todos los seres humanos fuera posible de un día para otro. Pero se comprende que aunque se desee es imposible que tal cosa suceda. No se trata entonces de cómo quisiéramos que fueran las cosas, sino de cómo son; reales, no ideales. No pretendo decir qué es lo bueno o lo malo; planteo simplemente asuntos que me parece que son evidentes.

Nada mejor que solucionar las cosas mediante el dialogo, el consenso y la comprensión. Pero preguntamos ¿Es esto posible cuando se trata del Estado, de la burguesía o de las fuerzas armadas a su disposición? Es lo que intentaremos explicar en las siguientes líneas.

No busco tampoco realizar un texto donde se propugne la violencia por la violencia. Consideramos a la violencia revolucionaria (y sólo revolucionaria) como un medio

inevitable para la transformación social, pero no haremos de ella un fin o un acto del cual pensemos que por sí solo va a resultar la transformación social.

“Los individuos –y son muchos aún entre los que se llaman revolucionarios- que afectan considerar la ANARQUÍA como la aplicación exclusivamente de la fuerza bruta y no como una filosofía social razonada, muy razonada, dan sencillamente una prueba de su ignorancia o de su mala fe. La fuerza, aquí, no puede ser más que la subordinada, el apoyo del derecho: se puede ser un hombre exaltado y ser un esclavo” (1).

En efecto. Creemos que quienes consideran al anarquismo como el mero hecho de ejercer la violencia (aunque sea revolucionaria) y nada más, mienten o ignoran, no hay término medio. Hay también quienes achacan al anarquismo su violencia y pretenden por ello que la violencia sea el centro vital de las ideas anarquistas. Se imaginan a los anarquistas no como personas serias que intentan cambiar radicalmente las cosas, sino como un extremista con una bomba en la mano dispuesto a arrojarla a cualquier persona. Esto se debe en gran medida al alarde tremendo que de acciones anarquistas han hecho los órganos de comunicación al servicio del poder. Pero si analizamos bien las cosas vemos que los atentados anarquistas apenas son una minoría comparados con todas las muertes que una guerra por intereses capitalistas genera, que todas las víctimas que el sistema del capitalismo produce y que todos los asesinatos en comisaría que existen a manos de verdugos carceleros. Veremos así mismo que todos los asesinos seriales, extremistas, terroristas y desequilibrados juntos son unos tiernos angelitos comparados con los crímenes cometidos diariamente por el Estado.

No prestemos entonces atención a quienes nos digan que los anarquistas son violentos, porque nos lo dicen quienes son ignorantes o quienes sostienen un cuchillo entre los dientes, dispuestos a pasar por encima nuestro para

explotarnos. Los actos cometidos violentamente por anarquistas fueron siempre dirigidos a asesinos de trabajadores (los Varela, los Eduardo Dato, los Quintela, los Falcón, los Cánovas del Castillo, etc.), a verdugos que merecían mil veces ser borrados del mapa y de los cuales nadie con un mínimo de ética puede sentir el mínimo de culpa. La prensa sensacionalista de la época calificó estos actos anarquistas como lamentables y soltaba lágrimas de monja por los ejecutados, pero olvidaban los múltiples muertos que provocaron y los otros tantos que directamente realizaron. Se nos dirá que el camino para ajustarles cuentas era el de las leyes, denunciarlos y que se encargaran de castigarlos. Pero los compañeros que realizaron tales actos sabían perfectamente que la ley escrita está precisamente para proteger los crímenes del Estado, y que solamente la justicia popular revolucionaria podía castigar a semejantes matarifes.

Esta violencia que no está puramente en el terreno de la revolución a primera vista, tiene sin embargo el camino marcado hacia ella, por lo que estos actos no son ni tristes ni lamentables: eran actos necesarios que tenían como base la revolución social. O sea, era una violencia que tenía un objetivo y unas ideas.

La violencia a secas, sin ningún tipo de finalidad revolucionaria, es algo que repudiaremos siempre. Porque la violencia puede ser tanto para defender los privilegios burgueses (tal como sucede en la actualidad, a diario, mientras escribo estas líneas), para cimentar la explotación de una reducida minoría sobre la masa trabajadora, o simple y sencillamente por cosas tan absurdas como el territorio. Por ello es que consideramos válida a la violencia sólo cuando va acompañada de una finalidad revolucionaria, cuando es únicamente el medio para remover aquello que estorba a la implantación de la Libertad. Si despojamos al acto del fundamento, éste se convierte en un acto reprobable, absurdo. Amputar una pierna cuando esta está

sana es un acto de locos; amputarla cuando de ello depende la vida de la persona es un acto coherente y racional. De la misma forma, usar la violencia cuando no es necesaria es un acto demente; usarla cuando de ella depende la libertad es un acto completamente coherente y racional.

Se nos dirá que no se puede cimentar la libertad con un acto autoritario como es la violencia. Quienes dicen así olvidan que en estos precisos momentos en que se nos dice “No a la violencia” vivimos en un medio sumamente violento donde diariamente se asesinan, humillan y torturan presos, muere la gente de hambre, se nos somete por medio de las armas y, en fin, donde diariamente se nos violenta en mil y un formas. Lejos de ser un acto autoritario, la revolución violenta es la explosión lógica y justa de una rabia contenida por las fuerzas del Estado mediante mil y un formas de violencia.

Si por medio de la economía, de la sociedad y de la política no se violentara al pueblo (es decir, si no existiera el Estado, el capital y la autoridad) éste no tendría motivo alguno para volverse violento y revolucionario; pero al ser la primer víctima de un sistema de dominación, su revolución y su violencia están plenamente justificadas.

Lo sorprendente aquí no es que haya alzamientos revolucionarios violentos en unas partes del mundo, sino que haya tan pocos. Lo impresionante no es ver las barricadas ardiendo y al pueblo enardecido, sino que haya todavía gente que acepte su suerte cuando tiene mil motivos para amotinarse. Es el motivo lo que la genera, es la razón lo que la justifica, es nuestra condición lo que la hace necesaria. Motivos para justificar la revolución violenta los hay, y por miles.

De la violencia a secas no salen más que fascistas por convicción o fascistas llevados hasta ahí por la lógica de los acontecimientos.

La violencia revolucionaria que en las siguientes líneas se defenderá es solamente la herramienta necesaria para

destruir un mundo de privilegios y de injusticias, un mundo con cuyos dueños (el Estado, el Capital y el Clero) no caben ni han cabido nunca los razonamientos. Seres insensatos capaces de las peores bajezas humanas ⁽²⁾ con los cuales no cabe el diálogo. La violencia revolucionaria no es para el anarquismo una meta, eso es algo claro, puesto que no es sino el medio para conseguir unas finalidades claras. Pero entonces debemos preguntar ¿Qué es lo que busca el anarquismo como meta final? Sin duda la paz entre todas las personas, ¿Pero qué tipo de paz? “La paz” es algo muy abstracto. Hay paz donde no existe ningún tipo de violencia social, y paz donde no hay tumultos porque estos son aplacados por medio de la violencia. En el segundo caso ¿Podríamos llamar a eso paz, o es más bien sometimiento?

La paz en su más completa expresión no significa únicamente el hecho de que no haya violencia física. Hay diversas formas de violencia. Tenemos no solo aquella que ejercen las fuerzas armadas al servicio del Estado contra las poblaciones desarmadas, tenemos también una violencia diaria: la violencia económica que impide a las personas ejercer derechos tan naturales como los de comer, vestir, calzar o tener un hogar. Sobra decir que son absurdos los argumentos de la economía burguesa de que todo ciudadano “puede” tener acceso a la satisfacción de sus necesidades. De nada sirve tener ese “derecho” cuando no se tienen los medios para conseguirlos (medios de producción).

Tenemos también la violencia intelectual, la que enseña a nuestros niños la creencia en un Dios que su mente tierna no puede cuestionar ni comprender, y que a tan tierna edad es educado en estas creencias que de grande adoptará ya por sí mismo por costumbre.

De estos dos tipos de violencia se generan otros tantos: pobreza, ricos/pobres, explotación, ignorancia, incultura, analfabetismo, etc. Y a raíz de esto también otro tipo de violencia: la política ⁽³⁾, que se cimenta precisamente en la incultura, la pobreza, la explotación y la injusticia. La que

indica que mientras un burgués mata de hambre a millones en el tercer mundo explotando sus tierras y es considerado un “hombre de negocios”, un obrero no puede robar comida para mantener a su familia acosada por el hambre que la explotación les acarrea.

¿A quién beneficiará la ley? Por supuesto, a aquel que tenga los medios para comprarla. Y no es esto ninguna exageración. Hemos sido testigos todos (o la gran mayoría por lo menos) de cómo mientras una persona va a la cárcel por robar una cantidad mínima, cuando se acusa a un burgués de robo (o un asesinato o cualquier otra cosa, todo se compra en las leyes) éste burla fácilmente la condena mediante amparos, compra de jueces, etc. Se le pone como mucho en arraigo domiciliario con todas las comodidades que su condición de burgués le permite y termina por salir libre de toda acusación. ¿Puede un simple obrero hacer todo eso? Apenas tiene para malvivir, y si ha llegado al robo es porque le apremia el hambre... como para pagarse encima abogados, amparos... ¡O un arraigo domiciliario! En la sociedad actual la justicia se aplica conforme el peso del bolsillo.

La paz en su más completa expresión sería entonces aquella donde ninguna persona padezca hambre mientras hay abundancia en comida; donde nadie sufra de vestido cuando hay almacenes llenos de ropa; donde no se obligue a los trabajadores a podrirse en chozas de cartón, lamina u otros materiales, cuando hay casas burguesas que abundan y que se usan solamente para dar gusto a la burguesía cuando va de vacaciones.

¿Existe actualmente esta paz en nuestra sociedad?

La paz actual no es un acuerdo común entre seres libres que deciden respetarse mutuamente por la comprensión y ejercicio de la solidaridad y la libertad mutua. Todo lo contrario. La paz actual está basada en las armas de los gobiernos de todo calibre para mantener controlada a la población entera por medio del miedo. Sin embargo,

pese que a este estado de cosas se le llama “paz” vemos que esta es solamente en apariencia: vivimos en una sociedad ultraviolenta donde se nos educa en pisar al de al lado para escalar. Donde la riqueza social está en manos de unos pocos mientras la mayoría restante padece mil y un privaciones. Donde existen cosas tan brutales como la cárcel, la hambruna, la discriminación, la injusticia, la miseria, el desempleo, la guerra, los asesinatos en comisaría, las desapariciones, la especulación y el robo diario al trabajador.

La “paz” a la que se refieren los gobiernos no es otra cosa que una guerra constante y camuflada en contra del pueblo entero y donde se enseña a este que debe aceptar su suerte sin decir una sola palabra. Lo que entienden los gobernantes por “paz”, es la mujer vendiendo su cuerpo como si fuese una mercancía; es el obrero sumido en la miseria; es el campesino despojado de sus tierras; es el burgués dueño de toda la riqueza; es el lujo en contraste con la miseria; es el ejército violando mujeres; es el obrero sin trabajo; es la guerra para enriquecer a un puñado de ricos; es el hijo del obrero arrancado de su casa para irse a matar a una guerra contra gente que no conoce, para beneficio del capitalismo; es el obrero mutilado por una máquina en su trabajo, donde engorda diariamente los bolsillos del patrón; son las jornadas laborales extenuantes y pagadas con un salario irrisorio que no alcanza ni para medio vivir; es la Iglesia propagando la ignorancia; es el indigente mendigando en la calle, despojado de absolutamente todo; es el policía matando impunemente; son los millones de pobres en todo el mundo; he ahí lo que vivimos en la actualidad, y a lo que llaman honrosamente “PAZ, ORDEN, JUSTICIA”.

El Estado entrega todo a las manos codiciosas del capitalismo que sume en la miseria a miles de personas, y a esto lo llaman paz. Por el contrario, cuando el pueblo se rebela y se alza para reclamar su derecho a vivir dignamente, se le llama “violento, terrorista, vándalo, antisocial, desequilibrado, anormal”.

El Estado lo que exige ante todo es el monopolio de la violencia. Bien definía Max Stirner a este tipo de cosas: “En manos del Estado la fuerza se llama «derecho»; en manos de la multitud se llama «Crimen» o «Motín»”. Esto no es otra cosa que imponer a la población y a las generaciones venideras una forma de pensar ajustada a los estamentos del poder. Una mentalidad donde lo “normal y pacífico” sea la explotación, la miseria, el hambre, la desigualdad y la riqueza de unos cuantos. Por el contrario, lo “anormal y violento” será la rebeldía, la revolución, la justicia y la libertad.

No es nada decoroso hacer una carnicería en las calles para controlar a la población. Estas prácticas pueden incluso producir el efecto contrario y en lugar de aplacar a las masas las subleva clandestinamente haciendo la guerra directa a los órganos del poder. Por ello la mejor forma de control es aquella que se imponen las propias personas. Por eso hay todo un aparato de dominación. Desde todos los ángulos se adoctrina a las personas para tener una mentalidad sumisa: en la casa, en la escuela, en el trabajo, con los amigos, con la novia... en todos lados se educará a las personas para pensar en cosas que no tienen nada que ver con sus intereses inmediatos. La tele, los vicios en general, la farándula, la religión, el fútbol; todas estas son armas del poder para que en lugar de mirar nuestra miserable suerte y nos rebelemos, pensemos en otras cosas que no nos benefician en absolutamente nada.

Sin embargo esto es solamente una táctica del Estado, no una forma definitiva de actuación. En épocas pasadas ⁽⁴⁾ el Estado ha demostrado claramente que si las cosas se le salen de las manos no duda en usar la violencia extrema. En épocas actuales lo ha demostrado (Atenco, Oaxaca y el mismo DF en México; con los Mapuches en Chile, en Grecia y últimamente en España, etc.) también de la forma más amplia y cruda aún en las sacrosantas democracias que nos dicen que vivimos y en las cuales dicen que existe la paz social. ¡La paz, queremos la paz! Gritan todas las tendencias

gubernamentales. Mantengamos nosotros unas fuerzas terriblemente armadas, pero prediquemos al pueblo la paz. De esta forma nos aseguramos el privilegio exclusivo del uso de la violencia. Démosle al pueblo la ilusoria arma del voto; digámosle que mediante el voto se puede transformar al país. Digámosle esto para que nunca se rebelen, para mantenerlos siempre atados al carruaje gubernamental. Mantengamos la paz, que nadie tome las armas, que nadie se levante contra sus opresores, que nadie haga justicia a sus verdugos. ¡La paz! ¡La paz que sostenga al Estado, al capital y al clero en sus privilegios!

De esta manera se obtiene que la población acepte resignadamente su miserable suerte y que cuando haya algún alzamiento popular se pueda aplastar fácilmente sin respuesta del resto de la población que verá aquello como algo normal.

No es gratuito que en todos los países se hagan campañas publicitarias “En contra de la violencia”. ¿Pero a que se refieren los gobiernos con “Violencia”? Es claro que darán algunas bagatelas para disfrazar el asunto: dirán no al maltrato a la mujer, no al maltrato a los niños, etc. Cosas buenas, pero detrás de las cuales irán el “No robar, no matar, no poseer armas, no ser violento”, etc.

Pero preguntemos ¿Quiénes son los que nos dan esas buenas recomendaciones? ¡Los que poseen ejércitos maravillosamente armados a costa del pueblo; los que sostienen un imperio gubernamental a base de la violencia; los que tienen las mejores armas; los que poseen armamento nuclear; los que poseen armas químicas; los que matan de hambre a millones de seres humanos despojándoles de los medios de producción; los que se enriquecen con el contrabando de armas, personas y drogas; los que como en México son los jefes de las bandas de narcos que siembran el terror en las poblaciones; los que secuestran y matan impunemente; los que sostienen esos campos de concentración donde se pudre la libertad llamados cárceles;

los que imponen su “Estado de derecho” a sangre y fuego ahí donde se les sale de las manos! ... ¿Para qué seguir enumerando las bestialidades del Estado? Sabemos perfectamente que esa buena recomendación de “No violencia” viene precisamente para que a sus embates ya tenga el pueblo la mentalidad de callar, de obedecer, de someterse.

A la par que los medios de comunicación al servicio del poder se escandalizan por una huelga o un disturbio, vemos una infinidad de actos violentos de su parte. Abramos cualquier periódico de noticias de cualquier país, y veremos la de crímenes que en sus hojas se relatan, la de miseria que hay por todos lados, los miles de crímenes del gobierno que pasan siempre como una simple nota para dar paso a primera plana a cualquier nuevo chisme farandulero o la victoria de tal o cual equipo deportivo de burgueses.

La violencia ejercida por el Estado es alabada o poco hablada; la violencia de los revolucionarios o de los huelguistas será la carroña de los buitres periodistas que los excomulgarán de la sociedad para beneficio del capital. Porque ¿Cómo es que muchas personas ven las injusticias del sistema y se conforman con la novedad de una nueva y absurda canción de su “artista” favorito? ¿Cómo es que logran callar su consciencia al ver la miseria a su alrededor y la opulencia de los ricos? ¿Cómo es que la indignación ha sido eliminada de su mente? ¿Cómo es que han llegado algunas personas (no todo el pueblo, claro) a convertirse en seres mejor domesticados que los animales adiestrados? ¿Cómo puede vivirse una vida sin rebeldía, sin lucha? ⁽⁵⁾. Es por esa misma educación adiestrada de la que ya hemos hablado líneas arriba.

Esta paz sin duda no es para nada lo que deseamos los anarquistas. Deseamos una paz donde esta sea el resultado de un acuerdo común entre personas libres, una paz donde no sólo se limite esta a no ejercer la violencia física, sino que sea eliminada también la violencia económica que obliga a una inmensa mayoría a dejar su salud y su

libertad en trabajos que sólo benefician a un reducido grupo de burgueses. Una paz donde no existan privilegios políticos para nadie, donde la sociedad sea de hermanos y no de engranes haciendo funcionar la máquina que les explota. Sin duda esta es la paz que los anarquistas deseamos. Pero ¿Cómo llegar a ella? ¿Se puede conseguir esa paz ahora mismo, aun existiendo el Estado?

Es claro que mientras haya un órgano de poder político sometiendo a la población a leyes que permiten que sean explotadas y a la vez sometida por las armas, será imposible hablar de ningún tipo de paz. Hay quienes piensan que si bien no puede existir la paz mientras exista el Estado, se puede vivir de otra forma: las relaciones interpersonales pueden ser libertarias, fraternales y solidarias... Sin embargo eso no quita que haya violencia en todo nuestro entorno y que debamos, conforme nuestras aspiraciones de solidaridad, organizar y preparar la destrucción de ese aparato de violencia llamado Estado. La paz sólo será posible cuando muera el Estado. Soñar antes en un mundo de paz es absurdo, porque no se puede pensar en la paz en medio de los montones de cadáveres que las fuerzas armadas hacen, en medio del hambre y la miseria de la mayoría de la población mundial; en medio de donde a un lado encontramos la muerte por hambruna y al otro un mercedes benz de algún ladrón burgués; en medio de la desigualdad total que existe entre una clase y otra... ¡En la existencia misma de las clases!; en medio de tanta y tanta banda de asesinos a sueldo llamados militares, policías, etc.

Para conseguir la paz se debe pensar antes en eliminar la causa de la violencia en todas sus formas, es decir, se debe pensar en la eliminación del Estado. Limitarse a ejecutar unas relaciones fraternales y no luchar por la destrucción del Estado es hipocresía, una fraternidad basada sobre la violencia que se encuentra a su entorno, unas relaciones falsas cimentadas en la cobardía. A las relaciones fraternales (si de verdad son fraternales) debe agregarse la lucha por

la destrucción del Estado, para extender esa fraternidad a todos los seres humanos, y no sólo a unos cuantos. Limitarse simple y llanamente a que las relaciones personales sean libres es un absurdo y una contradicción. Porque nuestro deber de revolucionarios no consiste en demostrar que se puede vivir bajo el Estado; sino que toda la existencia humana ha sido, es y será imposible vivirla en libertad en tanto que exista el Estado. Promover que se puede vivir bajo el Estado es promover la pasividad, el aislamiento, el reformismo y con ello la continuidad de la explotación. Es necesario entonces que los revolucionarios no se limiten a tener relaciones personales libres, sino que sean quienes hagan chocar de forma clara los intereses de los explotados con sus explotadores. Que promuevan que solamente destruyendo al Estado podrá existir la justicia, la libertad y la solidaridad en toda su extensión.

Ahora bien ¿Cómo acabar con el Estado? Las relaciones solidarias son importantes, sin embargo sería demasiado romántico considerar que este sólo hecho va a dar al traste con el aparato armado, violento y fascista del Estado. Deseamos la paz, pero si de verdad deseamos llegar a ese estado de paz, el camino paradójicamente no es otro que la organización revolucionaria.

Hay quienes piensan que el Estado puede ser derrotado de formas idealistas y románticas: que un día nadie acudiera a las urnas, que un día nadie saliera a trabajar y que con esto el Estado se derrumbaría por sí solo, o que todos dijeran “No más”, que el pueblo, la policía y el ejército se negaran a obedecer al Estado.

No sólo es romántico e idealista pensar de esa forma, es también sumamente absurdo creer en eso. Delante del pueblo hay un aparato armado dispuesto a pasar por donde sea por conservar los privilegios. Porque tomemos un ejemplo de los dichos antes. Si un día nadie saliera a trabajar, si nadie acudiera ni al trabajo ni a las urnas, rápidamente el hambre haría su aparición, y ante esto quedan solo dos

salidas: o la lucha sale de donde comenzó y se convierte en revolucionaria, es decir, expropia los medios de producción y de consumo (y esto no se hará sin enfrentamientos con las fuerzas del Estado), o sucumbe por el hambre y se ve obligada a claudicar de sus intenciones, acudiendo de nuevo a los centros de explotación; pero ya que ha sido derrotado lo hará en peores condiciones que contra las cuales se había alzado. No olvidemos por ejemplo que en todas las democracias existen esos dos estados de la sociedad donde el Estado puede hacer y deshacer a sus anchas.

¿Los pacíficos comienzan a abrir las fábricas para sacar los productos de forma pacífica? Se aplica el “Estado de excepción” (suspensión de las garantías constitucionales) y listo, señores militares, a matar se ha dicho. ¿Los pacifistas –por alguna razón fantasiosa- pueden poner en peligro el orden burgués? “Estado de sitio” (se dan amplios poderes a las fuerzas armadas para la represión) y listo, señores militares y policías, a matar, secuestrar, encarcelar y golpear se ha dicho ⁽⁶⁾.

La exclusividad de la violencia es una de las características sin las cuales ningún Estado podría subsistir. Se controla a la población con todo un aparato de enajenación mental; pero si las cosas ponen en riesgo el orden burgués, para ello han legislado esas leyes en las que el Estado muestra su verdadera cara y se presta a matar a placer para rescatar su orden. No puede entonces uno pensar idealísticamente y pretender que por medio de la paz se va a derribar a semejante maquinaria de muerte. A las fuerzas armadas del Estado no deben oponerse como resistencia los poemas, las canciones de paz ni las ideas fantasiosas, sino una fuerza revolucionaria capaz de derrotar a los defensores de los privilegios. No se le puede oponer sino la fuerza de la revolución popular.

¿Y qué es la revolución sino el pueblo armado, en otras palabras, la violencia popular organizada? ¿De qué tipo de violencia hablamos? No es ciertamente la violencia insensata

y estúpida que no conduce sino al caos. No es tampoco la violencia sin sentido de todos contra todos. No es la violencia que pretende crear un nuevo aparato de poder cimentado en la violencia y el miedo ejercido por esta, tal como sucede en la actualidad. La violencia a la que nos referimos es la violencia revolucionaria, la que apunta a los poderosos y a todo aquel que pretenda gobernar al pueblo bajo cualquier pretexto. Es la violencia que tiene un objetivo (el Estado y todo tipo de dominación) y una finalidad: acabar con el aparato que ejerce no una violencia pasajera y necesaria como la revolución, sino que hace de la violencia una condición indispensable para mantenerse, y no como forma de defensa, sino como forma de ataque a los ciudadanos a los que somete a su gobierno. La violencia a la que nos referimos es un método, no un fin; una herramienta de libertad y no de represión; un método que detestamos... pero que sin duda es necesario.

¿Qué más quisiéramos los anarquistas que la revolución no costara una sola gota de sangre de nadie, que todo pudiera ser solucionado por métodos pacíficos y que ninguno de nosotros tuviera que arriesgar la vida o ver caer a sus hermanos de lucha ante las balas del Estado? Pero sabemos que el Estado al ser una fuerza organizada de la violencia para cimentar los privilegios no va a ceder a las aspiraciones de justicia y libertad del pueblo, y echará mano de todas las armas para aplastar a quienes aspiran a la libertad. Para hacer la revolución no es suficiente con tener la razón y la justicia de nuestra parte; hay que tener también la fuerza para que estas se hagan realidad. Podemos tener la razón y la justicia de nuestra parte ¿De qué sirve? El Estado, el Capital y el Clero poseen las armas. Con la estupidez y la injusticia de su parte hacen y deshacen como se les pega la gana.

Nosotros, que tenemos la razón y la justicia de nuestro lado, debemos luchar porque estas se implanten en todo el mundo. Actuar, luchar porque las ideas se concreten, y eso,

compañeros, se logra solo mediante la voluntad de hacerlo. El anarquismo y su realización no es un acto en el que místicamente todos nos tomamos de las manos, derribamos al Estado y de ello nace una sociedad de hermanos, llenos de amor y de fraternidad. ¡Dejemos a los idealistas soñar y caminar en nubes de algodón! El anarquismo es un proyecto posible, necesario, justo y sobre todo, real. No se trata de una utopía, de un sueño, de un idilio irrealizable, de algo en lo que debemos pensar como un sueño maravilloso, pero que no es posible realizarlo. Mucho menos que es posible realizarlo mediante cosas idealistas, románticas, propias de una novela de amor, pero no reales. Se trata de la lucha incansable de la libertad contra la autoridad, de la justicia contra la tiranía. Y en esa lucha en la que nosotros luchamos por la libertad, los gobernantes de toda ralea han sido, son y serán siempre carniceros sin miramientos para matar, robar o violar cuanto les venga en gana. ¡No podemos nosotros contestar con rosas! Es una lucha dura, constante, fuerte. Y conforme sus características debemos nosotros enfrentarnos.

Sí, deseamos una sociedad de hermanos, donde la Libertad, la Solidaridad, la Justicia y el amor sean reales. Deseamos todas esas bellas cosas, por ellas luchamos. Pero no podemos creer que esto pueda practicarse con los sicarios del poder.

Decía Malatesta “Y por esto entre nosotros no hay verdaderos odiadores, aunque hay muchos retóricos del odio. Estos hacen como el poeta que, siendo un padre de familia bueno y pacífico, canta el odio y el estrago porque en ellos encuentra motivo para hacer versos bellos o feos. Hablan de odio, pero su odio está hecho de amor.” Yo no predico el odio furibundo y fanático; pero tampoco el amor idealista y absurdo que predica que abracemos a la policía, o que les regalemos flores. Nuestro odio hacia el Estado y la autoridad, está fundado en el amor a la Libertad, a la justicia, a nuestro pueblo pisoteado y maniatado. Puesto que amamos a nuestro pueblo, odiamos con todas nuestras

fuerzas al Estado y la autoridad, y por supuesto, a todos sus defensores. “Aun sin quererlo nuestro odio será implacable.” (7)

Ese amor que dice “No a la violencia”; ese amor que dice “Todos somos hermanos”; ese amor que opina “Las cosas se solucionan con el diálogo” es un amor proveniente casi siempre de quienes nunca en su vida han arriesgado nada por la revolución; de quienes dicen eso mientras nunca han estado en la cárcel o nunca han soportado una paliza de las fuerzas del Estado; y muchas veces incluso de quienes no soportan la explotación de la burguesía. “Y el amor no es acción, porque como sentimiento es incapaz de destruir los hechos, de anularlos. Pruébalo que todos los partidarios del amor, como medio de modificar el mundo, son puramente contemplativos y tienen horror a la actividad.” (8).

El amor en la lucha social es un concepto caduco, incapaz de realizar nada. “Nulo es el amor como elemento de acción social, porque la fuerza no se rinde jamás a los halagos del sentimiento; nulo porque el poder y la riqueza ciegan todas las fuentes de la afectividad humana. Pidan al Estado que considere amoroso sus cuitas, y tal vez les dispense una obra de caridad, nunca un acto de justicia. Pidan al capitalismo triunfante una migaja de reciprocidad para sus anhelos fraternarios, y les responderá con la dura ley de su tanto por ciento o les atará más fuertemente a la servidumbre, ofreciéndoles el mendrugo de la participación que en último término le asegura el concurso de su fuerza alquilable y la explotación tranquila de su actividad. Vayan a la fuerza armada con delicadezas de humanidad y sonatas al amor universal y hagan que el plomo de las balas se trunque en fino y suave algodón. Buscarán al hermano y darán de bruces con el asesino. Si no ceden, si no los someten buenamente, la fuerza los obligara, y entonces aprenderán a amar como el perro ama a su dueño, con fidelidad de esclavo, con servilismo de paria. Rebelarse, apelar a la acción resuelta contra un estado social que hace

de los hermanos feroces enemigos de los hombres, bestias, es incompatible con las tardías predicaciones del precepto cristiano.”⁽⁹⁾ El amor es un sentimiento que es posible únicamente en los términos de la Libertad. En la bestialidad, en la injusticia, en la tiranía, en la autoridad, en el sometimiento, el amor es una flor exótica. Rara vez existe, y ahí donde existe, es un amor enfermo, resultado de un estado psicológico dañado, porque no es posible amar a tu verdugo. Se trata de miedo, de respeto fundado en el temor, de sometimiento... pero no de amor. ¿Eres amigo del patrón, del policía o del gobernante? ¡Estás amando a tu verdugo! Tu condición de pobreza se debe precisamente a ese al que llamas “hermano”.

El amor, sentimiento bello, no es capaz de solucionar el conflicto social, como mucho solamente le desviará de su camino. El odio como sentimiento tampoco es capaz de generar nada. Nuestra aversión hacia el Estado y la autoridad, no está basada en sentimentalismos, sino en hechos reales que vivimos a diario. Y si les odiamos a muerte, no es el odio lo que nos hará cambiar las cosas, sino la acción. Y en la acción, ni odios ni amor, simplemente Justicia. Y a quienes pretendan que esas instituciones de muerte llamadas Estado, Capital y Clero se mantengan con vida, a quienes pretendan detentar privilegios y dominios, la guerra sin cuartel, porque esa guerra sin cuartel es un acto de Justicia, y nosotros luchamos por ella.

Justicia para todos, he ahí el principio nivelador entre odio y amor. La Justicia para todos simplemente ¿Merecen los palacios del Estado y de la burguesía ser sitiados por el pueblo por pertenecer a la tiranía? Justicia solamente. ¿Merece el obrero tomar las fábricas, el campesino las tierras, y los obreros el taller en tanto que son los verdaderos dueños de ellos? Justicia solamente ¿Merecen las fuerzas del Estado, el Estado mismo, el capital y la autoridad nuestro odio y combate dadas las terribles injusticias que cometen con el mero hecho de existir? Justicia solamente.

El amor, como bien indica Mella, es incompetente como elemento de acción social, puesto que no es posible practicar el amor con el verdugo. Ir al sicario hablándole de amor es un absurdo. Pretender que a los cañones y metrallicas del Estado se les puede derrotar con poemas es un absurdo; ver como hermanos a las fuerzas del poder es un absurdo; creer en el amor con los tiranos es un absurdo; decíamos al comienzo del texto que no se trataba aquí de nuestros gustos. Bien, aquí lo tenemos comprobado. Nos guste o no el hecho de que debemos contestar con la fuerza a la fuerza, es algo que no podemos evadir. Nos guste o no el hecho de que debamos dejar los sueños para la cama y ver las cosas de forma real, por crudas que sean, es algo que tampoco podemos evadir. Les guste o no a los gobernantes, al capital y a la autoridad, la revolución social, el estallido de la rabia de los pobres, es algo necesario, inevitable.

Sí, la anarquía es un hecho necesario, posible, realizable, justo, real. No se basa el anarquismo en sentimentalismos, en deseos o en sueños. Es un proyecto real basado en hechos reales. La explotación, la miseria y la desigualdad son hechos crudos. La respuesta a esto (el anarquismo) es a la vez un proyecto real, basado en hechos reales, surgido de una necesidad de cambio real. No somos utópicos, ni soñadores ni idealistas. Somos anarquistas, respondemos a los hechos reales con propuestas reales, concretas. Dejemos de soñar, ¡La Libertad es posible!

Toda la historia humana demuestra que el gobierno nunca tenido compasión ni ningún tipo de prejuicio para hacer matar como moscas a cuantos intentan (aunque sea por métodos pacíficos) acabar con los privilegios. Los recientes acontecimientos (escribo esto en febrero-marzo del 2011) en Egipto, Túnez y Libia pueden hacer pensar (excepto en el caso de Libia) que se puede derribar al poder por métodos pacíficos. Nada más equivocado. No hablemos de la forma en que desembocan este tipo de acciones; hablemos de sus características. Porque no es lo mismo una revolución

donde se pretende cambiar de régimen, a uno que pretende eliminarlo. Las características son necesariamente distintas. Un cambio de régimen se puede dar de forma pacífica, e incluso puede ser apoyado por otras naciones que, ya sea por interés económico, ya sea por otras razones, presten su ayuda a dicho cambio. De hecho ya en marzo de este mismo año la OTAN, EEUU, Francia e Inglaterra han apoyado la acción bélica contra el gobierno de Gadafi. ¿No es esto una prueba de que puesto que se trata de un cambio de régimen el levantamiento puede ser apoyado por otras fuerzas capitalistas? Es verdad que tanto EEUU, Francia y los demás países perseguían intereses directos. No apoyaron a combatir a Gadafi porque se solidarizaran con la lucha, el Estado no da nada de forma gratuita. Los intereses los empujaron a colaborar, pero por donde se le vea la colaboración existió.

¿Pensamos que en una revolución social antiestatista que elimina la propiedad privada y socializa los medios de producción, puede alguna potencia ver algún tipo de interés que no sea eliminar a los revolucionarios? Eso sería algo no solo inédito, sino que podemos augurar como imposible. Pero hablemos de los otros Estados donde hubo insurrecciones pacíficas. Dado que no pretenden un cambio de raíz, los capitalistas, gobernantes y clérigos pueden fácilmente ceder y maquillar más o menos la explotación. No serán tomadas sus fábricas, ni asaltados sus cuarteles ni quemadas o reemplazadas sus Iglesias ¿A qué temer entonces? Que se quite un gobernante y se ponga otro. Seguirán siendo robados los trabajadores, gobernado todo el pueblo y engatusadas las mentes. En el peor de los casos las demás naciones no intervendrían.

En Egipto ha sido el ejército el encargado de realizar la transición. Hosni Mubarak dejó el poder en manos del ejército y este no ha atacado al pueblo... ¿Es eso una demostración de que las cosas se pueden hacer por métodos pacíficos? En seguida veremos esto.

Una revolución que pretende eliminar de raíz al régimen del Estado, eliminar la institución del ejército, de la policía, de la propiedad privada, de la Iglesia y del capital, lógicamente va a levantar contra sí no sólo recelo, sino incluso la hostilidad de otras naciones vecinas. Verían en ese levantamiento una invitación a que en los demás países se hiciera lo mismo. Sería una demostración de que vivir sin gobierno es posible, y eso provocaría aquí y allá levantamientos populares. Véase tan solo la forma contagiosa en que las revoluciones de oriente se hicieron: de país en país fueron contagiándose los ánimos de protesta. Véase la alerta que ha levantado en los países vecinos. ¡Imaginemos ahora la alarma que hubiera desatado si esos levantamientos fueran antirreligiosos, anticapitalistas y antiestadistas! Por ello es que una revolución que pretenda solo un cambio de amos va a tener lógicamente características diferentes a las de una revolución armada donde se pretenda eliminar de tajo el capital, la autoridad y el clero.

Una revolución de este tipo desatará contra sí la ira de los capitalistas, autoritarios (rojos, amarillos o azules) y clérigos de otros países que pondrán todo de su parte por exterminar a los revolucionarios. Es esto lo que ninguna nación podría permitir y es casi seguro que intervendrían en dicho conflicto para imponer “La paz y el orden aniquilado por la revolución desbocada”.

El ejército si bien puede ponerse de parte del pueblo (y aún eso hay que dudarlo mucho), las características de la revolución antiautoritaria no son ciertamente a su favor como institución, y eso provocaría el enfrentamiento creo que inevitable entre las fuerzas armadas y el pueblo.

En Egipto mismo se vio: mientras el poder ha estado en manos del ejército, este ha controlado todo lo que podía la situación... ¡Que el pueblo se levante y trate de llevar más adelante la revolución es impensable! Fueron esos mismos militares (sacados muchos ellos del propio pueblo) los que contuvieron el cambio. Se quitó a un tirano, pero la

barrera de contención fue el ejército. Es verdad que en ciertas coyunturas históricas miembros del ejército se han pasado al pueblo. Pero eso no quiere decir que debamos depositar ningún tipo de confianza en que tal cosa suceda, sino ser precavidos y ciertamente esperar todo lo contrario. Como decían los anarquistas de Vaucluses (Francia) en enero de 1893: “Comprendedlo bien, hijos de obreros, obreros vosotros mismos, no se os ha dado de soldado más que el nombre. De hecho, vosotros sois policías. Y el vuestro es un oficio inmundo.”

No han faltado tampoco quienes dicen que “los policías son humanos también, son personas” ¿Ha pasado alguno de quienes opinan esto por la golpiza de un policía? Lo dudamos mucho. Esos bellos cantos al amor universal son buenos cuando se habla de personas equivalentes. Pero cuando nos referimos a personajes que se enseña la defensa de los privilegios, el ejercicio de la autoridad y la destrucción de la oposición (porque al final de cuentas el “entrenamiento” del policía y del militar consiste en defender al Estado en contra de sus opositores), difícilmente podemos pensar en esa gente como nuestros “iguales”. Quienes alguna vez hemos soportado los golpes de la policía, sus detenciones, sus encierros y su autoridad, quienes hemos visto sus abusos a gente indefensa e inocente, difícilmente podemos verlos como “personas” o como “humanos”.

Esto de la revolución es una guerra: nosotros tratamos de destruir la institución del Estado, al clero y al capitalismo; ellos lo protegen creyendo con ello cumplir un “deber”. Ellos (policías, jueces, militares, curas, gendarmes y demás criminales) han elegido el camino de la defensa de los privilegios y la injusticia. Y nosotros, si no queremos ser vencidos y tratados como ganado, hemos de oponer la resistencia más firme a los defensores del privilegio, se llamen policías, militares, curas, Tchekistas o como mejor se quieran llamar.

Sabemos perfectamente que la policía y el ejército no son el enemigo principal. Son el Estado, el Capital y el Clero

las instituciones que deben eliminarse sin piedad. Pero ellos les protegen, son sus puntales para sostenerse. Hagamos a un lado a las fuerzas del Estado, y capitalistas, gobernantes y clérigos se mostraran como realmente son: cobardes, débiles, estúpidos. Se amparan en las fuerzas de las armas para dominar, y antes de llegar a ellos, habremos de pasar por encima de sus defensores. Y en ese acto, compañeros, no valen los sentimentalismos.

Regresemos a Egipto. El poder ostentado por Mubarak fue trasladado al ejército, y este a su vez lo entregará a un nuevo tirano... el poder no muere, no se le mata, se le quita la forma de Mubarak y se le pone la de otro... las cosas no han cambiado ¡Perfecto! El ejército puede entonces cumplir con el papel de ser las fuerzas armadas al servicio de “la democracia y la libertad”. El pueblo ha sido burlado de nuevo ¿Para qué más derramamientos de sangre? Que el pueblo siga en las calles es peligroso: pueden desbordarse las cosas y terminar todo en intentos serios por cambiar las cosas. Mejor es que el pueblo derribe el símbolo de Mubarak, que crea que eso cambia las cosas y que se marche a casa pensando haber conseguido la libertad... eso sí, al día siguiente que de nuevo asista a sus puestos de trabajo a ser explotados por la burguesía egipcia. ¡Ah, pero que el pueblo no pretenda matar a la institución del Estado! Porque entonces los defensores de “la democracia y libertad” se mostrarán iguales o peor que Mubarak. ¿Cómo solucionar entonces esto?

Ciertamente una revolución democrática o republicana, incluso un golpe de Estado, pueden ser pacíficos... pero una revolución social tropezará con mil dificultades a las que no se puede responder de otra forma que con la revolución armada del pueblo contra sus enemigos. Ahora bien ¿Qué tan violenta será esta revolución? Podemos evaluar ese nivel de violencia por las armas al servicio del poder: entre más fuerte sea el gobierno más firme será su defensa, y por lo tanto sus enemigos deberán emplear una fuerza todavía

mayor. El nivel de destrucción es también algo evaluable: en épocas pasadas había unos medios de producción, de comunicación y de transporte definidos. La próxima revolución no será igual en su nivel de destrozos a como fueron las revoluciones pasadas: los medios de comunicación han evolucionado tanto, sobre todo en el aspecto tecnológico, que la revolución no pasará ya solamente por destruir puentes para impedir el paso de tropas, o de tomar por asalto los medios de transporte. Habrá que tomar también los modernos medios de comunicación y sí, derribar puentes, pero destruir a la vez aquellos centros de producción nuclear que actualmente abastecen los medios eléctricos. Ahí donde no hay más que pueblos sin avances tecnológicos la destrucción será menor a donde existen centros sumamente modernos y que han de ser tomados por la fuerza, esto es, que su defensa será lógica por parte del Estado, y los revolucionarios deberán optar por tomarlos a toda costa, o destruirlos para evitar que sean utilizados en su contra.

Los niveles de destrucción y de violencia dependen siempre de lo avanzado que esté un Estado en sus fuerzas armadas, y del nivel de tecnología que tenga. Pero una cosa debemos tener por seguro al ver estas cosas: la revolución antiestatista, anarquista, difícilmente podría ser pacífica. Porque no sólo deberá enfrentarse a las fuerzas armadas del Estado, sino a todos los interesados en el sostenimiento de los privilegios dictatoriales, democráticos o socialistas estatales. Es decir, la Iglesia, el capitalismo internacional, y las fuerzas armadas al servicio de este capitalismo internacional. Pelear contra todas estas cosas con claveles en la mano, o incitándoles a que no disparen contra el pueblo o hablándoles de amor, no sólo no dará un sólo resultado, sino que abrirá el camino para que la revolución sea destrozada a girones. Se elimina del pueblo la incitación revolucionaria, el alzamiento popular, decaen los ánimos y psicológicamente se pone el mismo en una posición de

defensa en lugar de ser quien ataque. Se teme siempre en que en la revolución se desaten las “pasiones” ¡Y es precisamente lo que debe alentarse! ¡Que el pueblo desate su fiereza, que se desfogue en una revolución profunda, tan profunda que aplaste cual gigante que es todo lo que huela a gobierno!

Ya lo afirmaba Bakunin: “Uno debe tener el diablo dentro para ser capaz de sublevar a las masas; de otra manera, sólo se hacen discursos huecos y ruidos estériles, pero no actos revolucionarios. Por consiguiente, los agitadores deben estar revolucionariamente inspirados y organizados; deben llevar la revolución en su mente y en su corazón si quieren promoverla y suscitara”. Con esto Bakunin quería decir que se dejara libremente el odio hacia los estratos gubernamentales, que los agitadores desbordaran la situación.

Es lógico que va a haber venganzas, casos en los que los trabajadores se venguen de manera quizá cruel de sus antiguos explotadores... ¡El parto de la Libertad es doloroso! No se trata de maquillar la explotación, de hacer más bellos los azotes sobre la espalda del pueblo. Se trata de una revolución profunda, y ello no se consigue de forma sencilla, como se puede conseguir un golpe de Estado, un cambio mediante el sufragio universal o una reforma cualquiera. No se va a tratar de un hecho histórico cualquiera. Sino de la lucha que forjará una sociedad completamente distinta.

Esos hechos, aunque tristes, son completamente lógicos: en el fondo de todo trabajador, aún del más callado, germina el odio hacia su explotador. Obviamente cuando pueda cobrarle todo lo hará. Será entonces una primicia del movimiento que éste no se estanque en la violencia revolucionaria más allá de lo necesario para eliminar a las instituciones del Estado. Que inmediatamente comience a reorganizar la economía bajo nuevas formas, la distribución de los productos y la eliminación de la propiedad privada. Sin estas condiciones la violencia revolucionaria corre el

riesgo de convertirse en violencia permanente, es decir, violencia absurda... en gobierno.

Es fundamental que se comprenda por los revolucionarios que la violencia revolucionaria es solamente el medio para conseguir la paz y la constitución de una sociedad de hermanos. No perder nunca de vista que la finalidad es la Libertad, y no la violencia. Si, esto es verdad. Pero también lo es que es necesario que la lucha acabe lo más rápido posible para evitar lo que hemos apuntado ya; o sea, la revolución debe ser contundente, eficaz, certera... debe ser profundamente violenta y revolucionaria. Pero como pensamos que la revolución no se hará en un día, debemos pensar así mismo en la resistencia de las fuerzas del Estado. A esas fuerzas debe oponerse una fuerza capaz ⁽¹⁰⁾ no solo de devolver "Golpe por golpe" como decía Juan García Oliver, sino que responda con tres o cuatro golpes a cada golpe del enemigo. Dejar de defenderse y pasar al ataque. No esperar a que las fuerzas enemigas ataquen a la revolución, sino que sea la revolución quien ataque y destroce en mil pedazos los estamentos mismos de la injusticia. Entonces es bastante claro que la revolución social a la que apelamos los anarquistas tiene como característica fundamental una cosa: el enfrentamiento contra las fuerzas del Estado será inevitablemente violento, y la defensa de las conquistas del pueblo serán de las mismas características.

Hay que pensar además en la lucha contra los inevitables elementos que pretendan suplir al antiguo poder: la lucha será entonces la continuación de la realizada contra el Estado. Hay que tener en cuenta siempre que el Estado no es solamente una institución, es también una idea. Y esta germina muchas veces en quienes dicen estar en contra de dicho Estado. Es preciso entonces que, insistimos, la lucha sea implacable contra todo lo que se asemeje al gobierno, ni que sea "provisional". No es que nosotros queramos poner una guillotina en cada plaza para cortar la cabeza a todo lo que huelga a burguesía. Tales métodos no solo no eliminarían

de forma alguna la violencia, sino que crearían una nueva dictadura que emplearía los mismos métodos violentos, pero ahora en contra del mismo pueblo. Pero lo que sí deseamos es oponer todas las fuerzas serias y revolucionarias a todo tipo de dominación.

Los pacifistas a ultranza temerosos siempre de la violencia ven a ésta como un hecho por naturaleza malo. Pero ¿Si una persona me agrede constantemente (como sucede con la explotación del pueblo, su ignorancia y su miseria) y ante su prepotencia no puedo responder sino defendiéndome agrediendo, se puede decir que soy yo el violento? ¿De qué forma puede uno quitarse la mano de encima de un órgano prepotente, acostumbrado a matar, violar y robar, en fin, acostumbrado a pasar por encima de todo? ¿Cómo es que se pretende hacer entrar a razón a personas acostumbradas a actuar de esta manera? En tales casos, como en la revolución social, la violencia está completamente justificada. ¿No les parece compañeros que ya va siendo momento de que nos dejemos de idealismos, de todas aquellas mentiras de que por medio de la paz y de la “Resistencia no violenta” podemos hacer caer a los órganos de poder y las fuerzas armadas a su servicio? “Vaya –dicen los gobernantes- hacen aquello que llaman “resistencia pacífica” ¡Perfecto! Dejemos que se sientan rebeldes, que piensen que nos pueden derribar a soplidos como en el cuento de niños. Si nos cansan un poco o nuestros burgueses se quejan de la “Mala apariencia” o de “Las pérdidas que para los negocios significan” mandamos un ciento de policías a golpearles y que se larguen... total, no responderán a la violencia, será como golpear un muerto. Y menos mal, que cuando se ponen violentos dañan las pertenencias de los ricos, alteran la paz burguesa y tenemos pérdidas millonarias en daños materiales, en turismo y lo que es peor, todo eso va generando el clima necesario y la experimentación necesaria para futuras revueltas que, quien sabe, lo mismo un día no podríamos contenerlas”.

Mientras el pueblo opte por medidas tibias, mientras se crea que eso de la no violencia funciona, los poderosos podrán dormir a pierna suelta sin preocupación alguna. Para nadie es más benéfico el acto de la resistencia no violenta que para el Estado. Sabe perfectamente el Estado la fuerza de que dispone. Y esto mismo le hace estar seguro de que pese a todas las manifestaciones pacíficas, a todos los actos simbólicos y a todos los reclamos, estos son impotentes de derribarle como institución. Pueden generar —es verdad— el clima y la presión necesarios para hacer claudicar a un gobernante... pero serán siempre impotentes para eliminar la institución misma del Estado.

Un Estado puede pasar de llamarse feudalista a republicano, de republicano a monárquico, de monárquico a fascista, de fascista a socialista o marxista... en el fondo de los nombres encontramos siempre la dominación económica, política y social sobre el pueblo. En el fondo encontramos siempre a una élite dominante sobre los millones de súbditos. En el fondo encontramos siempre la autoridad aplastando toda la libertad. Y puesto que como revolucionarios no queremos bagatelas ni reformas, sino la Libertad completa por medio de la eliminación de toda forma de Estado, nuestra revolución es bastante más profunda de lo que pueda serlo cualquier revolución estatista. Nuestra revolución es mucho más radical de lo que pudiera serlo cualquier movimiento que busque el poder, y por lo mismo las características entre una revolución estatista y una anarquista son diametralmente diferentes.

La “Resistencia no violenta” puede servir para conseguir reformas, para expulsar a un tirano de un nombre X, para echar abajo una ley, etc... pero nunca será eficaz para conseguir la libertad. La libertad, como bien dijera Kropotkin, no se mendiga, ¡Se arrebatata! Al decir que por medio de la “Resistencia no violenta” se pueden cambiar las cosas, no se hace sino ponerse a la defensiva, desarmado ante el tirano de enfrente. ¿Cuántas veces hemos visto a

“activistas” que ofrecen flores a los cuerpos de policía en las concentraciones? Emulando a un viejo compañero digo a la par que él “Las únicas flores que derribarán al Estado son las de Mateo Morral”

“Les es imposible a los anarquistas ser pacíficos, aunque quisieran; la fuerza misma de las cosas los impele a la acción. No se pueden soportar las molestias del polizone cuando se ha comprendido lo innoble del papel que representa; no se pueden tolerar las insolencias de un golilla, cuando la reflexión le ha despojado de la aureola sagrada que le rodeaba; no se puede respetar al ricachón que se recrea en su lujo, cuando se sabe que ese lujo se forma con la miseria de centenares de familias. No se puede consentir en ir al cuartel a servir de juguete a los cómitres de los explotadores, cuando se ha reconocido que la idea de Patria no es más que un pretexto y que el verdadero papel que reserva al trabajador es el de degollar a sus hermanos en miseria. Cuando se ve que la miseria es el resultado de la mala organización social, y que la gente se muere de hambre porque otros se atracan y adineran para sus descendientes, no se acepta la muerte en el arroyo. Llega un momento, por pacífico que uno sea, en que a la fuerza se responde con la fuerza, y a la explotación con la rebeldía.” (11)

Sin embargo dicen quienes reniegan de la violencia “La violencia sólo genera más violencia” En efecto, la violencia del Estado genera la revolución violenta. No somos nosotros los que deseamos la violencia: nuestra revolución será violenta como consecuencia, no como hecho primario. En otras palabras, si la violencia solo genera violencia, la violencia del Estado ha generado la violencia del pueblo. Se dice de común que quien es violento ahora lo será después. Efectivamente: vemos que quien es violento por convicción (es decir, por ejercer la autoridad), quienes imponen una economía al servicio de unos pocos, quienes por medio de las armas controlan a las poblaciones, quienes no ejercen otro tipo de dialogo que el de los tiros contra las

reivindicaciones de justicia popular, no tendrán nunca otro modo de funcionar. La conclusión: el gobierno, sea cual sea su nombre, será siempre violento, se cimentará siempre en mil formas de violencia.

No pasa lo mismo con quienes (como los revolucionarios) son violentos no porque deseen ejercer la violencia de forma indefinida y bajo otros aspectos. Estos son violentos como respuesta (como consecuencia y no como hecho) a la violencia insensata y testaruda del poder. La violencia del Estado no tiene un límite: ellos violan, matan, secuestran, golpean, encierran y un largo etcétera de actos por la defensa de los privilegios del capitalismo. Su violencia del Estado no tiene más objetivo que los privilegios.

La violencia revolucionaria tiene un fin y un objetivo. Su fin es acabar con el órgano déspota y expoliador que representa todo tipo de gobierno. Termina cuando es eliminado este órgano de poder. ¿Termina de manera definitiva? Si, la revolución eliminará también los cuerpos armados, ya sean de la policía o del ejército. Habiendo eliminado junto al gobierno la propiedad privada, y poniendo en manos y a disposición de todo el pueblo los medios de producción y la producción misma, no harán falta gendarmes que vigilen lo que será propiedad de todos. La defensa de la zona revolucionaria será responsabilidad de todo el pueblo y no de un cuerpo especializado en las armas.

Pero dirán aún los escépticos ¿En verdad no hay otro camino que el de la revolución? Revisemos la historia y veamos si los métodos pacifistas han sido alguna vez suficientes para derrotar al poder: no encontraremos un solo caso en la historia en el que por medio de la paz se haya eliminado a los opresores de forma definitiva (Ni siquiera temporal; se les ha derribado e inmediatamente se han dado un nuevo verdugo). Se ha cambiado a unos por otros... pero la explotación no ha sido eliminada. Cierto que Gandhi y otros personajes hicieron grandes cosas. Pero sus logros no lograron eliminar de forma alguna la explotación. Bien es cierto que las mejoras no son

para nada desperdiciables. Sin embargo, y en términos de revolución social, no consiguieron eliminar la injusticia sino en una cantidad bastante reducida. Ahí donde los métodos pacíficos han logrado algo, continúa su marcha implacable la explotación. Ha sido siempre el levantamiento del pueblo y el miedo que ha causado en el poder político lo que ha permitido no solo eliminar gobiernos, sino mínimo arrancar ciertas concesiones importantes. Apostar porque solo por medio de los métodos pacíficos lograremos avanzar es caer en el romanticismo más obtuso, poner (antes que ayudar) un dique más a la revolución. Es desconocer por completo la historia y pensar que es posible vivir en este infierno en que el Estado ha convertido la vida.

No es que seamos violentos, o que deseemos ver correr la sangre. No hay nada más triste que la muerte. Pero ante nosotros se nos presenta una vereda de dos caminos: o la paz de los cementerios actual, donde la guerra es hecha a diario contra el pueblo que sucumbe ante los embates de una economía déspota, esclavista y enloquecida de ambición, un Estado que cumple el papel de perro fiel de los privilegios, y una policía y ejército que sostienen con las armas los privilegios... o el camino de la revolución social que eliminará todos esos escombros para sembrar sobre sus cenizas los cimientos de una sociedad libre, justa y de hermanos. Creemos que ante esta disyuntiva es preferible mil veces tomar la segunda opción.

¿Cuándo debemos lanzarnos a esa lucha? ¿Preconizamos hacerlo en estos momentos? Si tuviéramos tal pretensión estaríamos ignorando que cada situación es distinta en cada país, y que las circunstancias (que deben acelerar los revolucionarios) son distintas en cada caso. No quiere esto decir que los grupos armados que existen en muchos países de tendencia anarquista estén equivocados. Pero la insurrección social que destrozará al Estado será un acto del pueblo en sus totalidad, o por lo menos los suficientes para derrotar a las fuerzas del poder.

No incitamos a la revolución armada hoy, sino cuando la fuerza del pueblo lo determine. Cuando el pueblo en su conjunto esté listo y la haga por sí mismo. ¿Cuándo estará listo? Las revoluciones estallan por mil causas, y si dijéramos ahora algo sobre algunas de ellas, estaríamos dejando de lado otras, ignorando el contexto social de cada país.

No podemos dar una fecha del suceso. Nos limitamos simplemente a tomar nota de las características del mismo. Será al pueblo y a la generación que viva ese suceso a quien corresponda ejecutarlo. Sin embargo nos parece que aspirar a una lucha pacífica es idealismo y romanticismo puro. El Estado posee ejércitos, armas modernas, mil y un formas de lucha. ¿Hemos de pensar por ello que el pueblo levantado es impotente para vencerlos? ¡De ninguna manera!

En todos los tiempos y en todos los países el pueblo revolucionario ha puesto en jaque a los mejores cuerpos armados. La educación que hemos recibido desde pequeños basado en las jerarquías nos hace pensarnos impotentes ante el “superior” Rompamos con esa mentalidad. El pueblo es capaz de todo cuando se decide. Ayudémosle entonces a tomar consciencia de su situación y a decidirse a ser libre.

Haz recuento de las cosas amigo lector: nunca has sido libre, no lo eres ni lo serás en tanto exista el Estado; nunca en tu vida has tenido paz. Te violentan en el trabajo robándote el fruto del mismo; te violentan en la escuela adoctrinándote para ser un instrumento servil a los intereses de los ricos; te han violentado toda la vida sumiéndote en la miseria, la ignorancia, la explotación y la desigualdad... ¡Y te predicán la paz! ¿Puedes tú creerte esa mentira?

A los que predicán la alegría en la lucha contestamos que las condiciones en las que nos encontramos no son precisamente las más óptimas para estar alegres. No somos felices, gozamos de ciertas cosas, pero la vida bajo el sistema del Estado es una infelicidad perpetua. No creemos que la felicidad sea posible mientras exista el Estado; predicar que se puede ser feliz pese a todo es indicar a las personas que

es posible la vida bajo el sistema de explotación del capitalismo. Nosotros tenemos una meta diferente: demostrar a las personas que toda felicidad, alegría y libertad serán siempre limitadas (cuando no nulas) en tanto unos cuantos se guarden para sí el derecho a dominarnos.

Por lo tanto no nos amargamos la vida, pero no somos completamente alegres. No deseamos regalar flores a las fuerzas del Estado, ni creemos en la felicidad en la actualidad. No condenamos la alegría, pero tampoco la tomamos como bandera. Estamos furiosos, llenos de rabia. Impacientes porque llegue el día en que el pueblo le ajuste las cuentas a sus verdugos. Los que nos predicán la paz son precisamente quienes nos dominan. Tomar sus consejos y optar por la paz, es optar por remachar nuestras cadenas.

A la vez que sonreímos, esas sonrisas no nos hacen pensar que todo es color de rosa y que la paz es posible en tanto exista gobierno alguno. Nuestra rabia y nuestro odio de clase exigen satisfacción: ajustar cuentas a los órganos de poder causantes de nuestra miseria y de la de todos los que nos rodean. Si has pensado bien las cosas verás que la paz en la actual situación en que vivimos es imposible. Que en la actualidad optar por la paz es optar por el sometimiento.

Comprenderás que si bien la paz entre los pobres es posible y practicable, a los ricos debes hacer la guerra en todos los frentes. Que para ellos no debes tener nunca un pensamiento pacífico, sino hacerles la guerra siempre que puedas con todos los medios que puedas. Que la única forma de diálogo que existe con el gobierno en cualquiera de sus formas es el de su destrucción, y que ésta nunca será posible por medio de la llamada "Resistencia pacífica" Entenderás que cuando haga falta enfrentar a las fuerzas del Estado deberá hacerse. Porque al comprender la lucha no solamente en su aspecto cultural, sino también en su aspecto militante, verás que puesto que te hacen la guerra a diario, tú debes hacerla igualmente. Que esto es una guerra donde los pobres deben pasar al ataque contra sus explotadores, y que en

esa guerra no es posible tener logros con tibiezas o con poemas de amor.

Y si un día ves barricadas en las calles, encapuchados armados con piedras, palos o con lo que tengan, enfrentando a las fuerzas del Estado, te unirás a ellos, pedirás un arma y te unirás a la barricada en contra de la autoridad sea cualquiera que sea. O como mínimo comprenderás que esos encapuchados son tu gente, son tu pueblo. Comprenderás que esa lucha que parece terrible a los ojos de los tibios, no es sino un poema bellísimo que poco a poco dicta la constitución de una sociedad de hermanos. Verás que en esta guerra es preciso abandonar todas las telarañas románticas e idealistas pacifistas que solo benefician al Estado. Harás tuyo el mil veces verdadero aforismo de la AIT: “Paz a los hombres, guerra a las instituciones”, pero comprenderás que si las instituciones deben caer, quienquiera que les defienda no puede ser tu compañero ni tu hermano, sino tu enemigo, pues sostiene el órgano que te explota diariamente a ti y a tus semejantes.

No es posible servir a dos causas: si se está con el gobierno se defienden sus intereses. En palabras más claras, se defienden los intereses del Estado en contra de la libertad del pueblo. Si se está con el pueblo se defiende su libertad, y puesto que el Estado en cualquiera de sus formas es el verdugo mayor de la libertad del pueblo, las fuerzas del pueblo deben mantenerse limpias de la contaminación gubernamental. O sea, se está contra todo lo que huela siquiera de lejos a gobierno.

“Caerán en la cuenta de que al final de esta acción perseverante, tenaz y porfiada, habrán de apelar a la fuerza porque la fuerza sometidos los tiene y porque frente a tu constante acción emancipadora se alzarán arrogante la acción poderosísima de los derechos adquiridos, de los privilegios tradicionales, de las monstruosas desigualdades que hacen imposible actualmente todo acuerdo y toda hermandad entre los hombres. Por doloroso que les sea, por mucho que les

repugne la violencia, por terribles que les parezcan sus consecuencias, comprenderán y aceptarán la fatal necesidad de una revolución profundísima que cambie radicalmente los fundamentos anacrónicos del mundo social, revolución que por el establecimiento inmediato de una nueva y libre comunidad, permita el desenvolvimiento armónico de los individuos y de los pueblos.” (12)

Que cada quien elija su lado: o con el pueblo o con el Estado. No hay término medio. Debemos entonces estar preparados para cuando sea necesario defendernos de quienes con palabras acomodadas y loas a la paz pretenden someternos a sus dictados y a su violencia. Diario te violentan ¿Qué puedes ya perder si ya te lo han robado todo? No importa a donde vayas o qué acto realices: en todos lados encuentras a la autoridad, a las jerarquías, al patrón, al capitalista, al cura, a la moral religiosa dominando la mente de tus semejantes. En todos lados la amenaza de la autoridad, del dinero o del clero está presente. A donde quiera que vayas te violentan.

Existen ciertamente algunos aspectos de la vida que la autoridad, el capital y el clero nunca han podido ni podrán dominar; ahí, en esos pequeños rincones donde entre pobres se realizan los más bellos actos de bondad, justicia, solidaridad y hermandad, es donde la paz es posible, practicable y donde en la actualidad es el único rincón donde existe.

Es preciso entonces que esos pequeños espacios se agranden, que lo abarquen todo. Pero al engrandecerse no lo harán con la suavidad de una nube, sino con la potencia de un huracán: arrasará con todo vestigio de autoridad, de capital y de clero. No dejará piedra sobre piedra de esas nefastas instituciones, las arrasará como si fueran una mosca. El estallido de una rabia contenida durante siglos llegará pese a todo lo que hagan los estadistas de todo linaje para contenerla. Los ejércitos que hoy se creen invencibles, mañana serán barridos sin problemas por el pueblo revolucionario. La burguesía hoy sonrío pensando que lo

tiene todo controlado; mañana no dormiré al escuchar las nubes humanas en las calles prendiendo fuego a sus privilegios. No habrá nada que las detenga. La generación que viva ese suceso hará verdad las palabras de Paulino Pallás al ser ejecutado: “La venganza será terrible”.

La moralidad está corrompida. La libertad es un embuste. La justicia una mentira... Hace falta que la próxima revolución conmueva los cimientos mismos de la sociedad. Una revolución profunda que tras el caos, el fuego y la violencia necesarios haga resurgir de entre las cenizas la constitución de una humanidad regenerada. Que sucumba la moral actual, que se despedace la injusticia que actualmente vivimos, que caiga lo que deba caer.

Tras el doloroso parto de la libertad ha de resurgir una sociedad donde la moralidad, la justicia y la fraternidad se practiquen en toda su profundidad. No temamos al caos, al fuego o la violencia. El caos y la destrucción que vivimos actualmente benefician solamente a un reducido grupo de privilegiados; nuestras miserias y nuestras penas son los cimientos donde se construyen sus riquezas y sus palacios. El caos y la destrucción generados por el alzamiento popular no serán sinónimos de incertidumbre; serán la señal que anunciará la llegada de la regeneración humana. Sus palacios y sus riquezas serán entonces los cimientos sobre los cuales se construya una sociedad libre, solidaria y justa.

El orden burgués tiende a señalar como caos y desorden aquello que se sale de sus manos, aquello que no puede dominar... ¡Que se desborde todo entonces!... creemos ese bello desorden donde no pueden dominarnos. Lo que ellos llaman orden no es sino el centralismo masificado de la esclavitud popular para sus beneficios. Nuestro orden será la completa descentralización de la riqueza, de los medios de producción. Lo que el Estado denomina desorden no será sino muchos ordenes en todos lados. Nada de centralismo, nada de autoridad, nada de jerarquías; el orden descentralizado, el orden donde el poder

no existe, donde la autoridad ha sido eliminada: el orden donde es imposible dominar al pueblo, porque el orden no partirá de un centro, sino que existirá en todos lados sin recibir órdenes de ningún tipo.

Nada en la vida es sencillo, y las conquistas revolucionarias no lo serán tampoco debido a su enorme importancia. Ese caos y destrucción que tanto se teme será el preámbulo de lo más hermoso que la humanidad haya podido alguna vez crear. Porque tras estos hechos no habrán más privilegios, no más leyes, no más desigualdad social, no más sometimiento ni más injusticia. Reinará sobre la sociedad la única forma de sociedad humana donde el ser humano es libre: la Anarquía. Reinarán la igualdad social, la justicia, la solidaridad, la hermandad, la fraternidad, la Libertad, el apoyo mutuo... No habrá ya necesidad de cuerpos adiestrados en el siniestro arte de matar; no habrá ya quien apunte a otra persona para despojarle de sus pertenencias, porque siendo eliminada la propiedad privada el robo carece de todo sentido. No habrá ya que recurrir a la fuerza, porque siendo eliminados los principales puntales de la criminalidad (Estado, capital, clero y autoridad), la sociedad humana se desarrollará de forma libre, solucionando los conflictos de forma pacífica entre seres pensantes.

Y si un día hubiera necesidad de emplear nuevamente las armas, sería contra quienes pretendieran imponerse por la fuerza para crear privilegios. Pero en una sociedad donde la propiedad queda eliminada y con ella el robo y los miles de crímenes que genera; en una sociedad donde habiendo sido desterrada la autoridad no haya otra forma de diálogo más que el del libre acuerdo; en una sociedad donde la ignorancia sea eliminada y con ella los crímenes que en su nombre se cometen (por religión, por celos, por dinero, etc.); en una sociedad, en fin, de seres libres ¿Qué necesidad habrá ya de violencia? Quien fuese violento (nos referimos, claro está, a individuos de la sociedad y no en forma alguna a organizaciones o gente que tratara de combatir la libertad entonces reinante) sería un caso a analizar, porque no

teniendo motivos para ser violento agrede a otras personas, habría que ayudarle en lugar de suprimirle.

La paz entonces será algo real, palpable. Pero de momento, tratar de llevarla a cabo en medio de todos los crímenes horrendos que comete el gobierno, en medio de todas las injusticias que genera, en medio de la esclavitud que padecemos, es hacerse cómplice con el enemigo. Deseando la paz, los pobres deben declarar la guerra a la autoridad, venga de donde venga. La bandera blanca de la paz debe ser guardada para mejores tiempos; es hora de empuñar la bandera negra y combatir con ella a nuestros verdugos.

Dice Kropotkin “Toda revolución está precedida por pequeños alzamientos populares” ⁽¹³⁾ y los alzamientos que vemos en distintos lugares del mundo son los síntomas de esa gran revolución que no sólo hará volar en mil pedazos al Estado, sino que como consecuencia de este acto fundará una nueva sociedad “Sobre las ruinas de todas las Iglesias y todos los Estados” ⁽¹⁴⁾ donde la paz sea verdadera. Fin pacífico al que sin duda aspiramos todos los anarquistas.

Notas:

¹ Carlos Malato. *Filosofía del Anarquismo*, capítulo I.

² Ahí tenemos por ejemplo los experimentos radiactivos que están amenazando a la humanidad; ahí tenemos la posesión de armas químicas que de ser usadas la especie humana correría grave peligro. ¿Piensan en los riesgos que esto puede traer? Puede ser, pero en ellos la ambición de dinero es superior a todo esto. ¿Puede entonces tenerse un tipo de dialogo con seres de esta talla moral? Sinceramente pensamos que no.

³ Este punto es muy controvertido: los marxistas dicen que es a raíz de la cuestión económica que se da la opresión política. En esta lógica piensan que dado la naturaleza del concepto anteriormente dicho, lo que debe hacerse ante todo es atender la transformación económica y la política se resolverá por sí misma. De aquí viene que pretendan primero tomar el Estado y centralizar en sus manos todos los medios de producción.

Los anarquistas pensamos que si bien la cuestión económica es generadora de los privilegios políticos, también es la política la que asienta y sostiene los privilegios económicos; por lo tanto, a la destrucción de los privilegios económicos debe seguir irremediamente la liquidación de los privilegios políticos. En otras palabras: socialización inmediata de los medios de producción a manos no del Estado, que ha de ser destruido, sino en manos del propio pueblo. De esta forma queda liquidada la opresión económica, pero también la política que genera a su vez privilegios económicos.

Si se destruyera solamente la opresión económica y se dejara en pie la política (es decir el Estado), ésta generaría rápidamente nuevos privilegios económicos basados en los privilegios políticos que esto otorga a una clase en especial. Por ello es que ahí donde el marxismo ha triunfado y ha dejado en pie al Estado (al que no piensan en destruir, sino fortalecer mediante la centralización en sus manos de los medios de producción y de la riqueza) éste ha generado en torno suyo una especie de nueva aristocracia, que a su vez ha sido la verdadera dueña de los privilegios económicos que pensaban en destruir. En el texto nos

referimos no a un linaje de destrucción prioritaria de la economía o de la política, sino que las mezclamos. No por ello se ignora lo dicho en esta nota, ni tampoco se olvida aquel viejo lema bakuninista de que “La Libertad política sin la igualdad económica es una pretensión, un fraude, una mentira”

⁴ La comuna de 1871, el fascismo en Italia, el fascismo en Alemania, la guerra en España en 1936, Cuba, China, la misma revolución industrial y los alzamientos que provocó que fueron aplacados a sangre y fuego y un largo etcétera de ejemplos que podríamos citar, pero de los cuales nos abstendremos para no salirnos del tema que nos ocupa.

⁵ “Tres elementos o, si queréis, tres principios fundamentales, constituyen las condiciones esenciales de todo desenvolvimiento humano, tanto colectivo como individual, en la historia: 1º la animalidad humana; 2º el pensamiento, y 3º la rebeldía. A la primera corresponde propiamente la economía social y privada; la segunda, la ciencia, y a la tercera, la libertad.” Miguel Bakunin. *Dios y el Estado*.

⁶ En México durante los sucesos de Atenco y Oaxaca no hizo ni siquiera falta instaurar dichos decretos. Se mató, se violó, se secuestró, se encarceló, se golpeó y se saciaron de sangre los perros armados del Estado amparados en las leyes de la democracia constitucional. Existe en la constitución mexicana (Artículo 29) legalmente la posibilidad de suspender todo tipo de garantías constitucionales y proceder a las orgias de sangre que tanto satisfacen a los gobiernos. Lo dejamos constado no porque creamos en la Constitución Mexicana o en cualquier otra, papel donde se plasma de forma legal la explotación de los pobres a manos de los ricos y gobernantes, lo decimos únicamente como dato. En los demás países existe igualmente dicho decreto... ¡Bienvenidos a la democracia!

⁷ Ricardo Mella. *Del amor, modo de acción y finalidad social*.

⁸ Ricardo Mella. *Ídem*.

⁹ Ricardo Mella. *Ídem*.

¹⁰ Hemos hablado de “Una fuerza capaz” ¿Pretendemos con ello decir que se necesita un ejército disciplinado, jerarquizado y autoritario? Para nada. Esa fuerza capaz de devolver los golpes y pasar al ataque no es otro ejército que el pueblo armado, decidido a terminar de una vez por todas con los privilegios. Hombres y mujeres que han superado el miedo y se enfrentan de manera ordenada (auto disciplinada) y firme a los defensores de la injusticia.

¹¹ Jean Grave. *La Sociedad Moribunda y la Anarquía*.

¹² Ricardo Mella. *Ídem*.

¹³ P. Kropotkin. *La ciencia moderna y el anarquismo*.

¹⁴ Miguel Bakunin. *La comuna de Paris y la noción de Estado*.

El individualismo comunista

“Todos somos egoístas, todos buscamos la satisfacción propia. Pero el anarquista encuentra su mayor satisfacción en la lucha por el bien de todos, por el logro de una sociedad en la que pueda ser un hermano entre hermanos, entre gente sana, inteligente, educada y alegre. Pero el que se adapta, el que está satisfecho de vivir entre esclavos y obtiene ganancias de la labor de esclavos, no es, ni puede ser anarquista.” Errico Malatesta

Introducción al individualismo Refutación de su calificación común

Sin duda uno de los temas menos comprendido en su sentido real dentro del socialismo (libertario incluso) es el del individualismo anarquista. Comúnmente dentro de los movimientos sociales se malinterpreta el individualismo y se hace de él un sinónimo de aislamiento, de egoísmo cerrado y dogmático, de antiorganización, etc. No son pocos los compañeros que al hablar de individualismo lo hacen como si se tratara de algo perjudicial, como algo que debe dejarse de lado poniendo más énfasis en el carácter “comunitario” del comunismo libertario.

Se piensa comúnmente que no se debe prestar mucha atención al individuo tomado aparte, y si más a la organización a la cual pertenece o a la sociedad en su conjunto; o en el mejor de los casos que si bien se debe poner atención en el individuo es a título secundario, no como factor primordial. Se pretende que con esto se consiga una

mejor organización haciendo a un lado todo individualismo y poniendo por encima de todo los intereses generales. Sin embargo poco hay de cierto en esto. Declararse individualista es muy poco agraciado, sea en la organización, sea delante de quienes no tienen nada que ver con el socialismo. Se toma esta denominación como sinónimo de ególatra, egocentrista, seres codiciosos y avaros para los que solo existe el interés excesivo de ellos mismos, capaces de pasar por encima de los demás si es preciso. Comprendido el individuo como parte integrante de una comunidad, como pieza fundamental sin la cual la mejor de las organizaciones (sean estas la sociedad, el sindicato, el grupo revolucionario, etc.) sería imposible, es como debería ser considerado el individualismo.

Es indudable que en tiempos pasados hubo individualistas de todo: desde los que actuaban en contra de todo lo que no eran ellos mismos, los que rechazaban todo tipo de organización, los egoístas cerrados, los que pretendían que el anarquismo era solo una “concepción individualista de la vida” incapaz de una realidad posible, hasta los que eran lo suficientemente conscientes e inteligentes para hacer caso omiso a esas premisas. Max Stirner, quien a mi parecer ha sido el mejor exponente del individualismo como una filosofía de vida, ha sido tan poco conocido como mal comprendido. Se dice que el Duce ⁽¹⁾ italiano fue influenciado por Stirner, que Federico Nietzsche tomó gran parte de su filosofía (lo cual es indudable) del gran individualista alemán, se le adjudica el haber iniciado el autoritarismo por medio de su filosofía individualista y un largo etcétera de cosas. Todo esto no son más que distorsiones y desviaciones claras de la filosofía de Stirner. Quien lea su obra *El Único y su Propiedad* sin apetencias doctrinales ni dogmatismos a priori, comprenderá que toda la obra de Stirner va dirigida contra la alienación del individuo, poniéndole en guardia para salvaguardar su propia libertad cuando esta es amenazada bajo el pretexto de la patria, del Estado, e incluso de la sociedad alienada y de las

organizaciones, que hacen de él poco menos que un suplemento y no un elemento.

Sin embargo, pese a todas las distorsiones que se han hecho del individualismo éste no deja de tener vigencia, tanto hoy como cuando el ser humano por primera vez se asoció entre sí para afrontar las inclemencias naturales. En otro escrito he tratado ya de hacer un trabajo similar hablando del comunismo ⁽²⁾. Creo que si se reivindica al comunismo no como un sinónimo de marxismo, lo cual está a un abismo de ser cierto, sino como una verdadera idea de libertad, muy alejada de todas esas distorsiones que Marx hizo de él, debe hacerse lo propio con el individualismo: reivindicarse su verdadero sentido, quitándole de encima el mote de doctrina aislante, dogmática y cerrada, antiorganizadora, etc., que por tanto tiempo ha cargado. En ese sentido va enfocado el presente texto. Hablaremos así mismo de a dónde creo que el individualismo se dirige. No pretendo que el individualismo es una filosofía de vida “en sí”; por el contrario, creo que el individualismo es solo una parte complementaria de una filosofía social más extensa: el comunismo. “Dígase lo que se quiera, comunismo e individualismo, no son forzosamente dos términos inconciliables, al contrario, uno da fuerzas al otro” ⁽³⁾.

Pero hay otro punto que también merece aclararse, y de cuya tarea trataremos de ocuparnos: el egoísmo propio del individualismo. Trataremos por tanto también de dejar en claro cuál es el único tipo de individualismo que creemos que aceptarían la mayoría de los anarquistas. Porque individualistas los puede haber en todos los niveles de la sociedad, desde los nihilistas hasta los burgueses... pero ese individualismo no tiene absolutamente nada que ver con el individualismo que definiendo tiene cabida en el anarquismo, y son estas características las que trataremos de explicar en las siguientes líneas. Así mismo veremos también cual es la única manera en que se le podría denominar “egoístas” a los individualistas anarquistas.

El individuo y la sociedad

¿Qué es la sociedad? Una pregunta como esta en estos tiempos parecería realmente inútil hacerla; sin embargo es preciso dar una descripción: la sociedad debería ser la agrupación de todos los seres humanos para un mejor funcionamiento de la especie humana. El elemento que permite al ser humano el desarrollo, la inteligencia y la evolución. La consecuencia natural de su naturaleza sociable y el lazo más fuerte para asegurar el bienestar y la libertad a cada uno de sus componentes. El órgano más fuerte donde la solidaridad cobija a todos los elementos que la componen.

Pero antes de pensar en la sociedad hay que preguntarse ¿Es el ser humano un animal que puede vivir en el aislamiento? Si tal fuera el caso todo ser humano podría vivir solo, sin ningún otro elemento humano, sin trabajar en conjunto con nadie, sin necesitar de las creaciones de los demás. En fin, sería tan autosuficiente que para nada necesitaría a cualquier otro individuo, y las grandes ciudades que hoy tenemos no existirían, habría más bien una disgregación de la humanidad por todos los rincones del mundo, arreglándoselas cada quien para superar las adversidades de la naturaleza, así como para producir su propio alimento.

Pero todo ser humano necesita del concurso de los demás para evolucionar, para sobrevivir, incluso para discutir. La presencia, la convivencia con otros individuos da pie al intercambio de opiniones sobre tal o cual cuestión, de donde salen las creaciones o las ideas más avanzadas del momento. Si tomásemos a un individuo aislado seguramente podría crear algo, pues no habiendo nadie que le contradijese ni nadie que le aportara otra opinión rápidamente procedería a crear rudimentarias invenciones... pero que nunca evolucionarían, que nunca se mejorarían con la observación y análisis de otros individuos. Afortunadamente el concurso de otros individuos da pie para que toda creación mejore su funcionamiento e incluso su apariencia.

El arcaico teléfono creado por Alexander Graham Bell (4) no evolucionó por obra de él solo hasta la moderna telefonía actual. Fueron otros muchos los que tomando la idea primaria la mejoraron aportando cada uno lo que mejor podía, siguiéndole otro con una nueva mejora hasta llegar a los modernos aparatos actuales.

Este argumento, la propiedad intelectual y manual de una considerable cantidad de generaciones pasadas de todos los inventos y progresos humanos, echa por tierra (como brillantemente ya lo expuso Proudhon en su ¿Qué es la propiedad?) el derecho a la propiedad que defiende el Estado. ¿Qué derecho tiene una persona a decirse dueña, por ejemplo, de las telecomunicaciones, si estás son el resultado del esfuerzo de una considerable cantidad de individuos que de generación en generación fueron mejorándolas hasta nuestros días?

Todo cuanto haya sido creado por el ser humano pertenece al ser humano en su conjunto. Quien se apropie de cualquier invento o progreso no puede hacerlo sino en la condición de un robo tremendo a toda la especie humana. No digamos ya del latrocinio que representa que haya quienes se adueñen de la tierra, del agua y de otros recursos naturales despojando a los demás de ellos (como hacen terratenientes, multinacionales, gobiernos, burguesía y capitalismo).

La propiedad, como bien dijo Proudhon, es un robo. Descansa sobre el robo a las mayorías para beneficio exclusivo de un nido de ladrones. Y ejemplos como este se centuplican en toda la evolución humana. Por lo tanto todo hombre que desee hacer la más mínima cosa necesita del concurso directo e indirecto de los demás, o en su defecto de las creaciones de los demás individuos. El ser humano es un animal sociable, cualidad sin la cual su progreso cerebral o manual es imposible.

La gran mayoría de los avances humanos han sido la suma del esfuerzo de individuos en mayor o menor grado.

Porque si bien el mérito principal es del individuo, es la sociedad o la comunidad quien mejora el avance. El aislamiento embrutece al individuo, le vuelve un ser anormal. El individuo aislado es impotente para evolucionar como ser humano; el progreso de su especie se engrandece de manera considerable cuando actúa en común con otros individuos. Para engrandecer su pensamiento requiere del intercambio de ideas con otros individuos que a su vez aprenden del pensamiento de éste. Hablemos de los primeros pasos del ser humano en la tierra.

En un principio la humanidad se hallaba disgregada. El individuo, tomado aisladamente, era impotente para hacer frente a las inclemencias de la naturaleza; su asociación por medio de grupos sanguíneos o similares representó un paso muy importante en su evolución. El individuo salido de las cavernas se asoció de manera natural e impulsado por las necesidades con otros individuos con los cuales formó una asociación rudimentaria. No ciertamente de manera consciente. La conciencia en él estaba apenas naciendo, esta unión no se dio por otro motivo que por el de la conveniencia instintiva de lo que dicha unión aportaba. Esta unión se da igualmente en animales no humanos, como las manadas de lobos por ejemplo, que careciendo de consciencia se unen por esa conveniencia instintiva propia de su naturaleza sociable.

No hablamos aquí de una asociación al estilo de la teoría de Rousseau. Tal teoría nos parece no solamente absurda, sino provechosa únicamente a la justificación de un grupo de hombres que se sienten en el derecho de gobernar a los demás. No hablamos nosotros de un Contrato social establecido entre los primeros humanos. Tal contrato del que nos habla Rousseau no pudo haberse realizado puesto que no había en el hombre consciencia de tal acto. ¿Quiere decir esta teoría que el hombre sin consciencia y sin inteligencia aceptó un pacto por medio del cual renunciaba a una pequeña ⁽⁵⁾ parte de su libertad en pos de celebrar dicho contrato? ¿En esas condiciones faltas

de inteligencia el ser humano aceptó para sí y para toda su descendencia la esclavitud salida de dicho contrato (El Estado)?

Dicho contrato supondría entonces el establecimiento de unas normas, estas normas debían tener unos vigilantes que las hagan cumplir, estos vigilantes, pues, tendrían que ser los mejor capacitados en asuntos de dictar leyes y normas, es decir, el Contrato del que nos habla Rousseau lleva de manera directa a la justificación de un órgano central de vigilancia de que dicho contrato sea efectuado: nos lleva hacia la justificación del Estado. No es gratuito que Bakunin se refiriera así a dicho personaje: “J. J. Rousseau representa el auténtico tipo de la estrechez y de la mezquindad sombría, de la exaltación sin más objeto que su propia persona, del entusiasmo en frío y de la hipocresía sentimental e implacable a la vez, del embuste forzoso del idealismo moderno. Se le puede considerar como el auténtico creador de la moderna reacción. Siendo el escritor en apariencia más democrático del siglo XVIII, subsiste en él el implacable despotismo del hombre de Estado. Fue el profeta del Estado doctrinario” ⁽⁶⁾. “El escritor más perjudicial del pasado siglo, el sofista que ha inspirado a todos los revolucionarios burgueses” ⁽⁷⁾

Pero hablo yo sobre una asociación natural de los primeros humanos. Asociación natural, no contrato social. Asociación inconsciente efecto de la naturaleza sociable del animal humano. Esta asociación tomada en su sentido más amplio debería de ser la sociedad. Sin embargo este estado natural en el que el ser humano se encuentra denota todavía rasgos instintivos que no le permiten ejercer la solidaridad de una forma amplia, si bien es capaz de unirse por conveniencia instintiva.

El estado felino y salvaje de la humanidad primitiva – dice Pietro Gori- no es la consecuencia de la libertad natural que gozaban los hombres de la edad prehistórica, sino el efecto de la naturaleza bruta de aquellos hombres sobre los cuales no había pasado la obra lenta y refinadora de tantos siglos de evolución desde un egoísmo bestial hasta el

egoaltruismo razonador, que, si no fuesen las presentes leyes e instituciones de privilegio, haría ya posible una convivencia fraternal de ciudadanos cooperando en el común bienestar por impulso racional de los bien entendidos intereses individuales.”⁽⁸⁾

En efecto, del “egoísmo bestial” existente en las primeras fases de la naturaleza y que como máximo llegaba a la asociación por medio de una conveniencia instintiva, el ser humano, por su naturaleza asociativa y su pensamiento, llega inevitablemente a la solidaridad consciente y libre. Esta solidaridad da paso a una asociación ya consciente (Las sociedades medievales), donde si bien había habido evolución había (y hay aún) un largo camino que recorrer.

Para construir las grandes ciudades a las que hemos llegado fue necesario el concurso de una infinidad de individuos que con sus conocimientos técnicos y manuales dieron forma a nuestras sociedades modernas. Ciertamente, ese concurso al que me he referido no fue un concurso decidido por voluntad de los involucrados. El régimen de explotación sometió poblaciones enteras para la construcción de dichas ciudades. Sin embargo al referirnos a dichas ciudades no lo hacemos pensando en un acuerdo común para crearlas. Nos referimos únicamente al hecho en sí, no a sus características.

¿Qué progreso puede realizar el individuo aislado, cerrado en su mundo, desprendido de los demás individuos? Si el hombre no se hubiera asociado entre sí su evolución habría sido bien difícil cuando no imposible, y nos encontraríamos aun en las cavernas, dispersos cada quien por su lado, sin poder realizar el menor avance. La organización del individuo en la sociedad no es entonces un capricho, no un acto asociativo “porque sí”, sino una necesidad humana arraigada en sus mismos instintos. Aun los más férreos individualistas que afirman que el individuo se basta a sí mismo sin depender de la sociedad se ven forzados a aceptar estas premisas una vez que se profundiza en ellas y en la historia para su confirmación. Se sabe

entonces que el ser humano es un animal sociable y, por lo mismo su vida dentro de la sociedad no es un capricho, sino una necesidad inherente en todo ser humano.

Pero preguntemos ¿Cómo se encuentra el ser humano antes de este acto asociativo, en sus inicios? Hay una cosa que es evidente ante cualquiera que desee analizar la cuestión: todo ser humano es un animal que **por naturaleza** debería tener asegurado el derecho a disponer de todo aquello que la naturaleza brinda a la humanidad: tierra para vivir, alimento, agua, libertad de palabra y de territorio, completa libertad de uso de los medios que le permitan producir su alimento (sin medios de producción dicho derecho al alimento sería una mentira), respeto a su persona, etc. Tal como sucede con las demás animales sociables. ¿O es que acaso entre los leones se cobran algún tributo para cazar? ¿Es que por ejemplo un lobo cobra a otro lobo el derecho a habitar en un lugar determinado? Nos dirán los defensores de la ley “Un león no cobra a otro león el derecho a reproducirse o habitar. Pero es cierto que entre los machos hay una pelea para conquistar a la hembra. Y en los demás animales es igualmente el derecho del más fuerte quien se impone” No dicen estos defensores de la ley que el león no posee la inteligencia del ser humano, que le permite solucionar los conflictos mediante la palabra. Se ponen al mismo nivel de bestialidad que un león.

Al decir nosotros que en otras especies animales no existen leyes ni códigos, a continuación decimos que si tal grado de sociabilidad existe en especies carentes de capacidad intelectual, nuestra especie, al ser animales sociables dotados de inteligencia, somos capaces de vivir sin leyes, sin dioses y sin explotadores sin ningún problema. No nos detengamos entonces en contestar a tan pobres argumentos. No hace falta ser diestro en la jurisprudencia para comprender que lo que da la naturaleza es de uso común, y no de un grupo. ¡Brillante inteligencia la de nuestros jueces, magistrados, abogados y demás defensores de la

ley, que no entienden lo que las demás especies entienden sin necesidad de códigos civiles! Y si lo entienden es entonces peor, porque denota la poca ética que poseen aquellos que se dicen los llamados a dirigirnos y en cuyas manos pretenden que sea justo depositar nuestra libertad.

Evidentemente las diferencias entre nuestra especie sociable y las demás es muy distinta dada nuestra capacidad de pensamiento, lo que nos distingue de las demás especies animales. Sin embargo es cierto que en dichas especies existe un grado altísimo de apoyo mutuo e igualdad ⁽⁹⁾ Véase por ejemplo como en la caza se reparten la presa las hienas y otras manadas salvajes. Como atacan en una organización tan perfecta que sorprende al verlo. Los delfines con el cardumen de peces son otro claro ejemplo de lo que estamos hablando. La asociación de los individuos y sus beneficios es en estos casos ejemplos bastante claros.

Nada de lo mencionado anteriormente, es decir, la tierra, el agua, la vegetación, y todo lo que se desprende de ellas o del proceso de las mismas, puede pertenecer a nadie, pues siendo una propiedad de la naturaleza no puede ningún ser humano apropiarse de ella como no sea en calidad de usufructo. Es de todos y de nadie a la vez. De nadie porque no puede ser apropiado por nadie en base a la justicia; de todos porque todos tienen el derecho, en su calidad de seres vivientes, a disfrutarlos y usarlos en su provecho. Por lo tanto todo ser humano posee un derecho natural a los medios que encuentra en la naturaleza.

Una vez que empujado por la necesidad el individuo se determina a la asociación, se forma una “asociación natural” por medio de la cual se une a otros individuos. Esta asociación viene a ser el medio por el cual se une de manera no solamente necesaria, sino también libre a sus compañeros para ayudarse mutuamente y por medio del cual se forma la sociedad natural. Hemos dicho que es una asociación libre. Al parecer esta palabra queda corta para lo que deseamos decir. En realidad la asociación no es libre, pues la asociación

libre indica algún sentido de inteligencia para apreciar esa libertad y poderla ejecutar.

La asociación, podríamos decir más claramente, es libre en tanto que nadie les fuerza a realizarla. Pero en realidad es una imposición de la naturaleza. El ser humano no es libre en cuanto a la naturaleza se refiere. Sus actos y pensamientos no son otros que los que la naturaleza le impone. En tales condiciones su asociación es llevada a cabo por medio de su naturaleza sociable y no propiamente por un acto de "libertad". Ahora bien, por libertad en la naturaleza debemos comprender el hecho de que siendo el ser humano un producto y un elemento de la naturaleza, la obediencia a las leyes naturales no significa propiamente un acto de esclavitud, sino un acto de acuerdo con sus inclinaciones. Es decir, sometándose el ser humano a las leyes naturales encuentra en esta especie de "sometimiento" el camino por medio del cual es libre.

Esta asociación entonces fue algo forzado por las condiciones naturales del ser humano, pero realizándola fue un acto de libertad. Esta es la única y verdadera ley a la que nos sometemos: a las leyes naturales. Las leyes humanas creación de otros hombres nos repugnan, nos asquean, y contra ellas con toda naturalidad hemos de rebelarnos siempre.

"En tal forma de asociación libre y rescindible, el individuo no abdicaría de ninguna de sus libertades, porque su voluntad, árbitra de mantener o desvincularse del pacto, sería siempre soberana." ⁽¹⁰⁾ Estas palabras de Gori son mil veces verdad. La asociación natural, unión libre de individuos libres (es decir, sin leyes ni gobierno alguno), tendría que ser el medio para que el individuo progrese. Si una vez formando parte de la asociación el individuo ve su libertad robada, su dignidad ultrajada, y sus derechos naturales eliminados, tiene todo el derecho de separarse voluntariamente de la asociación, de la misma manera en que entró a formar parte de ella. Ciertamente con aquello de "de la misma manera" debe entenderse que al salir ya lo

hace no con la misma mentalidad primitiva con la que entró (sea en su niñez o en los primeros pasos del ser humano sobre el planeta), sino que sale ya con la experiencia asociativa (buena o mala) de la que sale, pero lo que es indiscutible es que debe hacerlo manteniendo asegurados los mismos medios naturales para desarrollarse que tenía antes de unirse a la sociedad y unirse (condición fatal de la naturaleza humana) a otros grupos.

En nuestra sociedad actual esta asociación no existe: se encuentra el individuo completamente obligado a vivir en una sociedad que por todos lados le explota, le somete, le aliena; si la justicia no fuera un slogan de muchos para conseguir privilegios por medio de la injusticia, si la justicia fuera real, el individuo tendría la posibilidad de separarse de manera libre de esta sociedad injusta y formar otra con otros individuos afines a él.

Siendo el ser humano un animal sociable al salir de una sociedad donde no encuentra libertad se daría rápidamente a la tarea de realizar nuevas relaciones con otros individuos para formar una asociación distinta de la que salió, en la que todos sus componentes encontrarían realizadas sus aspiraciones conforme sus tendencias. Y estas nuevas asociaciones, al estar compuestas de individuos que buscan algo que en otras sociedades no encontraron, estarían fundamentadas siempre en base a la afinidad, el respeto y la libertad. Pero una vez que nos encontramos en una sociedad como la actual, cimentada sobre la más abyecta violencia, el individuo se ve obligado a vivir en este medio.

¿A dónde ir? Donde quiera que vaya encontrará al patrón que busca vivir de su trabajo, al policía que le obliga a respetar unas leyes basadas en la injusticia, al cura que busca adormecerle el cerebro y hacerlo dócil a la explotación...

¿Le queda alguna salida al individuo? ¿Es libre o es esclavo de un mundo basado en la injusticia y la esclavitud?

En tales condiciones la “libertad” de las que nos hablan los estatistas es una mentira.

Se cree (pretexto común de los Estados para existir) que sin autoridad, dejando a los hombres libres, todos arreglarían sus asuntos a punta de golpes, se destrozarian unos a otros y bien pronto la sociedad se vería eliminada, dando paso al salvajismo. Nada más alejado de la realidad: el ser humano es un animal sociable, sus instintos tienden a la asociación, por naturaleza busca siempre la compañía de otros individuos. Si nos encontráramos en la situación de caer en la desorganización bien pronto todos los miembros de la antigua asociación se asociarían entre si según sus aspiraciones y gustos para formar una nueva sociedad, o muchas pequeñas sociedades que actuarían de libre acuerdo para una relación de respeto y equidad entre ellas. El que los gobernantes pongan como pretexto el peligro de caer en el salvajismo revela que su ignorancia es lo bastante grande para suponer eso. ¿Fue necesario el Estado para que los seres humanos se asociaran y vivieran durante tanto tiempo sin gobierno? Si bien su nivel de vida era diferente al actual (Diferente en cuanto a los múltiples adelantos productivos actuales) su asociación se dio de forma natural, sin autoridad alguna.

¿Se piensa que sin Estado la humanidad se desgarraría, se extinguiría? ¿Se piensa que sin autoridad, sin alguien que mande el hombre es incapaz de vivir en armonía? quien piensa así es porque conoce muy poco la naturaleza humana. Preguntemos ahora ¿Es el Estado el medio por el cual el ser humano puede vivir en armonía, ser feliz y avanzar en su interminable progreso? Un vistazo a la sociedad actual nos daría la respuesta: NO.

En la sociedad actual vivimos miserias, hambres, desigualdad económica, política y social, guerras, matanzas por dinero, violaciones, injusticias si se es pobre y sin trabajo, cárceles y un largo etcétera de calamidades. ¿No es esto acaso lo que se teme que suceda si el ser

humano viviera sin autoridad? ¿Dónde está el progreso, el avance y la felicidad que supuestamente no existiría si el Estado no existiera?

Se nos puede contestar que las ciudades y avances tecnológicos a los que he hecho alusión antes son ese avance y progreso, producto de una sociedad organizada mediante la autoridad. Efectivamente, ha habido progreso... pero a costa de muchos años de esclavitud, y ha sido un avance que ha beneficiado casi exclusivamente a la alta burguesía que mediante esos avances ha logrado explotar todavía más a las masas obreras. ¿Podemos entonces hablar de avances, o expresarnos de forma correcta y decir que son privilegios para unos cuantos?

El Estado entonces no es el medio para asegurar el funcionamiento de la sociedad, sino una plaga que impide que el ser humano avance, que sea feliz y libre. No es una asociación natural ni voluntaria, sino una enorme cárcel donde la cadena es lo suficientemente larga como para poder acudir al lugar de trabajo para enriquecer a unos cuantos privilegiados que viven de tu trabajo.

Ahora bien, si el ser humano es completamente capaz de vivir sin látigo ¿Por qué seguimos sometidos a los dictados de un puñado de hombres que se creen en el derecho de dirigir nuestras vidas? La respuesta es solo una: porque el Estado se impone mediante la fuerza. Porque si el Estado es una necesidad, si es algo natural en el ser humano ¿Para qué esas armas, señores gobernantes? ¿Por qué esos cuerpos organizados de la violencia, ejércitos, policías, etc.? Sabemos muy bien que el Estado no es la sociedad. Que la sociedad es en sus orígenes una asociación natural, y que el Estado es por el contrario un órgano autoritario destinado a esclavizar a la humanidad.

Pero sabemos igualmente que esa unión natural que fue en sus orígenes la sociedad hoy en día está completamente corrompida: la sociedad actual está en gran medida dominada y sometida por ese Estado grotesco.

Muchas veces de buena manera, permitiendo con su pasividad la existencia del Estado; otras (y son la mayoría) mediante la fuerza bruta (o educativa, enajenante, etc.) que los órganos al servicio del Estado ejercen sobre toda la población. Ese fatalismo rojo que indica que el capitalismo muere debido sus propias contradicciones se muestra en la actualidad como una somera mentira: lejos de morir los Estados han encontrado en la tecnología y el entretenimiento (TV, música, etc.), así como en los vicios, las armas necesarias para no solo no sucumbir, sino desviar la atención de las masas explotadas hacia otro lado, menos hacia su propia situación. Podríamos decir entonces que el Estado en lugar de morir se ha rejuvenecido.

Entonces nos encontramos con que si bien no toda, gran parte de la sociedad se encuentra alienada, enajenada y burlada por las tácticas que el Estado utiliza para mantener sometida a la población. Estas tácticas enajenantes crean en las personas una mentalidad sorprendentemente similar en gran parte de la sociedad: la gran mayoría aspiran a tener riquezas, a ser famosos, escuchan la misma música de moda, tienen la misma mentalidad o por lo menos muy similar entre todos. El pensamiento libre de cada uno se ve transmutado al de la generalidad; el ateo, el revolucionario, son vistos como seres extraños, que no actúan “normalmente”, “como todos”.

Negarse a la búsqueda de riquezas, tener una moral libertaria, negarse a ejercer la autoridad sobre nadie es visto como algo raro, cuando debiera ser un acto normal en cada uno... el mundo a veces pareciera estar completamente de cabeza. No son nada sorprendente entonces los prejuicios que la sociedad tiene hacia la sola palabra Anarquía. Las modas juveniles son la más clara expresión de lo que venimos diciendo: son grupos de jóvenes sorprendentemente iguales unos a otros. Parecen sacados de una novela de ciencia ficción: pareciera que los hacen en serie en una fábrica.

¡Ay de quienes no siguen los cánones establecidos de conducta! Serán tachados de “raros”. No adaptarse a la sociedad está mal visto; ser crítico, radical, es visto como algo extraño. Lo que es realmente extraño y preocupante, y que por desgracia no todos ven, es que pocos tengan el valor para romper completamente con los cánones establecidos. En una sociedad tan enferma como la actual, es realmente preocupante adaptarse. Nunca es sano adaptarse a lo corrompido, a lo decadente.

Entonces, en una sociedad de las características que venimos describiendo la razón la tienen comúnmente los individuos. Son los individuos alejados de los cánones comunes que prevalecen en la sociedad quienes empujan a los demás hacia el progreso, hacia la libertad, alejados de todo tipo de dominación. Son los individuos quienes muchas veces deben empujar a “Ese gran cuerpo perezoso” (como decía J. M. Guyau) que es la humanidad hacia el progreso. Son ellos quienes rompen con lo establecido (en el arte, en las costumbres, en la vida diaria) y se rebelan de mil formas contra las normas cerradas. Comúnmente (y ahí tenemos la historia para comprobarlo) los que son enaltecidos por sus contribuciones al progreso fueron en su momento llamados “locos, extravagantes, etc.” Quemados, ahorcados, fusilados, perseguidos, asesinados, o encarcelados, esos “locos” fueron quienes desafiaron las retrogradadas costumbres de una sociedad corrompida por las leyes de la Iglesia y del Estado.

Una de las metas del individualismo entonces debe de ser romper esas cadenas que las mentalidades adoctrinadas sostienen, crear una diversidad de pensamiento basada en la solidaridad y el análisis constante de los asuntos más importantes, alejándose todo lo posible de creer las cosas sin haberlas analizado. Una diversidad de pensamiento sana, basada en la libertad y la equidad. Porque es solo en la diversidad donde existe la vida y la creación; la uniformidad mata la iniciativa, encuadra las mentalidades y les hace fáciles de dominar. Investigarlo todo,

cuestionarlo todo, que lo absoluto sucumba ante el análisis y el cuestionamiento.

Se tiene la manía de considerar a la masa, al pueblo, como una agrupación llena de todas las virtudes, incapaz de equivocarse por el mero hecho de que es la capa explotada de la sociedad. Y si bien esto último es verdad también lo es que las multitudes han servido para remachar su propia cadena de esclavitud. Véase por ejemplo que fueron obreros quienes votaron a Hitler en Alemania; la participación de gente como chivatos en la época del franquismo, y si queremos ser más actuales, véase el número de adherentes del pueblo que poseen los partidos políticos, a veces de las peores tendencias como la ultraderecha. Y no porque la derecha sea peor que la izquierda, ambas son prácticamente lo mismo.

Como se ve las masas son un cuerpo voluble que si bien por su condición de explotadas deberían ser las destinadas a barrer a sus opresores, también son susceptibles de seguirles como un rebaño. En estas condiciones por mucha masa que sean el individuo rebelde y revolucionario tiene la razón.

Podemos decir más a favor del individualismo: hubo épocas en la historia en que los individuos tuvieron que vencer la mentalidad de las multitudes para hacerles avanzar. Galileo Galilei, Roger Bacon, Darwin y otros fueron individuos que hicieron esto. Cuando eran indiscutibles las patrañas de la Iglesia ellos vinieron a desafiar todos los prejuicios y sentaron las bases reales y avanzadas que vendrían a ser demostradas en toda su claridad posteriormente. Siendo individuos ellos tenían la razón frente a las multitudes que les condenaban.

“Por lo pronto señalaremos lo absurdo de la pretensión de que el número tenga nada que ver con la lógica. Muy al contrario, en la larga historia de la humanidad, todos los progresos han sido conquistados en ardiente lucha sostenida por las minorías (...) Galileo era minoría cuando atestiguaba

el movimiento de la tierra; Babeuf, proclamando el derecho a la vida, era minoría, y los anarquistas, que son ciertamente la palabra del provenir, son actualmente minoría” (11).

Es una equivocación grande y nefasta considerar a las masas como una entente infalible, dotada de todas las buenas cualidades. Hacerlo nos hace susceptibles de los peores errores. Por el contrario, el individualismo debe de ser una de las primicias de los movimientos sociales. Individualismo tendente a la asociación de individuos para actuar de conjunto de manera revolucionaria, mostrando la inutilidad del gobierno, y la posibilidad de vivir sin él.

Esa forma de considerar a la masa como el órgano supremo encuentra una similitud en las ideas del Estado (12) donde la condena del individuo ha sido siempre algo característico, a los cuales conviene tomar al pueblo como todo un conjunto, y no como una sociedad de individuos. Esto tiene su explicación lógica: se sobreentiende que si una capa de la sociedad acepta de buen grado el gobierno sobre ellos, la generalidad de la sociedad es “Quien elige a sus gobernantes”. Suposición sumamente falsa, pero que sirve a los gobiernos para darse un carácter legal. Las elecciones son la mejor prueba de esto y para ello pondremos un ejemplo. Supongamos unas elecciones en un determinado país se conforman como mínimo por dos aspirantes a la presidencia (como en EEUU, donde están el Partido Demócrata y el Republicano).

Pues bien, del total de la población que vota, supongamos 1 millón de personas, digamos que la mitad menos uno de los votos van una para una parte y la otra mitad más uno para la otra parte, es decir, casi 500 mil votos para cada partido. Pareciera bien hecha la estafa y sería el acto calificado de una reñida contienda en un país democrático, de no ser porque de ese total de votos hay que contar con que el que gane habrá vencido a la otra mitad de una forma bastante extraña, es decir 501 mil votantes habrán vencido a 499 mil votantes ¿Podríamos decir

en tales casos que es “el pueblo” quien elige a sus gobernantes o que es una estafa a todas luces? Y esto no es de ninguna forma una suposición lanzada sin fundamento: recuérdese que en las elecciones presidenciales del 2006 en México Felipe Calderón ganó apenas por una mínima diferencia, o sea un 0.58% (menos del 1%) ⁽¹³⁾. Además de esto debemos descontar la enorme cantidad de personas que optan por la abstención, los votos nulos, etc. En países como México el nivel de abstención ha alcanzado hasta un 70%... ¿Quiénes son entonces los que realmente elijen al gobierno? Una ínfima minoría, que respalda el gobierno de otra minoría, ya que el gobierno es en realidad minúsculo en comparación con el total de la población.

Ahora pongamos el caso más claro: un país donde no son dos partidos las únicas opciones sino que son 4 o 5 como ocurre en muchos lados: la minoría de la que hablábamos se hace todavía más minúscula. Sin embargo es común que en nuestras sacrosantas democracias se diga que es el pueblo quien elige a sus gobernantes. Y puesto que “la masa” es lo supremo, el individuo es sacrificado a esa pequeña parte de la sociedad que ha elegido remachar su cadena votando, aun cuando esta esté equivocada y su actitud pasiva ante el poder signifique en la realidad una esclavitud multitudinaria.

Vistas así las cosas el individuo que no acepta sobre él el ejercicio del gobierno debe someterse a “la mayoría”. El individuo que se niega a ser gobernado es “antisocial” “tiene un problema” es un “antipatriota” “antidemocrático” “un renegado” “no acepta la decisión de la mayoría”, por lo tanto debe ser perseguido por “alterar la paz social”, que en lenguaje del gobierno significa “destapar la treta con la que se ha engatusado al pueblo” y por lo mismo debe ser encerrado y condenado. ¡Rompe el Contrato social! dirán furibundos los seguidores de Rousseau.

Si se optara por un camino distinto, si el individualismo se reivindicara como doctrina que predica la libertad del

individuo, componente de la sociedad, y al mismo tiempo el respeto a su libertad para organizarse conforme sus tendencias y gustos naturales, el resultado sería tan vasto que los gobiernos quedarían tan fragmentados que su funcionalidad se vería reducida en grado extremo. Podríamos decir incluso que si se hubiera tomado hace tiempo este camino el gobierno hubiera desaparecido hace ya bastante tiempo.

Por todo lo que hemos visto el individuo no solo debe ser una parte importantísima, que nunca debemos olvidar, sino que a cada paso debemos recordar como una parte fundamental de la sociedad; principio de la sociedad sin la cual ésta no sería posible. No olvidamos ni pretendemos hacer olvidar que fuera de la sociedad el individuo tampoco es posible. Despojemos al individuo de la sociedad y tendremos seres anormales, carentes de capacidad para evolucionar; despojemos a la sociedad del individuo, y tendremos una masa mecánica que decide para todos, pero donde la libertad no existe.

¿Cómo resolver este asunto? El individuo debe transformar su sociedad, cambiando en la medida de sus posibilidades su entorno, esforzándose por acabar con la principal causa de que la sociedad siga en decadencia: el Estado. ¿Puede el individuo transformar su entorno? Puesto que somos materialistas enemigos de las fantasías metafísicas no creemos, por lo tanto, en la existencia del destino, de los caminos inevitables, o de los fatalismos históricos. No creemos en la teoría de un Dios que nos trace el camino, ni que los astros nos deparen un destino. Así como tampoco creemos en el fatalismo histórico de que todo llegará como consecuencia de las contradicciones del capitalismo ni otros fantasmas marxistas.

El individuo pese a ser parte y producto de la sociedad, es completamente capaz de transformar a esta. Ciertamente que el esfuerzo no es fácil, pero imposible no lo es. La historia nos demuestra que han existido individuos que sí han logrado transformar no solo su entorno, sino el mundo entero.

Debemos comprender de una vez por todas que no tendremos nada por lo que no estemos dispuestos a luchar; nada nos caerá del cielo, ni nada vendrá por sí solo. Debemos nosotros provocar los acontecimientos, esforzarnos y mediante la voluntad provocar aquello que deseamos. Así como decimos que “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos” que significa que sólo los trabajadores (sin políticos, sin partidos, sin jefes, líderes ni gobierno alguno) pueden conseguir su libertad, debemos decir que sólo la voluntad de los revolucionarios puede crear las condiciones necesarias para el estallido revolucionario: ni fatalismos, ni destinos ni casualidades. No tenemos fe, no tenemos esperanza... ¡Tenemos Voluntad!

Adelante entonces los individualistas, a transformar su entorno, a cambiar las relaciones personales y prepararse para cambiar todos juntos las condiciones de la sociedad toda con la eliminación del Estado. Reivindiquemos al individuo como inicio de la sociedad, y esta será a su vez la libertad del individuo. Ahora bien, respecto de las relaciones de un individuo a otro, es preciso también aclarar ciertos puntos.

El individuo y los demás individuos

Uno de los principales ataques que se dirigen contra el individualismo es “el egoísmo”. A mi parecer hay dos maneras de ser egoísta: la que todos poseemos por naturaleza y las distorsiones que se han hecho de la palabra.

Por egoísta se entiende comúnmente el individuo que solo piensa en sí, aun en perjuicio de la sociedad y de otros individuos. Se pretende que el egoísmo es únicamente esta manera de actuar y que no hay más.

La misma palabra “egoísmo” se tiene por tendencia cerrada, antisocial, aislada... sin embargo el significado real de la palabra “ego-ismo” (proveniente de “ego” es decir, del “yo” como tendencia) indica todo lo contrario.

Pero hablando de la forma equivocada de entender la palabra, ¿Es posible este tipo de egoísmo en el ser humano, por lo menos en la manera en que se suele entender, es decir, como interés excesivo y exclusivo en el propio “yo”?

He dicho líneas arriba que todo progreso humano se debe a la asociación de los individuos o de las generaciones de individuos que aprovecharon las enseñanzas de los individuos anteriores a ellos. Se comprende entonces que si bien una persona puede actuar en determinados casos con carácter exclusivo de atención a su persona, esto no puede extenderse a toda la vida en general. Si tal cosa sucediera el ser humano no solo correría riesgo de extinguirse al desaparecer en él su naturaleza asociativa y por tanto la evolución que esta conlleva, sino que si continuara existiendo sería en un constante regreso hacia las cavernas.

Si todos miraran sólo para sí sin tomar en cuenta a los demás individuos la humanidad correría un grave peligro. Estas distorsiones del carácter “egoísta” no sirven más que a los intereses de quienes pretenden que el ser humano es un animal “por naturaleza egoísta” (en el mal sentido de la palabra) que solo mira por sí y para sí. De esta manera es pintado el ser humano como un animal salvaje, una bestia a la que si no se le domina, se le gobierna, terminaría por destruirse a sí misma. Es claro para el lector que me estoy refiriendo al Estado, que es quien propaga estas ideas para justificar así su existencia.

En la (i)lógica del Estado (y es la que se enseña directa o indirectamente en escuelas, Iglesias, medios de comunicación, etc.) el ser humano no solo no debería rebelarse contra él, su protector, sino incluso estarle agradecido de que impida su autodestrucción... ¡El síndrome de Estocolmo trasladado al total de la población! Y lo más increíble del asunto es que muchas veces esto se lo cree el pueblo. ¿Quién de los que defendemos el anarquismo, o sea la posibilidad de vivir sin autoridad, no ha escuchado que “eso es imposible”?

No se deben estas objeciones ciertamente a un acto reflexivo y razonado del asunto, sino a la castración mental que se realiza en todas las personas desde una edad muy temprana, impidiéndoles ver de mayores más allá de los horizontes de las reformas burguesas y dentro del “marco de la ley” que tanto conviene a los intereses del Estado. Se crea así una mentalidad como la que hemos indicado arriba: el Síndrome de Estocolmo en toda la sociedad. Afortunadamente la naturaleza humana es otra muy distinta.

Pero en un sentido más racional y correcto de la palabra egoísmo ¿Quién no es egoísta en la vida? Desde las cosas más personales e íntimas hasta los grados más avanzados de sociabilidad se hacen en virtud del egoísmo. Si el hombre se alimenta es para satisfacer sus necesidades primarias individuales; si se procura una cultura es también en virtud de un acto individual. Si el individuo cura sus heridas o procura evitarlas, es en interés egoísta de bienestar personal. Incluso las labores que suelen ser benéficas a la comunidad se hacen en virtud del egoísmo: un hombre que entra en un edificio en llamas para salvar a un grupo de críos de la muerte lo hace porque en el fondo siente cumplir un deber moral de su especie. En otras palabras, lo hace por un interés egoísta de cumplir con su deber. Un hombre que participa en la construcción de un puente benéfico a la comunidad sin cobrar un centavo lo hace también por satisfacción personal. ¿Quién no siente esa satisfacción al ayudar al prójimo sin obtener nada a cambio? ¿Quién no ha sentido esa satisfacción alguna vez en su vida?

El chico que conquista a la mujer de sus sueños lo hace en interés de sentirse bien consigo mismo a lado de la persona de su agrado o que ama: lo hace por egoísmo. El bombero que salva la vida de la mujer encerrada en el tercer piso a riesgo de su propia vida lo hace también porque al hacerlo encuentra la satisfacción personal de haber realizado un acto de bondad. La caricia a la persona amada se realiza en virtud de que al sentirse bien ella encontramos en su

bienestar un tipo de satisfacción personal interior. Si me rodeo de amigos es porque su compañía me aporta una cantidad de bienestar o agrado personal. Si amo a mis hermanos lo hago porque el odio hacia ellos me repugna, amarlos me aporta satisfacción personal. Si soy altruista, en el fondo lo hago porque esa acción me hace sentirme bien conmigo mismo ¿Quién podría negar estas afirmaciones?

Esto es el “egoaltruismo” del que habla Pietro Gori en la obra que ya hemos citado. No un egoísmo centralista al que no le importa nada más que si mismo. Ese egoísmo es una práctica autoritaria que daña a la especie. Reconocemos que muchas acciones del ser humano se realizan de una u otra forma en virtud del egoísmo, pero un egoísmo benéfico, que reconoce instintivamente la fuerte ligazón del individuo o del “yo” con la comunidad. Por lo tanto se trata de un egoísmo bueno, natural, social y comunitario.

En este sentido todos somos egoístas. Que el lector piense en todos los actos cotidianos que realiza a diario, y verá que todo lo hace en virtud directa o indirecta de satisfacción personal o de bienestar individual. Y este egoísmo entendido de buena manera, es decir, como un acto que lejos de dividir y afrontar a los hombres les hace hermanarse en la comprensión de un bienestar colectivo que sería a la vez el bienestar de cada uno, es la naturaleza de todo ser humano.

Todo animal al ver su existencia en peligro reacciona violentamente y sin medir las consecuencias, pues sabe que su vida está en peligro y se defiende con todas las fuerzas que posee. Al comprender el individuo que su libertad está por completo ligada a la libertad de los demás, no puede ver en ellos sino al hermano, y luchar con todas sus fuerzas para lograr la libertad de ambos. La comprensión de que la libertad de cada uno está ligada a la de los otros, constituye una antesala a la solidaridad y la fraternidad. Si mi semejante es esclavizado y como nuestras libertades están ligadas, su esclavitud me esclavizaría.

Entonces, solidarizándome con mi semejante, defendiendo su libertad, defiende a la vez la mía.

Este individualismo lejos de hacerles ver mutuamente como enemigos o como objetos de los cuales deben sacar provecho, les hace ver en el individuo al hermano, con el que deben emanciparse juntos pues su libertad de ambos se haya unida inseparablemente por su misma naturaleza. Las palabras y los términos no nos asustan, y no temo en afirmar que este “egoísmo”, lejos de ser una maldición para la sociedad, constituye uno de los pilares sobre los cuales está constituida, pese al régimen estatal que crea en su seno relaciones antisociales ⁽¹⁴⁾.

Ahora bien, acabo de decir que este egoísmo bien entendido es un pilar sobre el que se cimenta la sociedad; este egoísmo lejos de disgregar a las personas en realidad les une. Esta satisfacción personal que encuentra toda persona en la ayuda a sus semejantes les induce a actos solidarios y fraternales; si, en virtud de una satisfacción personal y egoísta, pero lo importante es el hecho, el resultado.

Comprendiéndose de hecho que los actos de solidaridad entre opresores para el ataque a la libertad no caben en estas premisas: atacar la libertad de todos constituye a la vez un ataque a la libertad de uno mismo. Esta solidaridad entre opresores lejos de ser un acto fraternal, lejos de aportar beneficio alguno para el individuo o para la comunidad, es un acto propio de locos, de desequilibrados mentales, de hombres con muy poca comprensión de sociabilidad y con un alto grado de idiocia.

Además hay una diferencia bien marcada entre el egoísmo que aquí estamos defendiendo y el egoísmo del que nos hablan los defensores del poder: el egoísmo que nosotros defendemos es un “egoísmo relativo”. Es decir, un egoísmo que comprende la naturaleza social del ser humano y su fuerte relación para con la organización social. Es en términos claros “un egoísmo humano” Esto es, un egoísmo que es la afirmación de la solidaridad y la hermandad entre

los componentes de la sociedad. El egoísmo que definen los defensores del Estado es un “egoísmo absoluto”, negador de la libertad y la solidaridad, que apunta a la bestialidad, al crimen, al aislamiento, a la existencia de un órgano de poder que regule las relaciones entre los individuos: el Estado. Como puede verse no se deben confundir nunca las ideas originales de algo natural y las del Estado, pues son estos órganos y términos tan distintos como el agua y el aceite.

Regresemos al egoísmo individualista. Este móvil (el egoísmo) por otro lado, al ser un acto de satisfacción personal, se convierte a la vez en un instinto del ser humano. La sociabilidad de las personas es, de esta manera, la necesidad “egoísta” de cada persona que se asocia a los demás a sabiendas que esta asociación les aportará a todos un mayor bienestar.

Ya en otro lado he repetido la opinión de Bakunin acerca de que “Yo no puedo ser libre mientras los demás seres no lo sean también”. Tomado esto con respecto del individuo, puede decirse que el individualista racional sabe que su libertad depende del grado de libertad de su entorno. Procurando la libertad ajena obtiene a la vez la suya. Si su entorno es el de los esclavos, su libertad queda anulada. Si su entorno es de hombres libres, a la vez obtendrá él su libertad. Se halla de esta manera el individuo irremediabilmente ligado a la comunidad, y la comunidad al individuo.

Como individuo formo parte de un organismo social llamado sociedad humana. Al hablar de individuo y sociedad no hablamos de dos cosas antagónicas. Como individuo cuento, pero formo parte de la sociedad, y dañando a la sociedad me daño en cierta forma a mí mismo. Es como si mi mano izquierda hiciera daño a la derecha: aunque independientes, ambas forman parte del mismo cuerpo.

El individualismo entonces, tomado en un sentido racional y revolucionario, es una tendencia consciente de que al ser el individuo parte integrante de una comunidad sin la cual no puede subsistir, la libertad de la comunidad es

la del individuo; es la tendencia a procurar la libertad y el bienestar de todos, sabiendo que en ello el individualista obtiene a su vez su libertad y su felicidad. El individualista tiene para con los demás individuos, no la actitud de tratar de sacar de ellos “la mayor ventaja” ni de “ver para sí mismo”. Estas desviaciones del individualismo no son más que exageraciones que no comprenden la naturaleza asociativa del ser humano. Que busquen crear una gran máquina de engranajes incapaces de pensar por sí mismos y por lo mismo, más dóciles para ser gobernada por el puñado de sátrapas que están en el poder.

El individualista racionalista tiene para con los demás miembros de la sociedad el comportamiento asociativo en bienestar de todos. Propone en su comportamiento diario la asociación de individualistas ⁽¹⁵⁾, es decir, la organización con los demás individuos para conformar una organización revolucionaria contra todo tipo de dominación instaurada o que pretenda instaurarse, que quite o pretenda quitar la libertad al individuo y su órgano más fuerte: la sociedad. Esta organización de individualistas (o de “egoístas”, para emplear las palabras de Stirner) lejos de ser un atentado a la libertad del individuo es la afirmación de su libertad para asociarse.

Contra los individualistas que afirman que toda organización somete al individuo, nosotros respondemos que es sólo la libertad asociativa del individuo la que le hace libre; formando organizaciones con los demás individuos el individuo ve multiplicado su esfuerzo y más cercana su libertad completa. Conquistada esta, es también en la organización donde el individuo ve multiplicado su esfuerzo para la libertad colectiva y propia a la vez; es en la organización donde el individualista racionalista ve libertados a sus hermanos y a la vez, ve multiplicada hasta el infinito su libertad, en unión fraterna con los demás individuos.

¿Puede el individuo ser libre fuera de la sociedad? Sin duda puede por un determinado tiempo, pero esa no es su naturaleza. Siendo un animal sociable no puede vivir fuera

de una sociedad, ni que esta sociedad sean 3 individualistas que se hayan alejado del resto de la población. Al estar juntos forman un grupo, una pequeña sociedad. Quien desee la libertad fuera de la sociedad no puede hacerlo sino rompiendo con su naturaleza (cosa imposible) y alejado de todos, solo en la punta de una montaña.

En resumidas cuentas, el individualista mira a los demás individuos como hermanos suyos, con los cuales podrá proteger su libertad de amenazas que puedan presentarse a la misma. El individualista no ve en los demás individuos un pensamiento o una actitud en contra de sus intereses, por los cuales habrá de mirar siempre antes de pensar en los demás, llevándole esto al ataque a todo aquello que represente asociación, aunque esta sea voluntaria. Muy por el contrario. El individualista racionalista lejos de ser un ser antisocial, disgregado, aislado, es el ser más sociable, más organizativo, porque sabe que de la libertad de su entorno depende su libertad individual. De la libertad de los demás individuos depende la suya propia; asociándose el individuo, cada uno encuentra su libertad, y conseguida esta todos los componentes de la asociación son libres, rodeados de individuos igualmente libres, que confirman con su libertad la libertad de cada uno.

Queda también hablar sobre el libre acuerdo de estos individuos para la convivencia diaria. Soy consciente de que dichas relaciones si bien tienen su más firme apoyo en la comprensión de la naturaleza sociable del individuo, presentaría el problema (¡Tan complejo para tratarlo en un espacio tan corto!) de las posibles disensiones entre uno y otro individuo. Sin duda nuestra naturaleza apunta a ser seres sociables, pero para una “armonía” entre todos los individualistas hace falta algo más que nuestra simple naturaleza. El ser humano es un animal cuya conducta se determina dependiendo del ambiente donde se desarrolle ⁽¹⁶⁾.

Al llegar al mundo es un ser que si bien tiene ciertos rasgos de personalidad, no puede decirse que esta sea ya la definitiva, crece sin tendencia alguna hacia ningún tipo

de actitud. Puede ser una persona sociable, amable, cariñosa y solidaria; o puede ser un huraño, rencoroso, lleno de odio, poco amigable y ególatra.

La naturaleza no se ocupa de dar a cada individuo una conducta determinada por naturaleza. Esta conducta se crea a partir de una multiplicidad de causas, pero es el ambiente quien lo determina en mayor grado. En los lugares donde reina la miseria, la ignorancia y la violencia sin sentido difícilmente podremos encontrar (¡y sin embargo los hay!) seres de características distintas; en ambientes culturales encontraremos personas cultas y refinadas; en lugares de diversión encontraremos personas alegres, etc., etc. Freud ha demostrado esto con toda claridad, y poco podríamos ya añadir a lo dicho; Ricardo Mella también ha hecho una excelente demostración de este concepto pero en el sentido demostrativo de cómo la sociedad podría funcionar sin la intervención del Estado, y tampoco cabría añadir nada al mismo ⁽¹⁷⁾.

El hecho de que un ser humano posea un cuchillo no lo inclina necesariamente a algo. Puede usarlo tanto para cocinar como para convertirse en asesino múltiple. La tarea de los anarquistas consiste entonces en romper con ese ambiente que le rodea y que difícilmente será el de personas libres. Llevando los conceptos de fraternidad, libertad y solidaridad deben comúnmente luchar contra el ambiente de degradación y podredumbre donde crecemos.

Este rompimiento no se da de forma “natural” ¡La naturaleza no se ocupa de nuestros bellos actos ni de nuestras miserias! Para romper con lo que debe romperse no hay más que un solo medio: la voluntad.

La naturaleza no reconoce nuestros problemas. Ella no tiene consciencia de que los seres humanos necesitamos una armonía social. Ella nos ha creado de forma que podemos actuar de forma buena o mala según nuestra concepción de lo bueno y lo malo... ¡Pero ella no reconoce ni lo bueno ni malo! Reconoce simplemente hechos, nada más. Entonces nuestra búsqueda de esa armonía entre

individuos no debemos buscarla en los métodos puramente naturales. Nuestra sociedad libre y en armonía entre individuos no será esa “armonía” pensada por algunos compañeros y que definen como “Armonía natural”, con conceptos como que la anarquía es “La armonía con la naturaleza”.

En realidad tal aspiración es un imposible, porque ya hemos dicho que la naturaleza no tiene consciencia, y por lo tanto no podemos siquiera pensar en armonizar con ella. Armonizar con la naturaleza implica el hecho de que ambas partes estén de acuerdo en dicha armonía y que la deseen. Ciertamente que hay algunas cosas en las que la armonía es resultado a veces de cosas que no tienen ningún tipo de consciencia; pero estos son casos aislados, no podemos asimilar tales armonías con la que supone la relación Especie humana/Naturaleza. La naturaleza nos manda terremotos, huracanes, tormentas, y demás catástrofes que mientras para la naturaleza son sólo uno más de sus actos, para el ser humano representan la mayoría de las veces cosas desastrosas. Por lo tanto la armonía con la naturaleza no puede sino ser únicamente nuestra comprensión de la misma y adaptarnos nosotros a ella, y no ella a nosotros, lo mejor que podamos.

Hemos dicho líneas antes: “Es decir, sometiendo el ser humano a las leyes naturales encuentra en esta especie de “sometimiento” el camino por medio del cual es libre.” Estos conceptos aplican únicamente a la relación de la Especie Humana con respecto de la Naturaleza. Aplican exclusivamente aquí porque hemos dicho que la Naturaleza no posee consciencia ni lenguaje, y es imposible siquiera dialogar con ella. No ocurre lo mismo con los miembros que conforman la especie humana: estos poseen en su totalidad un grado de consciencia suficiente y un lenguaje para poderse entender. Por lo tanto aquí la relación no debería de ser para nada el sometimiento de unos a otros. Porque si poseemos un lenguaje y un grado de consciencia la solución es necesariamente otra.

Si nos debemos adaptar lo mejor posible a las condiciones naturales, en las relaciones entre individuos no puede haber sino una sola solución para organizarse: puesto que la armonía entre individuos no se da de forma “natural” debemos nosotros propiciarla por medio de la voluntad.

La comprensión de nuestra naturaleza sociable, así como de los beneficios que nos trae la unión, debe coronarse con la voluntad de organizarnos de forma que no haya ni quien domine a quien, ni forma alguna de que el abuso sea posible. Solamente proponiéndose objetivos claros como estos es como el hombre encuentra no una armonía entre individuos, sino un equilibrio social ⁽¹⁸⁾ por medio del cual, pese a los posibles problemas, estos encuentran la solución en los individuos mismos.

El individuo y la organización

Ahora bien. Hasta aquí he mostrado mi concepción del individualismo en una manera racionalista, según mi opinión. Pero ¿Qué hay del individuo en la organización? Más claramente ¿Cuál es su papel, como se desarrolla y qué actitud debe tomar la organización revolucionaria hacia el individuo?

Creo haber explicado de manera rápida en las líneas anteriores que el individuo ve en la organización la conjunción de diversas voluntades individualistas con miras hacia la libertad completa de todos y de cada uno a la vez.

El individuo, una vez comprendido que la organización lejos de ser una enemiga es la aliada más fuerte del individuo, no debería más que hacer todo lo posible por constituir o formar parte de la organización; revolucionaria en la actualidad, organizadora en un futuro cuando el Estado haya sido aplastado.

Desde la cosa más pequeña hasta la más grande se forma a partir de pequeñas partículas u organismos que conforman el cuerpo final. La organización revolucionaria

anarquista no escapa a esto. Toda organización por grande o pequeña que sea está conformada por individuos que le dan vida.

Comprendido esto se entiende que es el individuo quien con su adherencia da vida a la organización, y que a cambio esta le brinda al individuo la herramienta para emanciparse y ser libre. Si hablamos de la organización humana más amplia, la sociedad, está formada por individuos, pero estos a su vez están naturalmente sujetos a la sociedad. En una organización revolucionaria ocurre algo de manera similar. En la sociedad, si despojamos a la sociedad del individuo tendremos robots obedientes que siguen a ciegas a sus líderes, pero que no piensan por sí mismos; si despojamos al individuo de la sociedad, tendremos seres aislados, anormales, impotentes para evolucionar. Si despojamos a la organización revolucionaria del individuo, tendremos una burocracia, un partido político donde los componentes son solo la materia prima, pero no seres libres; si despojamos al individuo de la organización tendremos seres aislados, impotentes de hacer verdad la realización de la libertad a la que aspiran.

De esta manera, individuo y organización, individuo y sociedad, son cosas complementarias, cada una de las cuales no puede subsistir sin la otra si quieren alcanzar la libertad y el progreso. Líneas arriba me he referido ya al individuo y su relación con la sociedad. Pongamos por tanto más atención a la relación del individuo con la organización revolucionaria.

Es común a muchas organizaciones tomar al individuo como un asunto secundario y dar prioridad a la organización. Muchas veces el individuo se ve sometido a “la mayoría”, y se pretende con ello que al optar por la opinión de la mayoría se haga justicia. Nada más equivocado.

De manera similar con las elecciones, las mayorías no siempre tienen la razón; a veces la tiene el individuo que es sometido a la mayoría. En tal caso sobre el individuo se

impondría la ley numérica, pero no la justicia, se impondría la fuerza y no la razón. Estos procedimientos pueden muy bien ir con órganos autoritarios. Pero en una organización anarquista esto es inadmisibile.

A la táctica de las mayorías que aplastan a las minorías, oponemos el consenso libre de todos los individuos que forman la organización: el agotamiento asambleario de los puntos de disensión hasta llegar a un acuerdo, y nunca a una imposición. Sabemos perfectamente que el consenso es un trabajo más arduo que optar por lo que diga la mayoría. Sin embargo creemos que el consenso debe ser aplicado hasta donde las circunstancias lo permitan y hasta donde sea posible. Si en determinados casos el individuo ve la urgencia de la situación y de voluntad propia acepta acuerdos con los que no está por completo de acuerdo, esto tiene que ser, como acabo de decir, de manera voluntaria. Sería ridículo suponer que puede haber consenso donde tomar una decisión rápida puede influir en determinadas condiciones de emergencia. En este caso, aunque no estemos de acuerdo y si es por el bien común, nuestra conciencia nos aconseja ceder en bien de todos. Así como la organización debe asumir su responsabilidad de vigilar por el bienestar y respeto del individuo, el individuo está también en la condición de vigilar por el bienestar de la organización; de esta manera si nuestra conciencia nos dicta que en bien de todos debemos ceder, entonces lo haremos, aunque a disgusto, pero también contentos de haber hecho el bien a la organización. Obvia decir que en tales casos ceder significa abstenerse.

Esto no quiere decir de ninguna forma que demos un carácter invulnerable a la organización, de ninguna forma. Hacemos el bien de la organización porque la organización somos nosotros mismos. Pero si en un determinado caso la organización pretende pasar por encima de mi libertad y de la justicia, mi sentido de justicia me indica oponerme a tales pretensiones. Ni que sean quinientos contra el

individuo, si el individuo ve la Libertad y la Justicia ultrajadas debe oponerse con todas sus fuerzas a tales actos, aún contra la mayoría.

Pongamos un ejemplo para demostrar los beneficios del consenso. Supongamos un debate entre dos personas. Una de ellas es muy cerrada, no acepta más ideas que las suyas o semejantes a las suyas. La otra es más abierta, está dispuesta al debate, al intercambio de ideas y dispuesto a aceptar las ideas ajenas siempre y cuando estas le sean demostradas y sean justas. Imaginemos un debate acerca de cualquier tema. La persona cerrada no cederá en sus opiniones, aun cuando se le demuestre que está equivocado no dejará de tratar de convencer a la otra persona de que sus ideas son justas. La otra persona sabe bien que tiene la razón, aun pese a la insistencia del dogmático. Si este último continua insistiendo, por cansancio, por agobio, porque ve que ese debate no lleva a ningún sitio, que la otra persona es demasiado dogmática, terminará por ceder sin ganas, por mejor cortar el tema diciendo al otro “Si, sí, todo lo que tú digas”. El dogmático habrá ganado, pero no de buena manera. Habrá vencido, pero no convencido.

Hagamos que una persona entienda nuestras ideas, que las acepte no por la fuerza ni por la fuerza de la mayoría, por la fuerza de la violencia física o de lenguaje, no por la insistencia necia y tozuda que agobia a los demás y les fuerza a aceptar las cosas por cansancio.

No, ese camino no debe ser el de los libertarios. Nosotros tomemos el camino contrario, que nuestras ideas sean aceptadas por convicción, aunque nos tardemos más. Hagamos que nuestras ideas se acepten porque son mostradas claramente. Hagamos que dentro de las organizaciones el consenso de las ideas sea de manera voluntaria, demostrando a los reacios la verdad de nuestras ideas, y veremos que la organización no sólo avanza, sino que es cada día más fuerte. Porque sus miembros no son robots al estilo de los partidos políticos comprendiéndose aquí hasta los más rojos,

que aceptan el camino que les marcan los líderes o las mayorías. No, en una organización donde el consenso sea una premisa, donde se ponga siempre por delante de las mayorías, sus miembros serán individuos convencidos de lo que aceptan, serán una organización fuerte porque cada uno sabe lo que se hace en conjunto. No harán falta los líderes o los iluminados, porque lo que uno piensa lo piensa el de al lado, porque el consenso les ha hecho estar convencidos del camino que toman.

Así la represión exterminie o encarcele a quienes consideren los cabecillas, los demás continuarán el camino hacia la revolución porque, formados en la autodisciplina y la conciencia plena de lo que buscan, sabrán continuar el camino por sí mismos.

¿Por qué? ¿Qué es lo que pretendemos como libertarios? Ante todo la eliminación de todo tipo de gobierno. Pero para que esto suceda debemos antes demostrar a las personas que se puede vivir sin gobierno, que se puede gobernar cada uno a sí mismo. Hacer inútil la existencia de todo gobierno, eliminar el pretexto de la “necesidad” de la autoridad. Porque muchas veces el problema más grande de los anarquistas no es que nuestro pueblo sea gobernado, sino que éste se deja gobernar. No es muchas veces el problema que algunos puedan mandar, sino que los demás obedezcan. Solo cuando el pueblo (o por lo menos una parte lo suficientemente fuerte para derrotar al Estado) se dé cuenta de que el capitalismo y el Estado no es más que un grupo de vividores que para nada son necesarios y que hay formas diferentes de organizarse, entonces veremos a nuestro pueblo levantarse y aplastar como un solo hombre a sus explotadores y sus protectores: el Estado.

¿Qué es lo que debemos hacer entonces? Que cada persona aprenda a gobernarse a sí misma. Que lleven a la práctica cotidiana (en sus escuelas, trabajos, amigos, etc.) las ideas del anarquismo y la organización militante. De esta manera todo tipo de dirigencia es absurda, porque teniendo todos los componentes de la organización o de la sociedad

claros los objetivos que se buscan, los líderes son innecesarios ¿Para qué se necesitan líderes ahí donde todos buscan lo mismo? Un movimiento donde los líderes son necesarios es un objetivo fácil de eliminar para el gobierno: comprar o matar al líder significa córtarle la cabeza al movimiento.

No ocurre lo mismo cuando todos los miembros del movimiento saben lo que quieren y luchan todos por lo mismo: podrán intentar cuanto quieran, pero no hay forma de eliminar al movimiento como no sea eliminándolos a todos. Cosa que no es nada sencillo o que es mucho más difícil de hacer.

Lograr un movimiento así no es fácil, pero es hacia donde debemos ir. Por ello es que la ética anarquista es algo de suma importancia, porque si es importante luchar, pero lo es también que a nuestra vida diaria llevemos la práctica del anarquismo ⁽¹⁹⁾; porque viviendo fuera de las leyes del gobierno, eliminando su influencia sobre el mismo, el pueblo da pasos importantes hacia su libertad.

Se sabe ya que los anarquistas no deseamos ser ni aconsejar convertirse en “libertadores”, sino que cada persona aprenda a liberarse a sí misma.

Avancemos entonces en ese sentido. El consenso, el hacer que cada persona sepa el camino que toma y el porqué del mismo, hace que cada individuo sea responsable de las decisiones que se toman, que si algo se decide es porque toda la organización está de acuerdo. De esta manera no solo las dirigencias son absurdas, sino que en nuestra vida cotidiana de militantes aprendemos a vivir esa vida anárquica que deseamos para todo el pueblo y también mantenemos esa relación de respeto entre individuo y comunidad, fortaleciendo de manera considerable la fuerza organizativa de la organización.

La organización, creación de las distintas voluntades que la conforman, debe ser a la vez la expresión de la sociedad libertaria propugnada por quienes en ella convergen; si la organización deja de lado al individuo y mira tan solo por ella, los militantes son absorbidos por la

organización: ya no hay libertad en ella, sino un objetivo que puede ser o no acorde con las aspiraciones de los individuos que la forman.

Como individuo formo parte de la organización porque ella es la unión de individuos que la conforman de manera voluntaria, libre, para beneficio de todos sus componentes e incluso de quienes no formen parte de ella, en un futuro próximo. Pero si la organización me somete, si no cuento dentro de ella más que como materia prima, si dentro de la organización encuentro mi opinión sin validez alguna, si todo se rige por vía de un jefe, de un líder, en ese momento la organización cesa de ser lo que yo deseaba, se convierte en un partido político, en una dirigencia de rebaños de la que no quiero formar parte, y es mi deber como anarquista separarme de tal organización y buscar los compañeros más afines para formar una nueva, que sea distinta a la que acabo de abandonar. La tendencia humana hacia la sociabilidad me empuja a formar una nueva organización, pues está en mi naturaleza el ser sociable, organizarme.

Hubo individualistas que veían en todo tipo de organización la amenaza a la libertad, y preferían la desorganización, pensando que así escapaban a la autoridad. Nada más equivocado. Es en la desorganización donde el poder del Estado cimenta su justificante a existir; es en la desorganización donde el individuo es más débil al tener que combatir solo. Es en la desorganización donde los jefes asoman las narices, pretendiendo ser indispensables para reparar la situación. Se confirma así el viejo dicho que dice "Divide y vencerás". Lección que el poder ha aprendido muy bien.

Por el contrario, la organización de los individualistas les hace fuertes, unidos hacen mucho más difícil la creación de los jefes. Por individualismo no solo debe comprenderse la defensa del individuo frente a la absorción de las mayorías o de las organizaciones centralistas. Por individualismo revolucionario debe comprenderse también que antes de

proceder a revolucionar la organización, sea esta la organización revolucionaria o la sociedad, el individuo se debe revolucionar interiormente, individualmente. De nada serviría predicar a las personas la cultura si nosotros mismos no hacemos lo posible por evolucionar mentalmente; en vano sería predicar la solidaridad a las personas si luego en la vida cotidiana nos manejamos autoritariamente. De nada serviría predicar la libertad individual si luego nos dejásemos guiar por un jefe o si aspirásemos a convertirnos en uno.

Una organización formada por individualistas revolucionados interiormente no permitiría de ninguna manera la instauración de ningún tipo de jefe ni dirigente alguno. Conscientes de su deber para con la revolución, de la seriedad del asunto, evitarían todo lo posible dejar en manos ajenas la responsabilidad de ejecutar lo que a ellos les corresponde.

La organización entonces muy lejos de ser una amenaza a la libertad del individuo, representa su más firme apoyo, la aplicación del esfuerzo individual en conjunto trae consigo la multiplicación de las fuerzas, haciendo imposible la dominación sobre las personas que comprenden estas cosas. Organizaciones así, con individuos revolucionados interiormente, es una necesidad urgente del anarquismo; no porque no haya individuos revolucionados interiormente, sino porque esa es una necesidad que siempre habrá entre nosotros.

Todo partido político autoritario puede muy bien formar una organización donde el individuo no valga nada; siendo autoritarios sus procedimientos van acorde con sus ideas. Dentro de un partido, como el individuo no cuenta individualmente, puede fácilmente ser un acarreado que no tenga ni idea de lo que busca la organización o que la tenga muy reducida. Véase por ejemplo la gran cantidad de acarreados que engrosan las filas de los partidos políticos, que les hablan de socialismo o de democracia a sabiendas que sus afiliados apenas tienen noción de lo que estos términos significan.

Estas organizaciones, puesto que su aspiración más grande es la conquista del poder, tienen la necesidad de hacer ver a sus afiliados que sin los dirigentes no son nada; que sin el gobierno no podrían vivir cinco minutos. Convierten así al individuo en un engranaje más de su organización, donde no vale nada.

Pero las organizaciones anarquistas son diferentes: puesto que aspiramos a la eliminación del Estado, hacemos todo lo posible por mostrar a las masas que los gobiernos y los dirigentes no solo no son necesarios, sino que son una plaga de la cual deben deshacerse. Que es en ellos mismos (en el pueblo) donde residen las fuerzas necesarias para hacer marchar la economía y los medios de producción sin necesidad de mandamases. Sabemos que no se puede destruir la maquina estatal para no reemplazarla con nada. A la máquina del Estado que organiza la economía para beneficio exclusivo de unos cuantos, oponemos la voluntad del pueblo para organizarla en beneficio de todos sin excepción. A los rebaños humanos de los partidos políticos oponemos la responsabilidad de cada individuo revolucionado. En pocas palabras: aspiramos a que cada persona pueda gobernarse a sí misma, haciendo de esta manera añicos esa teoría a cerca de la *necesidad* del Estado.

El individualismo en la economía

Ahora bien, hablemos del individualismo en el aspecto económico. ¿Se puede ser individualista en un régimen de colectivismo anarquista, de comunismo, de mutualismo o, viendo otras tendencias económicas, en el capitalismo? Sí, en todas se puede ser “individualista” ¿Pero de que individualismo hablamos aquí?

En el capitalismo el individualismo no es un individualismo tendente hacia la comunidad, sino un individualismo del “sálvese quien pueda” donde cada quien debe buscar llevar agua a su molino. Nada tiene que ver con el concepto de egoísmo que

manejamos líneas arriba. En el capitalismo no se es individualista, ni egoísta, sino ególatra.

Hemos ya dicho que la palabra egoísmo se compone de dos palabras, del ego o el yo, y del ismo, que forma el sustantivo, es decir ego-ismo, o profesión del yo. La palabra egolatría también se forma de dos partes: ego-latría. Hemos ya visto lo que es el ego. Latría significa la adoración, reverencia y culto de algo. La egolatría significa entonces el interés único y exclusivo del yo. Esta economía ególatra hace que las personas viviendo en un régimen donde el capitalismo les hace pagar el precio de sus contradicciones, se preocupen en ciertas ocasiones en interés único de sí mismos. Esto es la competencia desenfrenada provocada por el capitalismo y sus efectos. Este “individualismo” ególatra no es lo que deseamos.

En el colectivismo y en el mutualismo no ocurre lo mismo. La economía sería tomada por los propios productores, y serían ellos mismos quienes harían funcionar la economía. Sin embargo ocurre que se sostendría cierta reticencia a la socialización total. Pero pudiera también ser que simplemente no se esté al alcance de las más modernas formas de producción ⁽²⁰⁾, por lo que aunque la socialización fuera total, la abundancia no sería posible. Y se sabe que ante las privaciones suelen salir a flote los instintos más primitivos del ser humano. La envidia, la codicia y la egolatría hacen acto de presencia, y con ello los tropiezos para este tipo de organización.

Sólo en el comunismo anarquista hay la abundancia necesaria y los medios de producción adecuados para que cada individuo al entrar en la sociedad encuentre los medios de desarrollo necesarios tanto culturales como manuales para desenvolverse.

Si hemos ya comprendido que como parte integrante de la sociedad me encuentro inevitablemente unido a la suerte de los demás individuos, habremos comprendido que sólo en una sociedad donde todo sea de todos, donde el

producto del trabajo no beneficie a nadie en particular sino a todos en general, donde mi libertad se vea reflejada en la libertad de la totalidad de la sociedad, donde la esclavitud económica no exista, donde la miseria no amenace a uno solo de la sociedad, ahí, y sólo ahí, el individualismo comunista se expande hasta el infinito. Apoyo, deseo, amo, lucho y busco la prosperidad de la sociedad consciente de que encontrándola yo también me hago prospero.

El individualismo comunista

Comprendida la tendencia natural que tiene el individuo hacia la creación de organizaciones que sean el reflejo de su voluntad, se comprenderá fácilmente que aspire a que esta organización sea a la vez el brazo que golpee fuertemente al enemigo que mantiene secuestrada su libertad y la de la sociedad.

Partiendo de la necesaria evidencia de los actos individualistas en interés de un móvil “egoísta”, comprendemos que este móvil le empuja de manera inexpugnable hacia la realización de la libertad de sus hermanos con quienes realizará su libertad de una manera más amplia. Una vez comprendida la libertad del individuo unida de manera sólida con la libertad de los demás, se comprende que este camino nos lleve directamente hacia la realización de la más grande solidaridad humana y fraternal, donde los intereses de todos convergen en una sociedad libre y fraternal, esto es, hacia el comunismo anarquista.

El camino emprendido hasta ahora podría ser resumido fácilmente de la siguiente manera: el individuo no puede ser separado de la sociedad, órgano necesario para su existencia. Partiendo de la libertad del individuo, y una vez comprendía la fuerte relación individuo/sociedad, se comprende que el individualista aspire a la libertad de la sociedad mediante la ejecución del aplastamiento del Estado, por medio de una organización de individualistas/comunistas

que no solo aspiran a la libertad colectiva, sino que comprenden que en ella se encuentra la libertad individual.

Esta organización individualista/comunista no solo aspira a la realización de la anarquía en un futuro próximo, sino que reflejo de sus ideas, la libertad del individuo es respetada y engrandecida con la solidaridad de todos sus componentes. La organización debe ser en sus relaciones lo más parecido a la sociedad libertaria a la que aspira, teniendo relaciones de individuos libres, en una organización libre que aspira a la libertad.

Se parte del individuo, pero puesto que dejar aquí el avance sería hacer un individualismo a la mitad, se parte de manera inevitable hacia la comunidad. Si el individuo no se asocia con los demás individuos, comienza la competición entre ellos, y se deja de lado la aspiración a la libertad para ceder el terreno a la autoridad. Deseando evitar la autoridad, el individualista debe hacerse comunista, debe partir del individuo pero de ninguna manera quedarse a la mitad del camino, por lo que el comunismo anarquista viene a ser la parte superior del individualismo, y a la vez el individualismo viene a ser la base del comunismo. Términos que en otro tiempo se atacaban mutuamente hoy los vemos darse un fraternal abrazo.

Una relación que antes se pensaba imposible la vemos hoy una necesidad que no sólo se dibuja en este texto, sino que se ejecuta en las organizaciones anarquistas sin que siquiera se hable de ello. Porque ¿Acaso la rebelión anarquista no es la rebelión individual/colectiva que rompe con la pasividad de unas masas dormidas por el canto de sirena de “democracia y libertad”?

Entonces aclaremonos, ¿individualistas? ¡Sí! Respondemos con energía, férreamente individualistas... pero también comunistas.

Estamos por el comunismo anarquista, pero entendemos que una de las bases de ese comunismo anarquista es el individualismo/comunista.

Términos enlazados tan duramente que de la comprensión de su relación nace un movimiento aún más fuerte, aún más organizado y aún más libre, que nos hará continuar el camino hacia el comunismo anarquista por el que luchamos los individualistas comunistas.

Notas:

- ¹ Así era como se llamaba a Mussolini, el dictador italiano.
- ² Ver mi libro *La Traición de la Hoz y el Martillo*.
- ³ Carlos Malato. *Filosofía del Anarquismo*. Capítulo I, Consideraciones Generales.
- ⁴ En realidad Graham Bell solo fue el primero en patentarlo. Antonio Meucci es considerado el verdadero creador del aparato telefónico.
- ⁵ Y como afirma Bakunin, esta mínima cantidad constituye el todo de mi libertad.
- ⁶ Miguel Bakunin. *La Libertad*.
- ⁷ Miguel Bakunin. *La Libertad*.
- ⁸ Pietro Gori, *Ensayos y Conferencias*. Capítulo Las Bases Sociológicas de la Anarquía.
- ⁹ A este respecto véase el excelente trabajo de Kropotkin *El Apoyo Mutuo. Un Factor de Evolución*. Y también su texto *La Moral Anarquista*.
- ¹⁰ Pietro Gori. *Ídem*.
- ¹¹ Carlos Malato. *Filosofía del anarquismo*. Capítulo derecho y ley. Sufragio y delegación. Libertad e identidad. Iniciativa y autoridad.
- ¹² Sean estas ideas socialistas, marxistas, republicanas, monárquicas, y en general toda idea basada en el principio del Estado.

¹³ Para una mejor comprensión de este asunto es recomendable leer el artículo “La Invalidez de las elecciones” aparecido en el periódico *Apoyo Mutuo* de México en su primer número, escrito por José Rinaldi.

¹⁴ Un puñado de burgueses arrasando medio mundo para beneficios económicos es una relación antisocial desde el Estado; las aspiraciones funestas de algunos de escalar por encima de sus propios compañeros para obtener beneficios propios son relaciones antisociales creadas por el Estado. Creadas o fomentadas, las relaciones de poder, es decir, ahí donde existe el Estado, son relaciones antisociales emanadas de la existencia del Estado. Mucha atención también a las palabras: “Relaciones antisociales”. Porque las palabras “egoísmo” y “antisocial” son palabras completamente distintas en significado una de la otra. El egoísmo es el interés por el “yo” que va unido de manera inevitable a la comunidad. Si el ser humano es un animal sociable por naturaleza, las relaciones antisociales van contra su misma naturaleza. El desprecio de la comunidad es entonces, bajo cualquiera de sus formas, un acto antinatural en la especie humana.

¹⁵ “Asociación de egoístas”, proponía Max Stirner.

¹⁶ Comprendo que existe cierta parte genética que se hereda y que también suele influir en las conductas del individuo. Al decir que es el medio el que determina al individuo lo hago para generalizar y no para desmenuzar los miles de hilos de la conducta heredada. Se comprende también que los individuos no son exactamente iguales por el hecho de nacer en un determinado ambiente. Al decir que el individuo es producto del ambiente, quiere darse a entender que es el ambiente quien crea la mayor parte de la personalidad del individuo. Comprendiéndose así las distinciones de carácter y de personalidad que pueda haber entre uno y otro individuo. Sobre la conducta heredada de forma genética hay varias teorías, así como también las hay sobre el ambiente como determinante de la conducta. Cada uno aporta las pruebas que cree convenientes,

y es un estudio que escapa al tema de este texto. Sin embargo toco el tema del ambiente conforme lo creo correcto. Que cada quien saque sus propias conclusiones de ello.

¹⁷ Ricardo Mella. *La coacción moral*.

¹⁸ Por armonía entendemos que significa algo donde todo marcha en paralelo acuerdo, sin tropiezos posibles. Por equilibrio social entendemos una sociedad donde nada es perfecto, pero donde se ejercen constantemente la igualdad en derechos y deberes.

¹⁹ Hay quienes piensan que la mera puesta en práctica de las ideas anarquistas en la vida diaria es suficiente y desatienden la militancia. A mi parecer ambas cosas son sumamente necesarias: la puesta en práctica de las ideas es un acto ético; pero sería sumamente ególatra dejar ahí las cosas: es necesaria la militancia para que esas relaciones no se queden en casa, sino que se expandan por todos lados. Solo la militancia y la organización hacen que esas ideas que se llevan en pequeños espacios se expandan.

²⁰ Véanse algunos de estos aspectos en el texto mío titulado "Apuntes sobre el comunismo anarquista".

La anarquía y el desorden

Pierre Joseph Proudhon define así el concepto del anarquismo:

“Anarquía, ausencia del señor, de soberano (El sentido que vulgarmente se atribuye a la palabra anarquía es ausencia de principio, ausencia de regla, y por esta razón se tiene por sinónima de desorden.), tal es la forma de gobierno, a la que nos aproximamos de día en día, y a la que, por el ánimo inveterado de tomar el hombre por regla y su voluntad por ley, miramos como el colmo del desorden y la expresión del caos.” ⁽¹⁾

Por su parte Malatesta la define de la siguiente forma:

“La palabra anarquía proviene del griego y significa sin gobierno; es decir la vida de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin gobierno.” ⁽²⁾

Para Eliseo Reclus:

“La anarquía es la más alta expresión del orden”.

Y es este el concepto que vamos a abordar en el presente texto. Mucho se nos dice que los anarquistas hemos elegido mal nuestro nombre; que si bien los objetivos son

hermosos el nombre nos presenta como agentes del caos, por lo que muy pocos alcanzan a comprender los objetivos revolucionarios que nos hemos propuesto.

No nos detendremos mucho en contestar tales afirmaciones. La mayoría de ellas provienen del desconocimiento de los hechos unas veces, y las otras de gente de mala fe que, interesados en que el pueblo siga siendo su esclavo, no dudan en manchar con mentiras la historia y la filosofía del anarquismo, que saben es su rival a muerte.

La palabra anarquía ha sido tan manipulada para presentarla como sinónimo de caos y desorden que los prejuicios hacia la palabra y hacia los anarquistas son bastante frecuentes, aunque infundados y nacidos del desconocimiento de la palabra y de la manipulación mediática de los órganos de (des) información al servicio del Estado ⁽³⁾.

Expliquemos ante todo lo que significa la palabra anarquía. Es un término griego que significa:

An: ausencia de.

Arquía: gobierno. O por mejor decir, Estado.

Así tenemos que hay otras palabras provenientes del griego que se usan en la actualidad:

- Democracia proviene de “Demos” (Pueblo) “Kratos” (gobierno) = Gobierno del pueblo. (Lo que en nuestros días se conoce como democracia es una vil mentira según la etimología de la palabra).

- Monarquía proviene de “mon” o “mono” (uno) “arquía” (gobierno), o sea, el sistema de gobierno donde manda una sola persona, el rey o la reina.

Si hemos comprendido ya los significados de estas palabras no nos será entonces difícil ver el verdadero significado de la palabra anarquía.

An-Arquia= ausencia de gobierno. Tenemos entonces que quienes usan la palabra anarquía como sinónimo de caos y desorden lo hacen empleando la palabra de la forma más equivocada.

La palabra Acracia, con la cual también se identifica a los anarquistas (Ácratas), significa ausencia de coerción.

· A = negación de. Kratos = gobierno o coerción.

Es decir, la anarquía y por ella los anarquistas, abogan por una sociedad donde no exista el Estado ni forma alguna de coerción. Esto no significa en modo alguno que signifique ausencia de orden. El Estado y la cultura aburguesada que se vive en la actualidad tienden siempre a calificar de desorden y caos aquello que no pueden controlar.

Es una táctica bastante conocida ahí donde existen conflictos políticos: en las guerras, por ejemplo, se dice comúnmente que el bando contrario (sea el que sea, ya que en una guerra se disputan únicamente intereses económicos o políticos para beneficio de cierta capa burguesa) son una banda de forajidos, asesinos y un gran número de calumnias, ciertas o no, que no tienen como objetivo sino el que la opinión pública avale los asesinatos que los calumniadores harán.

En Rusia durante la revolución rusa se presentó a Nestor Makhno como un asesino de sangre fría que sabotaba las líneas de tren; se le acusó en general como se hace en todo conflicto de guerra, con la agravante de que quien hacía esas acusaciones eran ni más ni menos que “socialistas” (4).

A Buenaventura Durruti igualmente se le calumnió en la prensa española de la época, y junto a él a todo el movimiento anarquista (5). Ricardo Flores Magón fue igualmente calumniado por la prensa porfirista antes de la revolución mexicana, y posteriormente por la prensa maderista; Magón y sus compañeros fueron siempre, durante el porfirismo así como en el maderismo, objetos de todas las injurias y atropellos imaginables. Ni siquiera muerto cesaron las calumnias contra nuestro hermano Ricardo (6).

La primer táctica a usar contra el enemigo según la perspectiva estatista (socialista, republicana o fascista, da exactamente lo mismo) es la de la calumnia. Entre más dura

sea la calumnia mejor. Así es que se explican entonces las montañas de mentiras que el poder en todas sus facetas y con diferentes nombres han hecho del anarquismo y de la palabra anarquía.

Nosotros los anarquistas al hablar del Estado no tenemos necesidad siquiera de inventar una coma: basta simplemente con describir su sistema y sus actos para encontrar un panorama realmente horrendo.

En su tiempo, cuando la burguesía no estaba en el poder y se aprestaba para asaltarlo, se le llamó generadora del caos; a los republicanos los monárquicos los tachaban de incontrolados y agentes del desorden; y estos a su vez, ahora que se encuentran en el poder, tachan a los anarquistas de pretender acabar con el orden y desear el caos y la destrucción.

Se recrimina a los anarquistas las ejecuciones de ciertos militares, reyes, curas y demás explotadores y asesinos, así como de ciertos atracos. Olvidan decir por ejemplo que en su tiempo la burguesía tomó igualmente las armas e incitaba a la lucha; que los republicanos han tomado también las armas y que han hecho uso igualmente de la violencia; que los mismos marxistas han tenido gente actuando de forma violenta o ilegal, Stalin por ejemplo atacaba bancos.

Hablando de la república, olvidan decir que Madero subió al poder mediante la traición, que Carranza traicionó y mató gran número de zapatistas; hablando de monarquías, que el trono de Juan Carlos de Borbón está barnizado con la sangre de más de 500 mil españoles asesinados a manos de Franco, su antecesor; hablando de socialismo, olvidan decir que el pueblo venezolano y cubano, así como el chino, son objeto de la explotación a manos de un manojo de burgueses amparados por el Estado “socialista” sin olvidar en el caso de Cuba a los cientos de fusilados por oponerse a su régimen de muerte; olvidan decir tanto los republicanos, los monárquicos y los socialistas que todos los gobiernos

instaurados actualmente tienen como antecedentes el asesinato, la traición, la mentira, la tortura y la explotación.

Olvidan decir también que estos asesinatos no han terminado: actualmente todos los gobiernos, sin importar su etiqueta, continúan matando, explotando, torturando y aplastando a los pueblos, generando con ello un caos económico, político y social que bien podría servir para una película de horror, si todos los crímenes fraguados y llevados a cabo por el Estado fueran hablados públicamente, y no callados por los medios de comunicación al servicio del poder.

¡Pero nos dicen que los anarquistas somos violentos, caóticos y peligrosos!

No es sin duda alguna gratuita esta propaganda: se trata de eliminar todo aquello (y en esto no hacen distinción entre las diferentes tendencias socialistas, sino incluso lo hacen con aquellos movimientos que carecen de toda idea y que se generan por las circunstancias mismas de miseria que se vive en todos los países) que pueda ser una oposición.

Se trata de calumniar y generar en la opinión pública la idea de que solamente el Estado garantiza libertad y justicia al pueblo.

No es para sorprenderse el hecho de que sea precisamente el capitalismo (amparado en el Estado) quien genere sus propias crisis económicas y que sea éste mismo quien las “solucione” (solucione a medias, porque es siempre el pueblo quien termina pagándolas).

Se trata de la vieja táctica de pegar sin mostrar la mano, y que cuando haya una incomodidad del atacado venga cual súper héroe el capitalismo para salvarle. Se genera de esta forma una dependencia del pueblo hacia sus mismos verdugos, pensando en que son ellos quienes le han salvado.

En otro texto ⁽⁷⁾ he hablado de que esa forma de actuar del poder genera en el pueblo una conducta psicológica parecida al Síndrome de Estocolmo, donde es el pueblo quien se hace dependiente mentalmente de su verdugo...

del que sin duda pronto se desprende y comienza a atacarle apenas tiene conciencia de su situación.

De esta forma es como se tiene como sinónimo de “orden” el estado actual de cosas en que vivimos.

Debemos entonces ver qué tipo de orden es este al que se dice que atacamos, cosa de la que no nos arrepentimos y que continuaremos haciendo.

Cuando nuestros adversarios nos acusan de querer el desorden, lo hacen pensando en que deseamos la destrucción de la situación actual, por lo tanto ellos reconocen a este sistema como sinónimo de “orden”. Para ellos el orden es la mujer vendiendo su cuerpo por no poder dar de comer a sus críos; es el minero sepultado para engordar los bolsillos de los capitalistas; es el niño viviendo en las calles en medio de la violencia y el hambre; es el obrero dejándose más de la mitad de su trabajo para beneficio del burgués explotador; es la destrucción del medio ambiente y de los animales para aumentar las arcas del capital; es el enfermo tratado como bestia en los hospitales; es el anciano abandonado en casuchas donde se les lleva como si fueran los residuos de la humanidad; es el estudiante embrutecido por valores nacionalistas; es la mujer acosada por el burgués; es el lujo execrable en medio de la miseria; es el pueblo cloroformado por la Iglesia; es un ejército brillantemente armado en medio del mar de hambrientos de los miles de barrios populares; es la desaparición de los elementos subversivos; es la ley hecha para beneficio del burgués; son las leyes Gestapo implantadas en todos los países para mayor control de la población; es la situación insostenible donde se vive con la incertidumbre de poder comer el mes que viene; son las mujeres violadas de Atenco a manos de la policía; son los mapuches asesinados; son los cubanos perseguidos por el régimen capitalista de Cuba; son los miles, millones de muertos de hambre en el tercer mundo; es más de la mitad de la población mundial viviendo en condiciones de pobreza; son las millones de privaciones

en que viven los pobres; son las casuchas donde nos vemos obligados a vivir; es una juventud sin futuro que se corrompe por las drogas con todas las consecuencias que ello conlleva; es el analfabetismo de muchas partes del país en plena “era tecnológica”; es la magra alimentación que apenas podemos darnos los pobres; es la cultura, la libertad y la justicia ultrajadas para beneficio de los poderosos...

¡Claro que deseamos la destrucción de ese “orden”! Toda persona que tenga en sus adentros un mínimo de amor por la Libertad y que advierta semejantes monstruosidades, si de verdad se precia de ser una persona honrada, desea fuertemente la destrucción de este sistema de muerte.

¿Qué es lo que entienden los gobiernos por “desorden y caos”?

Por desorden y caos entienden aquellas situaciones en las que el pueblo, harto de soportar su condición de esclavo en la economía para sostenimiento de clases burguesas parasitarias, de materia prima en las guerras donde van a morir para beneficio de los capitalistas, se subleva y desobedece a sus eternos explotadores; caos y desorden es para todos los estatistas ahí donde el pueblo ya no les obedece, donde el pueblo toma en sus propias manos los destinos de sus vidas y se aprestar a aplastar las instituciones de la desigualdad: Iglesia, Capital y Estado. Caos y desorden es para el Estado y el capital cuando sus privilegios se caen a pedazos; cuando al fin el pueblo muestra los dientes y furioso se alista a ajustar cuentas a sus verdugos. Caos y desorden es para ellos el que nos acordemos de que tenemos dignidad, y que deseemos una vida de personas y no de máquinas.

Propagadores de la tolerancia y la paz en apariencia, los gobiernos se muestran como los más feroces sanguinarios cuando no pueden mantener bajo su control a las masas populares; el sanguinario Galliffet de Paris ⁽⁸⁾ vive en el fondo de todo gobernante, dispuesto a salir a flote cuantas veces sea necesario.

Ejemplos para demostrar lo antes dicho no nos faltan: la historia humana está repleta de ejemplos.

Ahí donde el pueblo se ha sublevado contra sus gobernantes (sea en México, en Chile o en Libia) estos han actuado matando a diestra y siniestra a todo aquel que se dispone a cambiar su situación de miseria y ser libre. Palabras como “Justicia, Libertad, Igualdad”; lemas como “Tolerancia, Respeto, comprensión” pierden todo significado; es entonces cuando todos los defensores del orden actual toman sus puestos para tomar medidas e imponer el “orden”. Se cae entonces la máscara de la democracia y progresismo, y Estado, fuerzas armadas, medios de comunicación, Iglesia y progresistas se dan la mano para caer juntos sobre quienes se aprestan a cambiar su situación.

Aquellos (incluso aquellos que van de “socialistas”) que tanto nos hablan de que los anarquistas deseamos el caos y el desorden, han implantado sus regímenes en medio de los montones de cadáveres, de la sangre del pueblo, de su miseria y de su sometimiento por medio de la violencia, el crimen y la muerte.

Toda idea basada en el Estado precisa ante todo que sus súbditos sean sumisos; por medio del engaño (democracia, libertad, justicia, sufragio electoral, igualdad, prosperidad) o por medio del descaro (policía, ejércitos, desapariciones, cárceles) pero sumisos siempre. Impuestos mediante el caos y la violencia, harán que sus súbditos identifiquen como caos y violencia aquello que vaya en contra del poder actuante.

¡Qué de campañas en contra de la “violencia” se desarrollan en todos los países! ¿Cuándo veremos campañas denunciando el caos económico generado por el capitalismo que sume en la miseria a miles de personas?

¡Ah!, ese caos es pasado por alto. Ningún medio de comunicación dirá una sola palabra.

¿Cuándo veremos que salgan en la TV los abusos que cometen los ejércitos en contra de las poblaciones a las que someten?

¿Cuándo veremos denuncias sobre las muertes cometidas en comisaria diariamente por un engendro desquiciado cuyas neuronas se pueden contar con los dedos de una mano, pero cuyos abusos se cuentan a montones?

¿Cuándo se hará una campaña para ponerse moños y lazos de colores por los miles de trabajadores muertos en sus puestos de trabajo para mayor beneficio de sus explotadores? ⁽⁹⁾

¿Cuándo hablarán de los 12 millones de personas que están en riesgo de morir de hambre en Somalia, y de quienes dicen los Estados que se encuentran en “emergencia humanitaria” mientras lloran lágrimas de monja por los miles de niños que morirán y por los cuales no mueven un dedo como no sea para hacer negocio con su sufrimiento?

¡Bendito sea este “Orden” que nos tiene sumergidos en la miseria, la muerte, la autoridad, la explotación y la desigualdad!

Lo he dicho ya en otras partes: se pretende que sin Estado (y esto lo pretenden desde la derecha hasta las tendencias socialistas inspiradas por el principio del Estado) el ser humano caería en el caos, la desesperación, el hambre y la miseria... ¡Pero es precisamente eso lo que estamos viviendo ahora bajo la tutela del Estado!

¿A qué se puede temer entonces? Cualesquiera que fueran los fallos salidos de una revolución antiestatista son mil veces preferibles al estado en que nos encontramos los pobres de todo el mundo. No temamos a que la revolución nos lleve al caos; estamos ya en pleno caos. La revolución social anarquista será el pistoletazo de salida para la creación de una sociedad donde las desigualdades, las injusticias y las miserias que imperan en todo régimen de gobierno desaparezcan para dar paso a una sociedad donde la justicia, la libertad y el progreso sean una constante.

Declaramos la guerra a todo tipo de Estado precisamente porque vivimos en esas condiciones de caos y miseria a las que tanto se teme.

Defender el “orden” actual y tachar a los anarquistas de caóticos es remachar las cadenas de miseria y desigualdad en que vivimos. Deseamos la destrucción de este estado de cosas, precisamente porque deseamos el orden que en la situación actual no se encuentra por ningún lado.

¿Cuál es el orden que los anarquistas proponemos?

Es un orden que no ha salido de una institución, que no es ordenado por un presunto iluminado, que no es dirigido por nadie, sino que parte de la iniciativa de todos los involucrados.

Es el orden donde en cada región los trabajadores toman los medios de producción, estos a su vez se abren al libre uso de ellos por los mismos trabajadores, que los hacen funcionar de acuerdo a las necesidades del pueblo.

Los productos obtenidos mediante el trabajo son de propiedad colectiva; nadie puede acumular riquezas, porque todo es de todos.

A cambio de laborar un par de horas en un oficio ⁽¹⁰⁾, con las mejores herramientas, los adelantos tecnológicos, en condiciones de higiene y seguridad, todo trabajador tiene aseguradas sus necesidades de calzado, alimento, vestido, productos de uso cotidiano, y en general todo aquello de que tenga necesidad.

Las comunas así organizadas se federan entre sí para intercambios de productos y servicios, solidaridad y cuestiones que consideren pertinentes. No existen los líderes: los delegados no tienen ningún tipo de poder y responden directamente ante sus comunas. No existe una institución que lo dirija todo: cada comuna organiza sus servicios de acuerdo a sus necesidades y libremente acordado por sus miembros.

Desaparecida la propiedad privada, el robo y la riqueza pierden sentido de ser, porque todo será de todos y todos tendremos derecho al consumo a cambio de trabajar. Desaparecidos los principales puntales del crimen (Estado, capital, propiedad privada, clero) la policía y el ejército desaparecen como instituciones. Los oficios de abogados, de jueces, de celadores, curas y cosas parecidas desaparecen,

porque con el aplastamiento del Estado, la desaparición de la propiedad privada y del régimen del salariado, desaparecen igualmente la ley, la autoridad. Ese orden que se cree imposible por gente de buenos sentimientos pero de gran escepticismo, ha sido posible en varias etapas de la historia.

Quienes temen dar un paso tan grande deben preguntarse “¿Acaso hay algo que perder?”

No podemos asegurar que en una sociedad constituida sin Estado y sin autoridad no vaya a tener errores ¡Somos humanos! Pero esos errores nunca llevarán a un estado social como el que actualmente padecemos, donde existe de todo, menos orden, justicia, libertad ni equidad. Tal orden, al no partir de ningún centro, será una serie de orden en todos lados. Una sociedad así constituida bajo la Libertad no tendrá en su camino mayor freno que el de sus propias fuerzas, y para lo cual se apoyará a sí misma entre todos sus miembros para superarlo.

El lema del sistema actual es: avaricia, codicia, destrucción y muerte para conseguirlo, esclavitud y hambre para perpetuarlo. Cárceles, violencia y asesinatos para asegurarlos.

El lema de una sociedad anarquista será: Libertad, justicia y equidad para todos y todas. Voluntad, progreso y ciencia para perpetuarla. Solidaridad, apoyo mutuo y fraternidad para asegurarla. ¡Y aún habrá quienes nos tengan por agentes del desorden!

Dejemos que los ríos suenen, ello indica que llevan agua. ¡Caóticos y propagadores del desorden aquellos que defiendan este estado actual de podredumbre y miseria! ¡Utopistas aquellos que piensan que se puede vivir bajo el Estado! ¡Illusos aquellos que piensen que esto no reventará dadas las condiciones en las que vivimos!

Por la revolución social, por la destrucción del Estado, por la anarquía.

Notas:

¹ P. J. Proudhon *¿Qué es la propiedad?*

² Errico Malatesta *La Anarquía*.

³ A este aspecto el lector puede consultar la obra de Luigi Fabbri *Influencias burguesas sobre el anarquismo*.

⁴ Pueden consultarse algunos de estos aspectos en el libro de Volin *La revolución desconocida*.

⁵ Consúltese la excelente obra de Abel Paz *Durruti en la revolución española* donde se describen estas calumnias a Durruti en periódicos españoles de la época, e incluso en periódicos argentinos cuando una parte del grupo “Los solidarios” andaban por tierras argentinas.

⁶ Puede consultarse la obra de Diego Abad de Santillán *Ricardo Flores Magón, el apóstol de la revolución mexicana*.

El mismo Antonio I. Villarreal (quien no llegó hasta Los Ángeles), Juan Sarabia y Jesús Flores Magón fueron emisarios de Francisco I. Madero en julio de 1911 para tratar de convencer a Magón y compañía (que entonces tenían tomadas algunas zonas del norte de México bajo la bandera anarquista del PLM) de que depusieran las armas y se unieran a la causa del traidor Madero.

Comunicaron entonces que Francisco I. Madero ofrecía a Magón la vicepresidencia de México y a Enrique Flores Magón el puesto de secretario de gobernación. Cargos rechazados firmemente por los hermanos anarquistas, pero acto que dio como fruto el ataque certero en las columnas de Regeneración por Ricardo en contra de Villarreal, Jesús Flores Magón y al que apodaron con toda razón “El Judas Juan Sarabia”.

Por su parte, Juan Sarabia al ver que no pudo comprar a los anarquistas, amenazó a estos diciendo “Puesto que ustedes no convienen con nosotros, yo les haré todo el mal posible”. Amenaza

que se cumplió, pues a las pocas horas los anarquistas de Regeneración serían arrestados por policías estadounidenses. Así mismo contestó el ataque de Magón desde las columnas del Diario del hogar.

Calumnias e injurias se desataron entonces en contra de Magón por parte de varios periódicos maderistas, al ver que los rebeldes anarquistas no se compran con presidencias ni con dinero.

Recomendamos así mismo la obra de Florencio Barrera Fuentes *Ricardo Flores Magón, el apóstol cautivo* y en general gran parte de las obras que tratan de la vida de Magón después del periodo de 1910. Sobre la obra de Florencio Barrera Fuentes, es interesante toda vez que se hace caso omiso a sus prejuicios sobre el anarquismo y la visión anarquista que tenía Magón y sus correligionarios sobre la revolución mexicana.

Dice Florencio Barrera en la parte final de su libro, sobre la muerte de Ricardo Flores Magón:

“Fue sepultado en el Panteón Francés la tarde del 16 de enero de 1923; pero a partir de entonces, su nombre tampoco ha vivido en paz. Fresco todavía su cadáver y fresca también la tierra mexicana que sepultó su ataúd, cayeron sobre él anatemas e invectivas porque su nombre seguiría viviendo en las banderas de los oprimidos, de los desheredados, a cuya causa había ofrendado su vida eterna. Su nombre no se quedó grabado en la fría lápida de su sepultura; de ahí fue a estamparse en los estandartes de los sindicatos, en las banderas rojinegras de los huelguistas y en la denominación de los grupos radicales de lucha proletaria.”

He de dejar consignado aprovechando el espacio, que el ahora sobrino nieto de Ricardo Flores Magón ha hecho hace años el poco agraciado acto de intervenir en las esferas gubernamentales para que el nombre de nuestro Ricardo Flores Magón fuera inscrito con letras de oro (de ese mismo oro del que se revistió el porfirismo y el maderismo por igual mientras había una enorme capa hambrienta y explotada; justo como sucede ahora mientras escribo estas líneas) en la Cámara de Diputados, de ese mismo gobierno que Ricardo combatió siempre. Además de este terrible “honor” a la memoria de Ricardo, su sobrino nieto se ha dado a la tarea de difundir que Ricardo Flores Magón no fue anarquista. ¡Si Ricardo viera esto azotaría con su acerada pluma a este nuevo mercachifle que deshonra su lucha y su nombre!

⁷ Erick Benítez Martínez. *El individualismo comunista*.

⁸ Gastón Alexandre Auguste de Galliffet, tristemente conocido como el asesino de los comuneros de París.

⁹ Los muertos por “accidentes” (deberíamos decir asesinatos disimulados) laborales en México en el año 2010 alcanzan la cifra de 1412 en un año. Según las cifras que da la OIT (Organización Internacional del Trabajo) en septiembre del 2011, ocurren cada año 337 millones de accidentes laborales, de los cuales según esta fuente solo 6300 resultan en muerte, lo cual, dada la cifra de accidentes (337 millones) resulta una ínfima minoría, por ello es que esta suma es bastante ambigua. Como quiera que sea, 6300 muertes al año para aumentar las arcas del capital es una cifra bastante alarmante. Para España las cifras alcanzan las 757 muertes y casi 6000 heridos en el año 2010.

En cuanto al trabajo infantil (otra forma de violencia de la que no se habla), se estima que a mediados del 2011 215 millones de niños y niñas realizan un trabajo a nivel mundial, y de ellos 115 millones en trabajos peligrosos, de los cuales cada minuto se reporta un accidente laboral, enfermedad o trauma.

¹⁰ Al decir “un par de horas” no pretendo poner una cifra exacta. Serán los mismos trabajadores de cada ramo quienes decidan su jornada laboral, sus formas de producción y la forma en que llevarán cada empresa autogestionada, cada taller, cada campo, etc. La forma de producir no podría ser en alguna forma rígida, negando algún tipo de cambio. Cada generación determinará la forma en cómo se produce, el tiempo y los mil detalles de la producción. Cada empresa, campo o taller sabrá lo que hay que producir, y en base a ello han de tomar medidas para trabajar, dejando el campo libre a toda mejora que les permita producir de la mejor forma. Yo doy una semblanza de esa forma de organizarse, pero no pretendo entrar en detalles que habrán de ver ya quienes vivan ese suceso.

